

Indígenas y comercio en la Nueva España del siglo XVIII

(Ixmiquilpan, Guadalajara, Huasteca potosina,
Tehuantepec, Tulancingo, Tlaxcala)

Antonio Escobar Ohmstede
Víctor Gayol
Laura G. Gómez Santana
Laura Machuca Gallegos
David Navarrete Gómez
Verenice C. Ramírez Calva



*Indígenas y comercio en la
Nueva España del siglo XVIII
(Ixmiquilpan, Guadalajara, Huasteca potosina,
Tehuantepec, Tulancingo, Tlaxcala)*

Antonio Escobar Ohmstede
V́ctor Gayol
Laura G. Ǵmez Santana
Laura Machuca Gallegos
David Navarrete Ǵmez
Verenice C. Raḿrez Calva

UNIVERSIDAD AUT́NOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

2022

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Adolfo Pontigo Loyola
Rector

Octavio Castillo Acosta
Secretario General

Marco Antonio Alfaro Morales
Coordinador de la División de Extensión de la Cultura

Alberto Severino Jaén Olivas
Director del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades

Fondo Editorial

Asael Ortiz Lazcano
Director de Ediciones y Publicaciones

Joselito Medina Marín
Subdirector de Ediciones y Publicaciones

Primera edición electrónica: 2022

D.R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO
Abasolo 600, Col. Centro, Pachuca de Soto, Hidalgo, México, C.P. 42000

Dirección electrónica: editor@uaeh.edu.mx

El contenido y el tratamiento de los trabajos que componen este libro son responsabilidad de los autores y no reflejan necesariamente el punto de vista de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

ISBN: 978-607-482-720-0

Esta obra está autorizada bajo la licencia internacional Creative Commons Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada (by-nc-nd) No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas. Para ver una copia de la licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.



Hecho en México/*Printed in México*

ÍNDICE

Presentación	7
Comercio en la Huasteca potosina (México) a través de los pueblos, las misiones y las propiedades privadas, siglo xviii <i>Antonio Escobar Ohmstede</i>	13
La participación indígena en el mercado: prácticas comerciales y circuitos mercantiles en el Istmo de Tehuantepec durante el siglo xviii <i>Laura Machuca Gallegos</i>	49
El comercio indígena en Tulancingo a fines del siglo xviii: mercancías, actores y espacios económicos <i>David Navarrete Gómez</i>	77
El comercio en las jurisdicciones de Ixmiquilpan, Actopan y Tetepango-Hueypuchtla, siglos xviii-xix <i>Verenice Cipatli Ramírez Calva</i>	101
Un bosque para una ciudad. Demanda comercial y conflictos por el uso y propiedad de los bosques en la región de Guadalajara, siglo xviii <i>Laura G. Gómez Santana</i>	143
Pulque, resina y carbón. Percepciones de los indios con relación a varios productos para el mercado en documentos judiciales. Tlaxcala, fines del siglo xviii <i>Víctor Gayol</i>	173

Presentación

*D*esde hace varias décadas la antropología ha observado a la economía indígena o campesina como un elemento importante para comprender a las diversas poblaciones que conforman el ámbito rural de México, sin embargo, la historiografía mexicanista y la económica se han abocado poco a este tema, y principalmente con respecto al periodo colonial. La economía colonial se sustentó en el trabajo y en la producción de las diversas sociedades indígenas que conformaban la Nueva España, extrayendo de ellas no sólo los excedentes, sino también la fuerza de trabajo, el cual permitía cubrir y satisfacer las demandas de los diversos sectores productivos.

La Corona española publicó diversas leyes, ordenanzas y cédulas para “proteger” la integridad física de los indígenas, así como el acceso a la tierra, procurando de esta manera mantener un frágil equilibrio entre las “dos” sociedades que se fueron conformando durante el periodo colonial: la española y la indígena. En este sentido la tierra fue el recurso más importante de los pueblos, y les permitió asegurar su subsistencia. Sin embargo, la racionalidad económica de los pueblos de indios esencialmente estaba dirigida a satisfacer sus necesidades, es decir, producían para alimentarse, casi la podríamos considerar una economía de autosubsistencia. Ello no implica que no se hubieran dado intercambios, sino como bien lo atestiguan los trabajos que conforman el presente volumen, existía una diversidad y formas de mercados en Guadalajara, Real del Monte, Tlaxcala, Yucatán, en el norte del actual estado de Hidalgo y en la Huasteca potosina donde se intercambiaban productos principalmente a través del sistema de trueque, cuyo objetivo era complementar la subsistencia de las familias. Podríamos considerar que la racionalidad económica de los miembros de los pueblos se concentraba en producir bienes para su subsistencia y la ganancia o la acumulación eran ajenas a sus objetivos más inmediatos, sobre todo considerando el tipo de poblamiento disperso que existía en muchos espacios de la Nueva España.

Un número importante de trabajos surgidos dentro de diversas perspectivas historiográficas que analizan el papel de los individuos y las corporaciones indígenas en el periodo colonial abundan en las explicaciones en torno a la extensión de la propiedad privada y comunal indígena en tal o cual región de estudio. Se menciona de manera constante la “miseria” en que se encontraban los pobladores de los pueblos de indios, de los despojos que sufrieron de sus tierras comunales a consecuencia del crecimiento de las haciendas de españoles; en suma se trata de explicar el nivel de vida o su capacidad productiva en función de la extensión de sus parcelas; sin embargo, poco hemos abundado en que la extensión de la tierra es un factor que incide de una manera variable en la producción indígena novohispana, pues ésta depende del número de brazos existentes para trabajarla, de la calidad de los suelos, de la disponibilidad de agua, así como también de su cercanía o lejanía a las plazas o localidades donde se podrían intercambiar los productos, aunándole a estos aspectos los fenómenos naturales adversos, las epidemias y las epizootias. Por otra parte, es casi frecuente encontrar en los estudios contemporáneos la consideración que los pueblos producían el maíz suficiente para su subsistencia, aun cuando no se consideran otro tipo de actividades que se podían alejar del solo trabajo en la milpa, como podría ser la fabricación de “artesanías”, la arriería y la venta estacional de su fuerza de trabajo.

Los comentarios de los alcaldes mayores entre 1752-1753, y posteriormente de los intendentes a fines de la década de los ochenta del siglo XVIII, con respecto a la legalización y después a la supresión del repartimiento de mercancías, parecen coincidir en el hecho de que la mayoría de los pueblos de México, Michoacán, Puebla, y Veracruz no producían los alimentos necesarios para que sus habitantes pudieran vivir durante los ciclos agrícolas, en el mejor de los casos lograban cosechas suficientes para subsistir seis meses de cada año, por lo que en consecuencia tenían que comprar lo necesario en los mercados o en las propiedades privadas (léase haciendas y ranchos). Siguiendo esta lógica, las familias indígenas se ocupaban de manera temporal como arrieros, jornaleros, aguadores, ayudantes o albañiles. Debemos considerar igualmente las diversas características de los espacios sociales en que se encontraban las poblaciones indígenas, donde muchos de ellos recurrieron al ganado menor, particularmente a los

cerdos y a las cabras, o también a la cría de gallinas. Según las características de cada región se acostumbró el cultivo de frutas y legumbres, las cuales complementaban, tanto la dieta, así como el ingreso familiar. La explotación de los bosques en el Altiplano central cumplió con el mismo propósito, como bien lo demuestran los trabajos de Laura Gómez y Víctor Gayol. Es decir, el ingreso de los indígenas dependía de los diversos recursos a los que tenían o no acceso, los cuáles en muchos casos llevaban conflictos entre los actores sociales.

Los ingresos para las unidades familiares dependían en buena medida del trabajo de los hombres, así como el de las mujeres, en la agricultura, y en otras actividades complementarias. En ese sentido la organización de sus actividades se daba en torno al cultivo de sus alimentos. Formaban parte de la dieta el maíz, el frijol y chile. Sembraban el maíz y el frijol en la misma parcela o el maíz y el chile. La calabaza era un cultivo muy generalizado que terciaba con los otros. Este sistema de cultivo permitía invertir menos jornadas de trabajo en el campo, que si se cultivasen por separado. Y por otra parte, siendo cultivos complementarios, unos extraían nutrientes de la tierra que los otros fijaban, permitiendo con ello reducir el tiempo de barbecho. Podríamos considerar, que con base en las investigaciones de los estudiosos del tema del trabajo indígena, así como algunos datos de la época, el número de días destinados a la siembra, deshierbe y cosecha variaban entre 100 y 150, quedándoles 200 o más disponibles para dedicarse a otras actividades, de las cuáles en su conjunto sabemos poco, y que creemos que ameritarían estudios más constantes por parte de la historia cultural, la social y la económica.

La cantidad de días disponibles, así como la extensión de tierra necesaria para alimentar a una familia variaba de acuerdo con los sistemas de cultivo utilizados. En la Península de Yucatán el sistema de roza y quema requería de grandes áreas de tierra por unidad doméstica. Se ha calculado que cada familia necesitaba de tres a cinco hectáreas, las cuales se cultivaban dos años y se dejaban descansar entre siete y diez, hasta que la vegetación volviese a cubrir el terreno que se había trabajado; por lo que se precisaba acceder de manera permanente entre 14 hasta 30 hectáreas. Para el caso de los valles de México, Chalco o Toluca se daba una práctica extensiva de agricultura;

en chinampas la superficie de la tierra requerida era mínima y su uso intensivo, al grado de que no había periodos de barbecho. Pero entre un punto y otro, el Altiplano central se caracterizó por el cultivo de maíz de temporal, que en ocasiones se sembraba en las laderas de los montes mediante el sistema de roza y quema. Sin embargo, un elemento central que no debe de quedar de lado en estos sistemas agrícolas es el papel que desempeñaron muchas de las huertas caseras, unas irrigadas y otras no. De esta manera es casi imposible calcular una extensión media de tierra necesaria, ni tampoco el número de jornadas invertidas en las labores de campo de manera global para toda la Nueva España.

Es así que podemos considerar que una parte importante de la economía indígena estaba orientada a producir alimentos y otra a bienes manufacturados destinados al mercado, con el fin de hacerse del dinero necesario para pagar las diversas cargas tributarias impuestas a los pueblos. Rara vez los indígenas cultivaban maíz para el abasto del mercado, más bien los casos son excepcionales, como sería el de los mayas, que debido a las características de la península, los españoles y castas dependían de la producción indígena.

Las actividades comerciales eran diversas y variaban directamente en relación a la lejanía o proximidad a los mercados de consumo y al carácter de cada uno de ellos. Asimismo, por otra parte, la cercanía a un real de minas o a un mercado urbano determinó un proceso de especialización en la producción de los pueblos, como se ha demostrado para el Valle de Toluca, Zamora, Tepeaca, Real del Monte, Tlaxcala, Guanajuato, Zacatecas y Mérida. Este tipo de especialización fue impuesta por el mercado de manera natural o en ocasiones a través de mecanismos coercitivos tal y como era el repartimiento de mercancías. Este proceso no sólo constituye la base del comercio entre los españoles, mestizos, castas e indígenas, sino que provocó una mayor integración de los pueblos de indios al intercambio comercial.

Si bien los centros mineros y urbanos fueron determinando el tipo de producción “comercial” de los pueblos, no por ello habría que despreciar el comercio realizado a través de los tianguis. Los tianguis cubrían jurisdicciones amplias y los indígenas acudían a ellos regularmente. No cabe duda que muchos indígenas se dedicaron

al comercio, como lo demuestran los trabajos de David Navarrete, Laura Machuca, Verenice Ramírez y Antonio Escobar Ohmstede. La multiplicidad de climas y de suelos permitía que algunos pueblos produjeran lo que otros no podían, dando lugar a un intercambio al margen de la demanda de los grandes mercados.

El tributo obligó a los pueblos de indios, como lo han demostrado en sus estudios Margarita Menegus, Jorge Silva Riquer y Carlos Sempat Assadourian, acudir al mercado para obtener dicho recurso y satisfacer así la carga tributaria. Para adquirir el metálico podían vender en los mercados mineros o urbanos sus excedentes agrarios. Sin embargo, al ampliarse la demanda española de bienes producidos por los indígenas fue necesario recurrir a otro método coercitivo que amplió substancialmente la oferta indígena a bajo precio. Es importante recordar que una vez fijado el tributo a fines del siglo xvi en un peso y media fanega de maíz no fue modificado durante los siglos venideros. Es en este contexto cuando apareció el repartimiento forzoso de mercancías, que amplió tanto la oferta como la demanda de bienes producidos en el mercado interno colonial. Hay que subrayar el hecho de que a través del tributo en dinero los alcaldes mayores o corregidores, y luego los subdelegados, lograban financiar el repartimiento. El excedente servía para adquirir productos para luego revenderlos a los indios o comercializarlos en otras plazas, por lo que a lo largo del periodo colonial el tributo y el repartimiento forzoso de mercancías hacían la mancuerna perfecta para ampliar la circulación de mercancías en el mercado interno, y a la vez producir a través de ese comercio ganancias jugosas para los distintos agentes comerciales.

Finalmente, con esta presentación hemos querido sugerir algunos de los aspectos que han sido reiterados en la historiografía mexicanista en torno a la participación indígena en los mercados, así como aquellos que son poco considerados en los análisis, los cuáles, sin duda, son de vital importancia para poder tener un contexto general y hasta comparativo de los diversos momentos y coyunturas por las que pasaron los pueblos de indios en su constante interrelación con los diversos sectores sociétnicos durante el periodo colonial. Los trabajos que se recogen en este volumen arrojan nuevas luces en torno a las formas en que participaron de manera forzada o no los indígenas en el intercambio de productos, sobre todo cuando en términos

poblacionales representaban un 85% de la población total de la Nueva España; sin embargo, también hay que considerar la autosubsistencia de los pobladores rurales, así como la dispersión de la población que en mucho superaba la que se podría ubicar o asentar en las localidades.

Antonio Escobar Ohmstede
Septiembre/2010

Comercio en la Huasteca potosina (México) a través de los pueblos, las misiones y las propiedades privadas, siglo XVIII

*Antonio Escobar Ohmstede
CIESAS, Unidad D.F.*

El presente artículo muestra algunas de las características en cómo se desarrolló, en la Huasteca potosina, el comercio (productos, lugares de intercambio y procedencia, repartimiento) de diversos actores que ocupaban los espacios sociales que históricamente se han denominado como “las Huastecas” o “la Huasteca”, los cuáles han sido observados desde una perspectiva de frontera misional o de guerra frente a aquellos que fueron categorizados de manera genérica como “chichimecas” (ESCOBAR OHMSTED E Y FAGOAGA HERNÁNDEZ, 2004 [2005] y 2010; RANGEL, 2006). Sin duda, las Huastecas, tanto las actuales potosina, tamaulipeca y veracruzana, como en su momento la hidalguense, fueron una “zona de límite” para el accionar y la visión de los españoles, igual que lo fue la Sierra Gorda, tanto en términos político-administrativos como eclesiásticos, la cual era movable dependiendo de las circunstancias, es decir, se expandía o se contraía con base en la existencia o no de asentamientos humanos y de la presencia de la Corona española e Iglesia. La Sierra Gorda fue un espacio geográfico y social importante para el desarrollo de diversas actividades que se dieron en la Huasteca potosina, y viceversa, por ésta pasaban expediciones militares, evangelizadores, comerciantes, contrabando, ganado, lana y productos provenientes de las costas tamaulipecas y veracruzanas del norte, Querétaro y la Ciudad de México; por lo que no podemos perder de vista este hecho que se manifestó de manera palpable durante el periodo colonial, las guerras insurgentes, el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, incluir en este trabajo la parte correspondiente a la Sierra Gorda en mucho rebasaría los objetivos que se han considerado, pero es una tarea que queda pendiente.

En general, se puede considerar que la compra-venta, así como el intercambio de mercancías y de productos es una actividad central de las sociedades humanas, por lo que las actividades comerciales de los pobladores de las Huastecas no sólo se sustentaron en el *hinterland* de sus localidades, siendo la base lo producido por los pueblos-misión y haciendas, y que a su vez fuera básicamente consumido e intercambiado entre los comuneros, “indios bajo campana”, terrazgueros, peones, medieros, vaqueros y no hubieran vendido o intercambiado productos más allá de sus propios espacios. Si bien la producción del piloncillo y su comercialización fue el elemento que permitió a los pueblos de indios (FAGOAGA, 2004), a los pueblos-misión y a las propiedades privadas, insertarse en las redes comerciales ínter y extra regionales, no debemos de dejar de lado que el ganado y otros productos agrícolas lo hicieron con la misma efectividad que los derivados de la caña de azúcar, no solamente en la Huasteca potosina, sino en las demás Huastecas. Hay que ser claros que la importancia comercial de las Huastecas se sustentó en dos productos: el piloncillo y el ganado menor y mayor (carne, derivados, manufacturados), los que llegaron a espacios económicos y sociales, pero no descartemos que el algodón (en rama y manufacturado), la sal, el pescado, así como el maíz y el frijol, también fueron productos que nutrieron las redes locales, regionales y extra regionales.¹

La participación de los diversos actores sociales en el comercio no solamente debe de medirse a través de la venta, intercambio o trueque de sus productos o mercancías, sino que existieron otras formas, compulsivas o no (repartimiento, diezmo), para que una parte de la producción fuera ingresada a las redes y posteriormente consumida en otros lugares. En muchos casos regionales, la información se puede obtener de los libros alcabalatorios de los propios diezmatarios o de cualquier otro tipo de fuente fiscal. Pero no obtendremos una visión clara de las redes comerciales si no tratamos

1 Véase los comentarios de Manuel Güemez, apoderado de los vecinos de la jurisdicción de Villa de Valles en 1780, respecto a que “el universal trato y comercio de aquella jurisdicción se reduce a la permuta de géneros y ganado por el piloncillo que fabrican los indios en sus trapiches [...] el cual lo sacan los compradores con sus guías a venderle en jurisdicción extraña”, en Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Alcabalas*, caja 1569, así como el informe del teniente comisario de Valle de Maíz en AGN, *Alcabalas*, caja 1569.

de ubicar los puntos de acopio, distribución y redistribución, así como saber sobre la ubicación de los pobladores, las características de los poblados, las misiones, las haciendas, qué productos se intercambian, además de las denuncias por malos manejos alcabalatorios, excesos en el cobro de los tributos, las obvenciones o el repartimiento, siendo una parte más cualitativa los informes y/o cartas de los administradores de las propiedades privadas. De esta manera se puede lograr un panorama más o menos general de las diversas actividades que se realizaron y considerar cuál puede ser la magnitud de la comercialización, aun cuando no contemos con los datos “duros” tan imprescindibles para la historia económica.

Es así que lo que aquí se presenta es la manera en que los pueblos de indios, los pueblos-misión, las haciendas y los ranchos, esto es, quienes vivían en ellos y poblaban la Huasteca potosina movían e intercambiaban los productos que producían en las diversas unidades. En otros textos hemos abundado en la participación comercial indígena en las Huastecas a través del único momento en que se pretendió cobrar la alcabala a los indígenas (1792) observándolo a través de donde se ubicó la población en el siglo XVIII (ESCOBAR OHMSTEDE, 1999 y 2000; ESCOBAR OHMSTEDE y FAGOAGA, 2005 y 2006; FAGOAGA, 2004). Los análisis se desarrollaron a partir de dos documentos: el “Cuaderno general, 1792” y uno de alcabala para el mismo año, los cuáles se elaboraron en Villa de Valles y Huejutla, así como de otro tipo de fuentes donde se mencionaban de manera suelta y esporádica el papel de los indios en los mercados huastecos. Un cuidadoso examen de las fuentes mencionadas permitió demostrar su riqueza al constituirse en el único registro completo, de todo un año, sobre la mayoría de las operaciones mercantiles realizadas por los considerados indios (aun cuando se registraron individuos que podrían ser castas, españoles o mestizos), sobre todo si se considera que los indígenas junto con la Iglesia (curas regulares y seculares, cofradías, hermandades) eran los dos sectores de la sociedad novohispana que estaban exentos del pago de alcabalas (GARAVAGLIA y GROSSO, 1987),² sin descartar a los milicianos,

2 En las dos últimas décadas del siglo XVIII los encargados del alcabalatorio de Valles mostraban serias dudas sobre si los curas seculares y regulares no se aprovechaban de su condición para no pagar alcabalas de lo que vendían. AGN, *Alcabalas*, caja 1569, AGN, *Alcabalas*, vol. 35, exp. 13 y AGN, *Alcabalas*, vol. 214, exp. 10.

como fue el caso de los pardos de Tamiahua (actual Huasteca veracruzana), que la solicitaron para la pesca y su comercialización, lo cual no se les aceptó.³

Aquí surgiría la pregunta del por qué la importancia de conocer, explicar y entender la manera en que los diversos actores sociales integraban sus productos a las redes comerciales. Si bien cada vez más han surgido trabajos que se han enfocado en torno al comercio en la Nueva España, aún sabemos poco de las actividades que desarrollaron los pueblos-misión, así como las haciendas y ranchos durante el siglo XVIII y principios del siglo XIX. Las evaluaciones sobre las tendencias en general y en particular de la zona de estudio, respecto a los indígenas,⁴ han permitido ir conociendo la manera en que estos introdujeron o no mercancías con valor de cambio y de uso,⁵ así como los lugares y en ocasiones los volúmenes que se comercializaban. De manera reciente, al menos para una parte de la Huasteca potosina (Valle del Maíz),⁶ entre los siglos XVII y XVIII, se analizó el destino de la producción agrícola de las propiedades privadas a través de los diezmos y la supuesta presión poblacional sobre la tierra que llevó a un incremento de la productividad (DURÁN, 2007). Para el caso de la actual Huasteca hidalguense, con base en un estudio de caso centrado en una larga duración (siglos XVIII al XX) se intentó mostrar el papel de las cofradías indígenas y no indias como una forma de fortalecimiento de la economía interna de los pueblos de la jurisdicción de Yahualica

3 AGN, *Alcabalas*, vol. 35, exp. 13 y AGN, *Alcabalas*, vol. 214, exp. 10.

4 Véase las referencias de las notas 4 y 15.

5 Hasta este momento no tenemos muy claro el nivel de monetarización que alcanzaron los diversos actores sociales en el territorio de la Nueva España, capitania de Yucatán y Provincias Internas. Para el caso y espacio social que nos ocupa, el pago de tributos se realizaba con productos de alto valor comercial: algodón manufacturado, piloncillo, aguardiente, maíz, y en algunos casos en reales; asimismo, los “vales” y el pago en especie era una manera en que se le pagaba a los trabajadores externos de las haciendas y a los peones (véase CHAMOUX, *et. al.*, 1993: pp. 110-118). En el caso de algunas haciendas ubicadas en la Huasteca potosina, se menciona que los pagos en reales se hacían en manta o algún otro efecto, no en dinero contante y sonante, aunque el pago en especie pareció ser una constante en las haciendas del Fondo Piadoso.

6 Villa del Maíz formó parte, hasta al menos 1821, de la jurisdicción de Villa de Valles, que era el lugar central de la Huasteca potosina.

(actual Huasteca hidalguense) (CARRERA, 2007: 166 y 172-205),⁷ siendo el crédito que otorgaban éstas un aspecto de “vital importancia” para el desarrollo mercantil de los “pueblos de la Huasteca”. Lamentablemente, con base en sus fuentes y análisis lo que se llega a demostrar es que los bienes de las cofradías se dedicaron a pagar las fiestas y a vender algunas pequeñas cantidades de productos, como mantas de algodón y semillas, sin especificar en dónde, con lo que no se demuestra lo que se pretende aportar, por lo que seguiremos sin saber a ciencia cierta sobre el funcionamiento de las cofradías huastecas al nivel de lo analizado en el actual estado de Guerrero, o el caso de la Mixteca oaxaqueña (DEHOUE, 2001; MENDOZA, 2004).

Sobre los demás actores sociales huastecos, sobre todo respecto a las haciendas, es básicamente a través de los libros elaborados por los administradores del Fondo Piadoso de las Misiones de las Californias que sabemos del funcionamiento comercial y mercantil de las haciendas de San Agustín de los Amoles, la de San Ignacio del Buey, la Huasteca y la de las Ovejas (con una extensión en conjunto de más de dos millones de hectáreas), ubicadas en la parte norte de la actual Huasteca potosina y tamaulipeca (VELÁZQUEZ, 1983 y 1985), tanto antes como después de la expulsión de la Compañía de Jesús en 1767. La importancia ganadera y agrícola de estas haciendas no solamente se aprecia por el volumen de ganado menor y la comercialización del piloncillo, sino también por el número de arrendatarios y trabajadores permanentes y temporales que albergaban. En el caso de la haciendas del Fondo Piadoso podemos adelantar que una parte importante de la producción era consumida por los trabajadores y arrendatarios de las haciendas, mientras que otra, principalmente ganado y piloncillo, se mandaba a las haciendas de Puerto de Nieto y Arroyozarco, la primera ubicada en el actual estado de Guanajuato y la segunda en el estado de México. Lo realizado por estas haciendas no era único, tenemos el caso de las propiedades del Conde de Peñasco en el Oriente Potosino y cerca de la ciudad de San Luis Potosí (haciendas de Bocas, Angostura y Peñasco) y cuyos productos eran canalizados, la gran mayoría, a la hacienda de Ybarra, en Guanajuato (TUTINO, 1979), así como a la “Griega” en el actual estado de Querétaro

7 Un mejor trabajo es de Clemente Cruz Peralta (2007) que da una panorámica más adecuada de las formas y maneras en que se desarrollaron las cofradías en las Huastecas.

y que encontraba en la bifurcación del camino de la ciudad de Querétaro a Cadereyta y la Sierra Gorda.

De esta manera, aunque se han logrado avances significativos respecto al comercio (ESCOBAR OHMSTEDE, 2000; ESCOBAR OHMSTEDE y FAGOAGA, 2005; FAGOAGA, 2004; RUVALCABA, 1996; AGUILAR-ROBLEDO, 1998; GARCÍA, 2001; NOYOLA, 2002; PIETSCHMANN, 1998), aún sigue siendo un terreno poco explorado para las Huastecas, no sólo para el periodo colonial sino incluso para el decimonónico; sin embargo, las líneas que se han tendido para la comprensión de la manera en que se desarrollaban las actividades comerciales, así como el acopio, concentración y posterior distribución de los productos y mercancías, nos permite observar el cómo ciertas mercancías que provenían de diversas localidades de la costa y Altiplano novohispano eran distribuidas y consumidas en el espacio social que estamos observando, así como la participación de indígenas y los que no lo eran en los circuitos mercantiles, aun cuando muchos de los productos generados por manos indígenas, mestizas, mulatas en pueblos, pueblos-misiones y haciendas iban más allá del espacio social conocido por ellos (por ejemplo, la ciudad de México, Chihuahua, Puebla, el Bajío, las misiones del Nuevo Santander y Zacatecas).

Un elemento que han destacado casi todos los trabajos en torno al comercio, sobre todo aquel que aborda la parte indígena, ha sido el de los mecanismos que desarrollaron las autoridades para realizar una mejor fiscalización del tributo indígena y mulato, lo que llevaría a un incremento de la base tributaria, trayendo como consecuencia una monetarización para el pago, no precisamente en dinero, y por lo tanto, una mayor incorporación de productos a las redes comerciales mestizo-blancas, es decir, un aumento de la mercantilización.⁸ Pero no debemos de dejar lado que el pago tributario y las obvenciones parroquiales de aquellos que residían en tierras privadas eran realizados por los propietarios de las mismas. Sin embargo, la fiscalización podría entrar en crisis por la huida indígena, además de por las exenciones que otorgaba la Corona cuando se comprobaban los efectos de fenómenos naturales adversos, así como que una parte importante de la población se encontrara dispersa en las jurisdicciones

8 Menegus (2000) insiste en el valor del tributo como mercancía, aspecto que sin duda se puede considerar, sobre todo cuando estos se entregaban en productos y no en dinero.

civiles y eclesiásticas.⁹

Pagar el tributo, las obvenciones parroquiales y cualquier otra “cooperación” solicitada por las autoridades indias o novohispanas fueron los elementos que casi “obligaron” a los indios y mulatos a intercambiar productos o convertirlos en reales (con un valor en dinero, aunque casi siempre en productos), claro sin dejar de lado la ganancia que obtenían diversos actores socioeconómicos dentro y fuera del espacio de estudio.¹⁰ Asimismo, el repartimiento a indios y castas de machetes, sombreros, frazadas, ganado, ropa, entre otras cosas, podría implicar un dinamismo en los espacios sociales de estudio, a pesar de no saberse a ciencia cierta qué porcentaje de la población participaba o era parte del repartimiento.¹¹

Con los avances que ha tenido la historiografía en el análisis del comercio podemos observar diversas perspectivas analíticas sobre las poblaciones del Altiplano central (SILVA, 2007 y 2003; HERNÁNDEZ, 2010), así como en el sur y sureste de la Nueva España (MACHUCA, 2007 y 2008; ARRIOJA, 2008). Sin duda, lo sucedido en el noreste novohispano con los grupos nómadas o seminómadas tiene otras características (ORTELLI, 2007: 139-164 y 185-212), así como la manera en que funcionaron las misiones jesuitas antes y después de la expulsión de la Compañía en 1767, lo que ha sido parcialmente estudiado para el caso de Sonora (RADDING, 1997; DONJUAN, 2010: 102-115). Igualmente se ha observado el papel monopolizador de los regatones e intermediarios, como los que producían la escasez de alimentos en momentos de falta de semillas, beneficiándose y obteniendo cuantiosas ganancias debido al monopolio y la usura.

9 “Real Cédula en que S. M., concede el indulto de tributo a los indios cuando padezcan epidemia, 1766”, en Archivo Histórico Genaro Orozco (en adelante AHGO), vol. 43, doc. 26.

10 Véase el “Arancel para todos los curas de este Arzobispado [de México] fuera de la ciudad de México, 1767 [Arancel Lorenzana]”, en Archivo Histórico del Arzobispado de México (en adelante AHAM), *Fondo Episcopal, Secretaría Arzobispal, Aranceles Parroquiales*, caja 97, exp. 3. Donde se menciona lo que deberían pagar los indios de cuadrilla y hacienda, así como los indios de pueblo, los españoles, los mestizos y los mulatos. Las cantidades, dependiendo de la actividad que comprometiera la presencia del cura iban para los primeros de dos reales a ocho pesos; para los segundos de cuatro reales a cuatro pesos; para los siguientes de un peso a 12 pesos, y para los mestizos y mulatos de cuatro a ocho pesos.

11 Para el caso de Oaxaca, véase Arrijoa (2008); para Tlaxcala, Hernández (2010).

Por otra parte, se ha visto la participación de las haciendas y de los pueblos de indios en los mercados regionales, intentando dentro de las posibilidades que dan las fuentes presentar una escena más cualitativa de cómo los productos y mercancías llegaban a los mercados locales o regionales, así como la manera en que algunos pueblos y haciendas se especializaron en ciertos productos que los mismos ecosistemas les brindaban, aspecto que, al menos para el siglo XVIII novohispano, no se ha realizado de manera sistemática, sea por la falta de datos más precisos sobre las propiedades privadas o porque hasta el momento no se ha logrado desmitificar la idea de que las haciendas eran no solamente conflictivas sino también unidades productivas. Por ejemplo, el conde de Peñasco dividía el territorio de sus propiedades entre aquellas que podían ser mixtas (Angostura), las que permitían concentrar las cabras para su matanza (Bocas), y las que solamente deberían de cultivarse (Granjenales) o dedicarse en casi toda su extensión a ser estancias (Huizache, La Tinaja y Antejos). No obstante, en dichas perspectivas no se considera la dispersión de la población, tanto en las jurisdicciones indias como en las propiedades privadas, lo que puede reducir el número de quienes ingresan productos y consumidores, aunque pareciese existir una mejor manera de control y manejo de los productos y mercancías en las propiedades privadas (VELÁZQUEZ, 1983 y 1985; BAZANT, 1995: 38-41).

Un breve contexto poblacional huasteco¹²

Las Huastecas contenían diversas y variadas jurisdicciones civiles, eclesiásticas (regulares y seculares), diezmatorios y alcabalatorias (en el siglo XIX y en la actualidad varios estados de la república), este hecho aunado a la diversidad “racial” y geográfica nos ofrece espacios compartidos por diversas formas de asentamiento, desarrollo de la población, y localidades que ocupaban dicho espacio (pueblos, barrios, pueblos-misiones, rancherías, haciendas y ranchos). El espacio geográfico es el que parecería precisar la ocupación del territorio y por lo tanto definir el tipo de producción en el

12 Este apartado está sustentado en Escobar Ohmstede y Fagoaga (2004 [2005]; 2006 y 2010), Noyola (1988), Velázquez (1987, IV: 265-333). Se hará mención cuando la información no provenga de estos estudios.

que se concentrarían las diversas unidades productivas, encontrándose casi una especialización en las que pertenecían al Fondo Piadoso de las Californias y una mixta respecto a las del Conde de Peñasco.

La Huasteca alcanza un nivel pluviométrico de 1200 mm anuales y cuenta con diversas corrientes de agua permanentes, las que no solamente permiten cierta humedad en la tierra sino saciar las gargantas de animales y seres humanos por las temperaturas que se alcanzaban dadas las condiciones climáticas; por esta razón la producción de caña encontró un lugar para su reproducción. El caso del norte huasteco y una parte del oriente potosino las condiciones climáticas varían tanto como las características edafológicas, por lo que la ocupación de parte de las haciendas y algunos pueblos de indios y pueblos-misión llevó a una racionalidad en la ubicación de los agostaderos para el ganado, así como el tipo de semillas que se podían plantar. La competencia por el agua se dio en zonas como Rioverde (p.e. la misión de pames fundada en tierras de la hacienda de la Angostura), y la de la tierra casi con todas las misiones que convivían con las haciendas y que se extendió temporalmente hasta principios del siglo xx. Es así que no solamente el aspecto geográfico, sino dónde y de qué manera se asentaba la población, fue lo que durante los varios siglos coloniales marcó la producción, comercialización y el intercambio de productos y manufacturas para los diversos actores sociales.

Una parte importante de las Huastecas fue considerada zona de misiones, concentrándose de manera importante las franciscanas en la parte correspondiente a San Luis Potosí, y menos en las de Tamaulipas y Veracruz. Sin embargo, debemos considerar que muchas de las misiones creadas en las dos últimas huastecas fueron abandonadas a causa de la muerte de los misioneros o por ataques de grupos seminómadas; re-fundándose en algunos casos a partir de la expedición que realizó en 1743 José de Escandón, aun cuando en 1772 se consideraba necesario repoblar algunos de los lugares que había fundado.¹³

La población en la Huasteca potosina estaba compuesta por nahuas, teeneks, otomíes y pames, así como pardos, mulatos, mestizos y “blancos” (europeos y criollos).

13 AGN, *Salinas*, vol. 16, exp. 3.

Los principales asentamientos en la sierra y en el piedemonte estaban ubicados en el corregimiento y posterior subdelegación de Villa de Valles. Estas localidades eran Tamapache (nahuas y pames), Tanzozob (nahuas y pames), Tamitas (huastecos), Tampasquid (huastecos), San Miguel (pames), Santa María Tampaxilin (pames), Tamasopo (pames), Tanlacum (pames), San Diego, El Sauz (pames), Santa María Acapulco (pames), San Marcos (pames), Guayabos (pames), Xilitla (nahuas, otomíes, pames y mecos) y Tamazunchale (nahuas).

La ubicación de localidades de grupos nahuas y huastecos en la Sierra Madre, de sedentarios y con forma de subsistencia mixta (agricultura, caza y recolección) es parecida a los del centro de la Nueva España, a pesar de encontrarse en frontera hacia 1743, y todavía mucho tiempo después de consolidarse la colonia del Nuevo Santander en 1778. Los sitios donde habitaban estos grupos tenían la característica de ser congregados. En cambio los chichimecas, pames y otomíes estaban, en su gran mayoría, dispersos y se desarrollaban como cazadores-recolectores, empero muchos de los considerados como grupos sedentarios presentaban patrones de asentamiento disperso, con escasa concentración en localidades “urbanas” (pueblos). Es posible que los pames optaran por cambiar su “entidad sociocultural” como una forma de resistencia o como una posibilidad de acceder a tierras que no podrían obtener al seguir siendo considerados “indios de campana” o “indios neófitos”. Un aspecto que no habría de descartarse es el hecho que pudo ser una manera de ocultarse por lo sucedido unos años antes, cuando se intentó congregarlos a lo largo de la Colonia en Valle del Maíz y el Valle de Lágrimas (que luego se convertirá en San José del Valle del Maíz). Todos los esfuerzos fueron inútiles, prueba de ello es que los misioneros constantemente se quejaban de no poder congrega a los indios. Por esta situación fueron tomados por “bárbaros” y se les llevó en colleras y como esclavos a fundar la colonia del Nuevo Santander. Este hecho fue constante. Los españoles y mulatos al servicio de José de Escandón visitaban las localidades de pames para tomarlos como trabajadores de las haciendas en la que se les quitaban todas sus prendas y al no soportar los maltratos preferían huir y vivir dispersos.¹⁴

14 “Informes que por mandato de sus prelados superiores hicieron los misioneros de la

Los habitantes de la jurisdicción de Villa de Valles se encontraban distribuidos entre los pueblos, barrios, pueblos-misión, ranchos, rancherías y haciendas o dispersos en los montes. En la parte norte principalmente existían grandes concentraciones de tierras en haciendas, y al oeste se encontraban varios pueblos-misión de la Custodia de Tampico, Valles y Rioverde (pertenecientes a los obispados de Michoacán y de México),¹⁵ lo cual no correspondía exactamente con lo civil. La parte sur de la Huasteca contaba con una población más estable, básicamente compuesta de nahuas, otomíes y teenek. En 1765, en la jurisdicción, se contabilizaron 5 088 familias de tributarios en pueblos y 79 de laboríos (en total 20,664 individuos), así como 59 familias de mulatos (234); y para 1743 se habían registrado un poco más de 45 mil indígenas y 2384 no indios. Para la primera década del siglo XIX el número de tributarios indios se incrementó a 6060 (24,238 individuos) y los de mulatos en 1622 (6488 individuos). Principalmente la población se encontraba asentada en las jurisdicciones de los pueblos y barrios, pero igualmente un cantidad importante estaba dispersa y otra parte, no solamente de indios sino también de mulatos y mestizos, se asentaba en los pueblos-misión. Además de los pueblos, compartían dicho espacio nueve grandes haciendas de Valles productoras de ganado, maíz, frijol y caña de azúcar, así como varias rancherías (48) ubicadas en la sierra, además de 17 misiones, lo que le daba un paisaje complicado a la jurisdicción, y en el que cada uno de los hacendados, comerciantes, misioneros, encargados del diezmo y alcabalatorios, “protectores de indios” e indígenas jugaban un papel en los circuitos mercantiles.

Un buen ejemplo del tipo de población que podían contar las haciendas nos la arrojan las propiedades del Fondo Piadoso de las Californias en San Luis Potosí; en ellas se concentraban altos índices de habitantes estables y flotantes o con una alta movilidad

Custodia de San Salvador de Tampico sobre la fecha de fundación, situación geográfica, número de familias y estado de sus misiones; agregan las causas que consideran han motivado el atraso de sus establecimientos: 14 de diciembre de 1761-5 de febrero de 1762”, en Biblioteca Nacional (en adelante BN), *Fondo Franciscano*, 43/ 987.1, fs. 8v.-9, 17v, 19.

15 Véase por ejemplo, “Documentos relativos a las Misiones de la Nueva España, 1781-1790”, en Biblioteca Bancroft (en adelante BANC), MSS M-M 431. Al final del documento viene un cuadro de la población que albergaban las misiones.

por la jurisdicción. Así, en 1802, San Agustín de los Amoles tenía 26 arrendatarios más 56 sirvientes acomodados,¹⁶ mientras que San Ignacio del Buey contaba con 100 arrendatarios, 44 sirvientes y 25 indios pames labradores; por otra parte la hacienda de Buenavista tenía 24 sirvientes alquilados y 34 sirvientes acomodados;¹⁷ la hacienda de Ovejas Huasteca contaba con 63 sirvientes acomodados y 26 pastores alquilados. A la par Cerro Alto tenía 25 sirvientes, la Estancia de Tampulaque tenía 15 sirvientes, Casas Viejas diez, las Estancias 14, Papagayos 24 y Tierra Nueva dos, de esta manera se tenía un total de 126 arrendatarios, 153 sirvientes acomodados, 134 sirvientes, 25 indios pames y 26 pastores, dando un total de: 464 individuos, esto sin considerar si algunos de ellos tenían familias, lo cual posiblemente duplicaría el número de habitantes, aun cuando también podemos considerar que los pames se encontraban asentados en Villa del Maíz y no precisamente dentro de los límites de las haciendas.¹⁸

Frente a este panorama poblacional y de localidades, y la manera en que se ocupaba el espacio huasteco, podemos considerar la inexistencia de “espacios vacíos territoriales”, ya que cada uno de ellos pertenecía a alguno de los actores sociales, a pesar de que no se diera algún tipo de poblamiento. Sin embargo, debemos tener claro que mucha de esta población no se encontraba asentada en los fundos legales de los pueblos, ni en los cascos de las haciendas o alrededor de la iglesia, sino, insistimos, estaba dispersa, no solamente dependiendo de las actividades económicas que desarrollaban en sus pueblos o en las unidades productivas, sino también como una forma de poblamiento que antecedió a la llegada de los españoles. De esta manera casi un 50% de la población puede considerarse en esa situación, frente al resto que supuestamente era más ubicable,

16 Velázquez (1983: 23) menciona la existencia de 53 sirvientes: 32 labradores y 20 de otros oficios.

17 Velázquez (1983: 33) considera 35 sirvientes, 31 de los cuáles eran labradores.

18 “Libro donde constatan por menor los cargos y datas de esta Hacienda [San Agustín de los Amoles] y sus anexas desde este día hasta 31 de diciembre yendo los cargos con arreglo a las existencias que quedaron en fin de diciembre de 1802”, BANC, MSS MM 1872. El reclutamiento de los trabajadores de Villa de Valles o de Valle del Maíz fue dificultoso para el Fondo Piadoso, fuera por el rechazo de los indígenas o a la negativa de las autoridades que tenían otros contratos con los hacendados cercanos a la Villa del Maíz (VELÁZQUEZ, 1983: 138-142 y VELÁZQUEZ, 1985: 112, nota 237, 437).

fuera porque pagaban tributos, obvenciones y/o estaban dentro de los límites de una unidad productiva privada. Por último, y relacionado con lo anterior, es la distinción en los patrones de asentamiento en el territorio. La población indígena se encontraba ubicada en distintas localidades que se distinguen por ser urbanas (villas, pueblos, puertos) y rurales (haciendas, ranchos, rancherías y pasos de canoa). La proporción a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII variaba pero apunta a reconocer que un porcentaje importante, que oscilaba entre el 50-55%, se localizaba en las llamadas propiedades privadas. A estos elementos debemos sumar que los individuos no se encuentran estáticos en el territorio y que se movían por distintos motivos ya fueran provocados o por conveniencia (p.e. indios de cuadrilla).

Qué actividades comerciales desarrollaban los habitantes

El comercio giraba en torno a los miembros de los pueblos indios y que compartían con otros sectores socioeconómicos, aunque de manera desventajosa con aquellos no indios que contaban con diversas bases materiales, como podrían ser los Barragán y los Ortiz de Zarate (quienes a demás se hacían cargos de los diezmatorios y alcabalatorios) en el Valle del Maíz, quienes traían mercaderías de Veracruz y Pánuco y las distribuían entre sus encargados que se encontraban en la Huasteca potosina y en general en el oriente potosino, incluyendo la parte central del Altiplano de esa región. A la par se encontraba el Conde de Peñasco, quien trasladaba la sal de Altamira, en términos de monopolio hacia San Luis Potosí.¹⁹ También podría considerarse el papel del Fondo Piadoso de las Misiones de las Californias que recibió, en 1802, casi siete mil pesos de efectos de las ciudad de México, Puebla y Querétaro, además de canalizar sus productos de manera interna, una parte para el mercado local y regional y mucho para el Bajío y la Ciudad de México; semejante comercio realizaban otros propietarios privados, como el Conde de Peñasco y los Barragán.

Uno de los aspectos centrales y que en muchas regiones fungía como una especie de motor del “dinamismo” comercial era el repartimiento, el cual fue abolido legalmente en 1786, aun cuando años posteriores se seguía discutiendo sobre la viabilidad o no de este

19 AGN, *Salinas*, vol. 16, exp. 3.

tipo de comercio.²⁰ Las opiniones y tendencias historiográficas en torno al repartimiento son variadas, algunas lo condenan y otras lo definen como una parte esencial de los intercambios comerciales;²¹ sin embargo, lo que aquí mostraremos es como se percibía y ajustaba para el caso de la Huasteca potosina. Diversos funcionarios y/o comerciantes de la época continuaron con el repartimiento, mientras que otros consideraron, como Juan de la Riva, encargado del ramo de tributos, en 1788, que con su prohibición se ha:

[...] experimentado la mayor imposibilidad de conducir el dinero de las Provincias a la capital de México por falta de libranzas que se experimentan en todas partes así por los atrasos que han ocasionado las calamidades (1784, 1785 y 1786), como por la falta de circulo y giro interior del Reyno procedido por haberse suspendido de repente los repartimientos y habilitaciones a los indios, mulatos y demás castas tributarias, con lo que se les ponía en disposición de trabajar y pagar, habiendo quedado ahora todos estos brazos muertos, en inacción y la mayor infelicidad, según lo tengo extensamente representado al virrey.²²

Una de las primeras menciones que se revisaron en torno al repartimiento en la Huasteca potosina fue la del corregidor de Villa de Valles, Francisco de Lazcano, en 1743, quien aseguraba que en “tiempos pasados” era el algodón, hilado, mantas y partidas de mulas lo que más comerciaban los indios y que al momento de elaborar el informe era el piloncillo del que se fabricaban “seis, siete mil cargas cada año”

20 Véase la posición a favor o no del repartimiento por parte de los intendentes en AGN, *Subdelegados*, caja 35. El bando también se encuentra en Archivo General de Indias (en adelante AGI), *México*, leg. 1675. Resalta el caso de Yucatán, que lo considera importante para la circulación comercial. Semejante diálogo se dio después de 1792, cuando se considera si era pertinente o no seguir exentando a los indígenas del pago de alcabalas, y que se apuntaba al hecho de que muchos mestizos se “confundían” con indios. Véase el informe de 1791, reproducido nuevamente en 1793, AHGO, vol. 120, doc. 7

21 Entre algunos trabajos, véase Patch y Cáceres (2001), Pietschmann (1998: 73-74 y 76-81), Escobar Ohmstede (2000: 96-98), Fagoaga (2004: 88-92), Machuca (2000), Arriola (2008), Ouwenel (2000 y 1998: 318-332), Menegus (1989: 231-250), Ducey (1996: 20-24), Baskes (1996).

22 AGI, *Audiencia de México*, leg. 2106.

(FAGOAGA, 2004: 89, 90).²³ La preponderancia de la agricultura sobre una zona que ha sido considerada importante para la cría y comercialización de mulas, se antoja radical; sin embargo, pareciese que los ranchos volantes y los agostaderos se movieron de las tierras llanas y planas de la frontera hacia el sur,²⁴ expandiéndose la agricultura indígena, sobre todo el cultivo de la caña, en las zonas circundantes a los pueblos-misiones de Rioverde, Huehuetlán, Coxcatlán, la Villa de los Valles y el Valle del Maíz, cuyas tierras eran cultivadas con arado. Los pueblos-misión competían en la producción de las haciendas, como las de San Agustín de los Amoles y San Ignacio del Buey que producían caña y centraban una parte de su manufactura en la elaboración de piloncillo en sus propios trapiches, la cual se destinaba para consumo interno y se vendía a los comerciantes de Guadalcázar y San Francisco (posiblemente la misión de La Palma) (MEADE, 1970: 53; AGUILAR-ROBLEDO, 1998; VELÁZQUEZ, 1985). También el ganado era un aspecto en que “competían” los pueblos-misión con las haciendas, pero en su conjunto, ni aproximadamente, lograban las casi 24 mil cabezas que tenían las haciendas del Fondo Piadoso.

Sin embargo, antes de la “abolición legal” del repartimiento, en la Huasteca potosina se dio un caso casi inaudito. A principios de la década de los sesenta del siglo XVIII, el cura de la jurisdicción eclesiástica de Tampamolón, Br. José Manuel de Perelí, prohibió bajo la pena de excomunión “mayor” se realizara el repartimiento de reales y géneros de mercancías en los pueblos que estaban bajo la cobertura de su parroquia, como una forma de proteger a los indígenas frente a lo que parecía una serie de excesos de los cobradores, comerciantes y arrieros. El resultado de este hecho fue que la “república”, y algunos miembros del común de los pueblos de Axtla, Coxcatlán y Tamazunchale, solicitaran a través de su apoderado Manuel de Loria que el Arzobispado levantara dicha prohibición. Con base en la solicitud, la Audiencia Arzobispal le solicitó al cura de Tamazunchale realizara las averiguaciones pertinentes con varios testigos. Como resultado de las preguntas del párroco se informó que el piloncillo era el único producto que se insertaba en las redes de comercio a través de los

23 AGI, *Indiferente*, leg. 180, f. 120.

24 AGI, *Indiferente*, leg. 108, f. 115v.

comerciantes y arrieros que la transportaban a diversos lugares, como Valle del Maíz, San Luis Potosí, Guadalupe, Zacatecas, San Miguel de Allende y la ciudad de México, a su vez, los indígenas recibían machetes, frazadas, sombreros, sal y carne, esta última debidamente salada la vendían o intercambiaban en algunos de los pueblos-misiones cercanos. De esta manera, la actividad comercial era desarrollada de manera importante gracias al repartimiento, pero debido a la prohibición los indígenas se encontraban impedidos de pagar tributos y obvenciones parroquiales, siendo un caso extremo el que un indígena vendiera a su hija en tres pesos para pagar el tributo. No solamente ellos y los comerciantes, ya fueran mestizos, “blancos” o indígenas, se vieron afectados, sino que los propietarios de ganado ya no podían “fiar”, por lo que sus ventas de carne disminuyeron, pues ningún indígena podía pagar de “pronto”. La manera en que se desarrollaba y se definía el precio de los productos en el repartimiento se expresaba de la siguiente manera:

[...] que en el repartimiento de géneros de mercadería es la costumbre que llevando sombreros, que en la parte de donde los sacan valen a cuatro reales los cambian en la Guasteca a 20 reales de piloncillo, pero estos veinte reales son puramente imaginarios, y solamente sirven para contarlo, llamando medio real a una mancuerna; quando efectivamente dan por medio real tres o quatro mancuernas, y por consiguiente estos veinte reales imaginarios se vuelven quatro reales efectivos.²⁵

El repartimiento comenzaba en agosto con el fin de recoger el producto entre febrero y mayo. Casi todos los testigos mencionaron la manera en que los indios comenzaban a ausentarse de los pueblos, principalmente de Axtla, de donde ya se habían “huido” casi nueve familias al no poder adquirir una serie de mercancías necesarias para sus actividades cotidianas, como eran los machetes que se oxidaban por el tipo de clima imperante en la zona, así como la sal que provenía de Pánuco.

Diez años después nuevamente se sabía del repartimiento, cuando con base en

25 AGN, *Indiferente Virreinal*, caja 0713, exp. 6, fs. 3v-3r.

una Real Cédula del 17 de julio de 1751 el corregidor comentaba que a los indios se les pagaba la carga de piloncillo a tres pesos en mayo, junio, julio, agosto y septiembre, y se les adelantaba los meses de febrero, marzo y abril en que la vendían a cuatro.²⁶ Coincidentemente en los meses de marzo, abril, mayo y diciembre, las haciendas del Fondo Piadoso vendían sus cargas de piloncillo. Lo que se les daba a los indígenas era paño de Querétaro (cinco pesos la vara), frazadas, sombreros y machetes (tres pesos) y sal (tres pesos el almud).²⁷ En 1790, el intendente de San Luis Potosí, Bruno Díaz de Salcedo le informó al virrey Revillagigedo que dentro de la Provincia solamente en el caso de Villa de Valles el corregidor “repartía piloncillo, y cobraba en esta especie el tributo”, lo que ya se le había prohibido.²⁸ El corregidor recibía la carga a dos pesos y la vendía a los comerciantes y arrieros entre cinco y ocho pesos, según el estado de la cosecha. Dos años después, Díaz de Salcedo mandaba una carta del subdelegado de Villa de Valles, José Plasencia, quien comentaba en octubre de 1792, que en los tiempos de los corregidores hacían ellos los repartimientos de piloncillo a los pueblos pagando en ocasiones 14, 16, 18 o 20 reales no en dinero sino en comestibles o ropa. Con la prohibición de la Ordenanza de Intendentes fueron los “vecinos pudientes” quienes continuaron con el repartimiento, pagándoles a los indios de la misma manera que unos meses antes lo había hecho el corregidor, es decir, en ropa, semillas y en muy contadas ocasiones en reales, pero que sin embargo, desde su reciente ingreso como subdelegado había logrado que los vecinos dejaran de realizar usura y pagaran a tres pesos la carga. A principios del siglo XIX era el subdelegado quien habilitaba reales a cambio de piloncillo (FAGOAGA, 2004: 92).²⁹

26 En 1761 se pagaba la carga a tres pesos en promedio, aunque se podía pagar a dos pesos y hasta cinco pesos. Cada carga de piloncillo contenía 320 piloncillos y cada piloncillo pesaba entre 13 y 14 onzas (una onza tiene un peso de 287 decigramos). AGN, *Indiferente Virreinal*, caja 0713, exp. 6.

27 AGN, *Subdelegados*, caja 34, exp. 35.

28 Antes de 1786, los administradores de alcabala no sabían cómo cobrar el impuesto a los funcionarios que se dedicaban al repartimiento.

29 AGI, *México*, leg. 1675. En las cuentas del subdelegado de Valles, de 1808 y 1809, se menciona que el piloncillo fue embodegado en la misión de San José del Valle del Maíz, y que posteriormente se fue vendiendo a la hacienda de la Angostura, a vecinos de Riogrande

Una sumaria realizada al receptor de alcabalas de Huehuetlán, en 1786, nos acerca a la manera en que se daba el repartimiento. Todos los testigos coincidieron en lo siguiente: si los indígenas tenían algún apremio o para pagar la limosna, el bautizo, etc., Ignacio Torres les pagaba la carga de piloncillo a dos pesos de fiado, pero con la condición que se llevaran machetes, hachas, frazadas, frijol, maíz, sal, jicas o chile, todo a un precio bastante alto (p.e. un almud de frijol que valía dos reales de plata lo daba a 20 reales de piloncillo), y en dado caso que el deudor no le pagará en tiempo y forma le embargaba los bienes que tenía, de esta manera el receptor ganaba de todas maneras, por lo que se consideraba un crimen de “mayor graduación” que los comunes.³⁰ Por otro lado, al administrador de alcabalas de Villa de los Valles, José de la Rosa también conocido como uno “de los mayores comerciantes de sierra abajo”, se le acusaba en 1786 de repartir géneros a los indios y de rescatar maíz y harina lo que dejaba a las plazas vacías, sin la presencia de “molangueros comerciantes de a pie” y arrieros. Con la falta de mercancías los indios tenían que comprar todo lo que tenía en su poder de la Rosa. Además, el piloncillo que lograba reunir lo enviaba al Valle del Maíz al capitán Francisco Ortiz de Zarate o alguno de sus hijos, para que lo revendieran a un mayor precio fuera de la jurisdicción sin tener que consultar a los recaudadores de alcabalas de los pueblos.³¹ Un caso interesante fue cuando las indígenas de Aquismón se quejaban, en 1769, de que el misionero Ostolozza les solicitaba como parte de los servicios personales un ovillo de hilo con un peso aproximado de un cuarto de onza, que el cura ingresaba a las redes comerciales sin pagar la alcabala.

A esta forma de repartimiento eclesiástico habría que agregarle el que hacían los misioneros de la Huasteca potosina, quienes les adelantaban a los indígenas dinero por el pilón. Posteriormente, y en vista de que no pagaban alcabala, la vendían a los arrieros

(Zacatecas), en el Valle del Maíz, en los Reales de Guanánitos y Guanaseví, Guadalcázar, Alaquines, la misión de la Divina Pastora (que se encontraba en tierras de la Angostura) y en el pueblo de San Nicolás. Archivo Histórico del estado de San Luis Potosí (en adelante AHESLP), *Intendencia*, leg. 1810-11(3), exp. 3.

30 AGN, *Alcabalas*, vol. 33, exp. 16.

31 AGN, *Alcabalas*, vol. 33, ex 14, fs. 350-399. Se enviaba a Guadalcázar, a la ciudad de San Luis Potosí y a la ciudad de Zacatecas.

y a Antonio Miguel Barragán, comerciante y hacendado de Villa del Maíz. Otra manera es que solicitaban que las obvenciones parroquiales se las pagaran con piloncillo,³² recibéndolo a un precio inferior del que existía en el mercado, y posteriormente se lo entregaban a los arrieros, quienes a su vez lo vendían, todo esto sin considerar el pago del 6% de alcabala. Aspecto que se confirma en 1792, cuando José Sánchez Santibáñez, administrador de alcabalas de Villa de Valles, mencionó que sus antecesores solicitaban que se les aclarara si los curas debían pagar alcabala de los productos que declaraban como obvenciones. Santibáñez ponía como ejemplo lo que costaba un entierro (cuatro pesos) y que podía pagarse con carga y media de pilón, pero el cura lo vendía a cinco pesos la carga; además que le entregó a Antonio Miguel Barragán casi 200 cargas de pilón, el cual fue repartido al darle a los indios maíz desde un año antes. La respuesta de la ciudad de México fue que no se “innovara en la costumbre de los curas”.³³

De esta manera los indígenas no solamente se enfrentaban al repartimiento de los funcionarios civiles sino también al de los eclesiásticos. La alianza y a veces competencia entre los curas-misioneros y los funcionarios civiles arroja información interesante. Por ejemplo, en 1778, el padre custodio de las misiones de Tampico, comentaba que el corregidor de Valles realizaba un intenso repartimiento en varias misiones (Tancuayalab), Tamapache, Tamitas, Tampasquid, Tanlajás y Huehuetlán), así como en los pueblos de Tampacán, Chapulhuacan, Xaltocan, Tamazunchale, Matlapa, Tanchanaco, Aquismón, Coxcatlán, Axtla y San Antonio, siendo el piloncillo el producto básico que se obtenía. Esto no evita considerar el papel que tuvieron en el intercambio de mercancías los arrieros indígenas y mestizos, quienes transportaban productos de y hacia las Huastecas para y de la Ciudad de México, Querétaro, Puebla, Atotonilco, Nuevo Santander, Tianguistengo, Tampico, Tuxpan y San Luis Potosí. Asimismo, las haciendas contrataban arrieros para transportar las semillas entre sus diversos lugares de producción y almacenaje, por ejemplo, el administrador de San Agustín de los

32 En 1792, seis parroquias de la Huasteca potosina obtuvieron, como pago de obvenciones, trescientas cargas de piloncillo con un valor de 1350 pesos (FAGOAGA, 2004: 101).

33 AGN, *Alcabalas*, caja 1569.

Amoles pagó 374 pesos a José Manuel Arriaga para transportar 120 cargas de pilón de la hacienda de San Ignacio del Buey a Guadalcázar, así como 50 cargas de maíz de Papagayos al rancho Dolores y otras 50 cargas de lana de la Baya a San Agustín de los Amoles.³⁴

En muchos casos los indios no aceptaban las maneras en que se les cobraba el repartimiento, sobre todo cuando se exigía el pago en los momentos de entrega de tributo o cuando se daban rivalidades entre los diversos actores sociales interesados en obtener una mayor ganancia.³⁵ Así fue el caso en 1753 cuando el gobierno indio de la jurisdicción de Villa de Valles se quejó que el Alcalde Mayor no acataba las órdenes de no molestarles con el repartimiento cuando tenían que pagar el tributo, ya que les exigía el hilado y el piloncillo que tenían ajustado, aspecto que intentó ser evitado por las autoridades novohispanas de la Ciudad de México.³⁶ La relación entre repartimiento y tributo fue un binomio que a las autoridades les preocupó, no solamente a través de los informes que se le enviaron al virrey Revillagigedo en la década de los noventa, sino por las mismas reclamaciones de los indios y porque la Real Hacienda perdía recursos al no poderse pagar los tributos. Sobre este tenor hay una diversidad de ejemplos, pero solamente mencionaremos el de Coxcatlán (Huasteca potosina), que contiene diversas causas en torno a dicho binomio. En 1782 el gobierno indio arremetió en contra del Alcalde Mayor, quien repartía dinero por piloncillo, pagándoles a dos pesos la carga cuando valía tres, además, después de recogerlo lo guardaba en unos tapancos que tenían que cuidar los propios indígenas, así como cubrir los posibles quebrantos. Cuando deseaban pagar el tributo en dinero, el funcionario se oponía y solamente quería el producto, además que les negaba el permiso para que ellos mismos pudieran comerciar. El gobernador indígena solicitaba que no se les pidiera pagar el repartimiento cuando tenían que entregar el tributo, que se les aceptara éste en dinero

34 “Libro donde constatan por menor los cargos y datas de esta Hacienda [San Agustín de los Amoles] y sus anexas desde este día hasta 31 de diciembre yendo los cargos con arreglo a las existencias que quedaron en fin de diciembre de 1802”, BANC, MSS MM 1872.

35 Menegus (2000) desarrolla ampliamente las relaciones existentes entre el repartimiento y el tributo, sobre todo cuando se exigía en especie.

36 AGN, *Indios*, vol. 57, exp. 104.

y no en piloncillo y que se les quitará el repartimiento, argumento que parecería hasta contradictorio, pero la Real Audiencia aceptó todas las peticiones del gobernador, ordenando que el alcalde se ajustara a lo solicitado,³⁷ aun cuando el repartimiento continuó de manera velada.

Debemos de considerar que a partir de la segunda mitad del siglo XVIII la Corona española implementó reformas que fomentaban una mejor cuenta de los tributarios en todos los reinos y jurisdicciones, haciendo más eficaces las formas en que se llevaban las cuentas; a través del levantamiento de padrones, matrículas y censos, se pretendía aumentar el ingreso de pesos a la Real Hacienda, pero no significó su aplicación inmediata y puntual. El incremento, por lo tanto, se dio a partir del crecimiento demográfico de la base tributaria. El segundo factor a considerar son los fenómenos naturales adversos en los ciclos agrícolas y en consecuencia en la economía regional y colonial. La segunda mitad del siglo XVIII estuvo inmersa en una intensa sucesión de pestes, sequías, esterilidad y muerte de ganados, huracanes, hambre y que se manifestaron por las relevas de tributo. De 1771 a 1777 el crecimiento de tributarios debe tomarse con cautela, ya que durante esos años hubo distintos fenómenos naturales que azotaron a la región. De 1769 a 1775 se vivió “esterilidad” en los campos y la anticipación de heladas, que mató al ganado, y a la par hubo escasez de lluvia. En el último año se presentó una plaga de langosta que afectó a Villa de los Valles,³⁸ además de un año como el de 1802 en que todas las unidades productivas reportaron muerte de ganado por la escasez de lluvia. En 1803 el administrador del Conde de Peñasco comentaba sobre secas en 1803, 1810 y 1818, así como heladas en 1803 en la hacienda de la Angostura, en donde se perdieron 700 cabras. Entre 1785 y 1786 se hablaban

37 AGN, *Tierras*, vol. 2965, exp. 6. Un año después, los pobladores de Tampacán solicitaron lo mismo, y como en el caso de Coxcatlán, la Real Audiencia aceptó. AGN, *Alcabalas*, vol. 33, exp. 8.

38 AGI, *Audiencia de México*, leg. 2103. Se relevaron de tributo a 18 pueblos, entre ellos estaban Tansab, Tanlacum y Tamitas con su barrio San Miguel (5 de mayo de 1778), Tamazunchale y sus pueblos (enero y marzo de 1775), AGI, *Audiencia de México*, legs. 2103 y 2105. “El Virrey concede relevar de tributos por el tiempo que se expresa, a los gobernadores de la misión de la Purísima Concepción de Tamitas y barrio de San Miguel, jurisdicción de la Villa de Valles, para que puedan recuperarse de las enfermedades y demás miserias, 1778”, AGN, *Indios*, vol. 65, ex 280, fs. 312-312v.

de epidemias que habían disminuido la población de los pueblos-misión. Asimismo, además de los fenómenos naturales y epidemiológicos también las políticas coloniales afectaron la base tributaria. La fundación de la colonia del Nuevo Santander propició que los indios pames, de la parte oeste y norte de la Huasteca potosina, fueran llevados ahí desde el año de 1748, afirmándose que estos indios se encontraban en distintas partes: la misión de la Divina Pastora, y en varias misiones de la Custodia de Rioverde, Guadalupe, la Saucedá y Nuevo Santander. Todavía en 1778 los curas mencionan el constante asedio a la población indígena pues se intentaba que fueran llevados a las tierras de haciendas y ranchos para trabajar en ellas, lo que mermó a la población congregada en las misiones.³⁹ Sin embargo, varios años después se tomaba hasta con cierta tranquilidad, por parte de los eclesiásticos, el mencionar que los indígenas se encontraban trabajando en las minas de azufre de la hacienda de Guaxcamá, en las haciendas colindantes a Lagunillas, Gamotes, Purísima Concepción del Valle y Divina Pastora, seguramente porque de esta manera recibían sus obenciones puntualmente. Igual, a principios del siglo xix, el administrador del Fondo Piadoso de las Californias comentaba del oportuno pago de las obenciones parroquiales al cura de Guadalupe.

El comercio “de todos”

De manera constante, desde la Ciudad de México se les llamaba la atención a los administradores de alcabalas para que tuvieran cuidado de que los no indios les dieran sus productos a los indígenas para que éstos los vendieran como suyos, y evitar de esta manera el pago de alcabala.⁴⁰ A pesar de estas disposiciones, los contubernios de sobrevivencia entre los comerciantes y los indígenas continuaron.⁴¹ La participación

39 “Informes que por mandato de sus preladados superiores hicieron los misioneros de la Custodia de San Salvador de Tampico sobre la fecha de fundación, situación geográfica, número de familias y estado de sus misiones”, BN, *Fondo Franciscano*, 43/ 987.1, fs. 1-28v

40 Existen varios casos en que los administradores mencionaban que comerciantes o artesanos les daban productos a los indios para que los introdujeran y vendieran como suyos, pagándoles un salario por tal negociación. Véanse varios ejemplos en AGN, *Alcabalas*, caja 1569; AGN, *Alcabalas*, vol. 440, fs. 7 y 203; AGN, *Alcabalas*, vol. 198, f. 97; AGN, *Alcabalas*, vol. 310, fs. 20-22.

41 AGN, *Alcabalas*, vol. 198, fs. 97r-97v.

indígena dentro de las redes comerciales pudo estar condicionada al interés que tenían los comerciantes de evadir el pago de la alcabala, saliendo beneficiados, tanto los indígenas como los que se convertían en sus “patrones”, en algunos casos de manera momentánea. Semejante situación presentaba las cofradías (fueran o no indígenas), quienes no pagaban alcabala por considerarse parte de la Iglesia. Sin embargo, con base en la documentación en torno a las cofradías que tenían los pueblos-misión el ganado menor era básicamente de donde obtenían lo necesario para la cera, el pago de misas, etcétera. Los registros en torno a las cofradías en la Huasteca potosina nos podrían indicar que una parte de ese ganado se “vendía” a cambio de los productos necesarios para las festividades, y que los sobrantes se prestaban con rédito no solamente a los miembros de las cofradías o a personas que no formaban parte de éstas.

El comercio que desarrollaban algunos miembros de los pueblos de indios de la Villa de los Valles eran con ganado vacuno y caballar, maíz, pescado, azúcar, costales de pita, algodón, miel de colmenas, cera, chile, tabaco y ganado menor (FAGOAGA, 2004). La caña de azúcar fue paulatinamente desplazando al algodón como un producto importante, aunque algunos propietarios pretendieron incrementar los cultivos por medio del riego, como fue el caso del Conde de Peñasco en el oriente potosino, así como experimentar con siembras de añil y ajonjolí en 1808.

Básicamente eran los pueblos sureños de la jurisdicción de Villa de Valles quienes cultivaban la caña de azúcar, al grado que desde 1743 llegaron a producir un promedio de siete mil cargas anuales. La caña de azúcar fue un producto altamente cotizado, quizá más que el algodón y el ganado, pensando principalmente en los indios, ya que se cultivaba en mayor o menor medida en todos los pueblos y propiedades privadas. Los derivados de la caña de azúcar, como fueron el piloncillo (panocha o chancaca) y el aguardiente tuvieron una gran demanda en las redes comerciales huastecas, así como en el Bajío, en el Norte y en parte del Altiplano. No hay que olvidar que las principales menciones sobre el piloncillo eran en torno a cómo los indígenas lo convertían en instrumento de cambio y en ocasiones en reales, así como el papel que jugaba en el repartimiento. Un derivado importante del piloncillo era el aguardiente, producto que monopolizan los indígenas, en términos de su producción, pero

parcialmente en su comercialización. Los puntos con mayor compra fueron Rioverde, Alaquines, Guadalcázar, Matehuala y Armadillo en la Intendencia de San Luis Potosí y le seguiría, por mencionar a los más significativos, Pátzcuaro ubicado en el centro de la Intendencia de Valladolid, San Miguel el Grande (Intendencia de Guanajuato), Zacatecas, Sombrerete (Nueva Galicia), Real de Nieves (Nueva Galicia), las misiones del Nuevo Santander, San Juan del Río (Querétaro). Dentro de la jurisdicción de Villa de los Valles fueron Valle del Maíz, Villa de los Valles y San Nicolás de los Montes. Por encontrarse estas localidades en la parte norte-noroeste de la jurisdicción tenían a su alcance caminos reales que les permitía la salida a Rioverde-San Luis Potosí, Tula-colonia del Nuevo Santander y Tamuín-Tampico, por lo que algunas familias del Valle del Maíz eran “los sujetos de razón más acaudalados” y varios vecinos “principales” se ejercitaban en el comercio y la arriería.⁴²

La Huasteca potosina y una parte del oriente potosino abastecían de pilón al occidente y norte de la Nueva España, así como a las jurisdicciones cercanas y a las que se encontraban en el camino México-Querétaro-San Luis Potosí o México-Querétaro-Guanajuato-San Luis Potosí. De nuevo, los individuos del Valle del Maíz fueron los que invirtieron más dinero en la compra de géneros de la tierra y Castilla. Sin embargo, sería necesario tomar en cuenta que muchas de las mercancías que llegaban hasta la parte noroeste del alcabalatorio no se quedaron en ella (Valle del Maíz) sino que siguieron otro destino o que fueron distribuidas en Rioverde, Alaquines, Zacatecas, Bajío, San Luis Potosí y la colonia del Nuevo Santander.

Las misiones de Villa de Valles compartían de manera importante la producción de bienes, aun cuando no todas contaban con una diversidad de productos. En la misión de San Francisco Tancuayalab solamente se fabricaba costales de ixtle, mientras que los habitantes de la misión de Nuestra Señora de la Concepción del Valle del Maíz, desde la perspectiva del misionero, se dedicaban a la arriería y sus “principales vecinos” al comercio, como se comentó anteriormente. Para fines del siglo XVIII las 17 misiones producían piloncillo, chile, maíz y frijol, y una corta crianza de ganado, y muchas

42 AGN, *Californias*, vol. 29, f. 180; AHESLP, *Intendencia*, leg. 1792-1795 (15) e *Intendencia*, leg. 1770-1779, exp. 9.

intentaban utilizar las vegas de los ríos para sembrar maíz, pero de ninguna manera eran autosuficientes y en ocasiones dependían de lo que los otros pueblos de indios o propiedades privadas les llevaran a vender o a intercambiar.⁴³

En la planicie costera potosina y en la sierra la mayoría de las propiedades privadas comenzaban a incrementar la ganadería (cabras, ovejas, puercos, vacas, toros, mulas, caballos). En el caso de Villa de Valles, una parte del norte huasteco estaba dominada por las haciendas de San Juan Evangelista del Mezquite (450 mil hectáreas) que estaba especializada en la cría de ganado. La mayoría de las haciendas del Fondo Piadoso vendían ganado a otras haciendas, como la de Peñasco (cercana a la ciudad de San Luis Potosí), así como pieles a Guadalcazar, además de jarcia, ixtle, piloncillo. Sin embargo, la parte importante de lana, cueros, animales en pie (ovejas, mulas, burros, bueyes, caballos), sebo se mandaba a la hacienda de Ibarra en Guanajuato. La otra parte, se les entregaba a los sirvientes de las diversas haciendas, estancias y agostaderos como parte de sus salarios o por la compra que estos hacían.⁴⁴

Resulta interesante la manera en que las propiedades del Conde de Peñasco se especializaron en la producción. Por ejemplo, en su hacienda de Bocas se concentraban las cabras y ovejas que pastaban en Peñasco y en Angostura, con el fin de llevar a cabo la matanza de dichos animales, y así mandar las pieles, el sebo (blanco y mediano) y la carne a la ciudad de San Luis Potosí, Guadalcazar y Altamira. Asimismo, solamente Bocas concentraba 19 mil puercos y 17 mil ovejas en 1800, algunos de los miles de cerdos se convertían en jabón y cera; mientras que la lana era transportada a Guanajuato. En Valle del Maíz, por ejemplo, los esquilmos sumaban 71,350 pesos, tan sólo la hacienda de Papagayos (maíz, frijol y ganado menor) aportaba 12,500 pesos y pertenecía al Fondo Piadoso, mientras que la misión de San José (maíz, frijol, caña de azúcar y ganado en general) registraba 20 mil pesos. Casi todas las haciendas comerciaban con algunos excedentes de maíz y frijol producido por sus arrendatarios, terrazgueros o alquilados,

43 "Documentos relativos a las Misiones de la Nueva España, 1781-1790", BANC, MSS, M-M 431; AHESLP, *Intendencia*, leg. 1770-1779, exp. 9; AHESLP, *Intendencia*, leg. 1792-1795, exp. 19.

44 "Libro donde constatan por menor los cargos y datas de esta Hacienda [San Agustín de los Amoles] y sus anexas desde este día hasta 31 de diciembre yendo los cargos con arreglo a las existencias que quedaron en fin de diciembre de 1802", BANC, MSS MM 1872.

que eran vendidos por los dueños de las propiedades privadas. A la par casi todos los pueblos vendían semillas, lo que implicaba que sus habitantes estuvieran cerca de mercados locales.

Un producto que nutría las redes comerciales huastecas era la sal, alguna provenía de Pánuco, otra de Campeche, así como de Altamira, utilizada en buena parte para preservar los alimentos perecederos en las zonas calientes de la costa, “ensalitrar” a los ganados cuando se movían de los agostaderos, para salar el pescado y la carne para su transportación y venta en lugares cercanos y alejados. Un buen ejemplo es en el juicio que enfrentó el párroco de Tampamolón cuando prohibió el repartimiento a inicios de la década de los sesenta, por lo que los indígenas se quejaban que no accedían a la sal proveniente de Pánuco. La sal también se vendía a las minas potosinas o en Real del Monte (Pachuca) para el beneficio de los metales. En 1743 la sal que ingresaba por Tamiahua, Tampico (de ahí a Pánuco) o Tuxpan provenía del puerto de Campeche, pero no especificaba los puntos donde se comercializaba, sobre todos los menores, aunque hay menciones de compra de sal en varios pueblos, por ejemplo en Huehuetlán, Coxcatlán y Tancanhuitz, cuya carga se adquiría a seis pesos. Aun cuando la sal del Nuevo Santander no era considerada de buena calidad, igualmente las haciendas mandaban arrieros para que las transportaran. Algunos aprovechaban el viaje de recuas de 40 animales para transportar azogue, como lo hicieron los arrieros de la hacienda de Peñasco en 1814, cuyo propietario transportaba desde 1772 la sal de los almacenes del Nuevo Santander a diversos puntos de San Luis Potosí.⁴⁵

En otros casos, los comerciantes, funcionarios civiles y eclesiásticos, y arrieros, con conocimiento de causa, se veían involucrados en actos de contrabando o de violación de las leyes hacendarias. La relación que podría darse entre estos sectores podía permitir la participación de otros, como fue el caso, en 1801, cuando un arriero proveniente de Tampico ocultó a las afueras de Valle del Maíz cuatro mulas aparejadas con harina. Su argumento para no presentarlas al receptor de alcabalas es que las iba a vender en el lugar y que consideraba que no realizaba ningún ilícito. Visión diferente tuvo el encargado de justicia quien lo acusó de contrabando y además de pagar una

45 AGN, *Salinas*, vol. 16, exp. 3.

multa que implica el doble de alcabala por las 19 arrobas ocultadas.⁴⁶ Otro ejemplo fue la de la aprehensión del teniente José Fuentes, quien en complicidad con algunos funcionarios locales, comerciantes y arrieros había ocultado 29 arrobas de cacao de Guayaquil, así como otros productos de Castilla, ya que le habían decomisado casi 20 mulas aparejadas.⁴⁷

El contrabando no fue la única manera de evadir el pago de la alcabala. Los misioneros y curas utilizaron su exención para realizar negocios con comerciantes de sus demarcaciones. La desesperación de los receptores contrastaba con la parcialidad de las autoridades de la ciudad de México, quienes, a principios de la década de los setenta del siglo xviii, consideraban que solamente si el cura hacía acopio de mercancías para hacer negocios, en ese momento tendría que pagar la alcabala, pero como no había manera de comprobarlo, se tendría que aceptar la palabra eclesiástica en el sentido de si realizaba comercio, cosa que parece que nunca sucedió.

Como podemos apreciar, existía una relación más o menos equilibrada entre los indígenas y los que no lo eran, en términos de ingresar productos a las redes comerciales y mercados. Si consideramos el papel del repartimiento y el de los principales comerciantes, principalmente de Villa del Maíz, la balanza se desequilibra.

Consideraciones finales

Los indígenas contribuyeron no solamente con el piloncillo o el aguardiente sino también adquiriendo productos por medio del repartimiento de mercancías, lo que supuestamente dinamizaba el comercio en las localidades en que se desarrollaba. En ciertos lugares de la Huasteca potosina, como la parte sur, el repartimiento no sólo fue llevado a cabo por los funcionarios civiles, sino también por algunos rancheros y hacendados, además de los curas y misioneros que participaron de manera activa, y quizá de forma más ventajosa, debido a que no pagaban la alcabala como sus competidores. Podríamos considerar que los productos indígenas llegaron a representar una parte importante de las mercancías que entraban a los mercados locales y circuitos

46 AHESLP, *Intendencia*, leg. 1801, exp. 16.

47 AGN, *Alcabalas*, vol. 298, exp. 8.

mercantiles; sin embargo, “competían” con comerciantes de Valle del Maíz, que a la vez eran hacendados, y con los pueblos de misión. Sin embargo, también debemos de asumir que sabemos poco de qué porcentaje real de la población intercambiaba productos o se veía compelida al repartimiento.

Por otra parte, el comercio de regiones consideradas periféricas o de frontera, como la Huasteca potosina, tiene como principio o motor el intercambio y circulación de mercancías a partir de la necesidad de adquirir de cualquier forma algún tipo de ingreso, ya fuera monetario o en especie, de esta manera el producto con más valor se convierte en un instrumento de cambio y se le va definiendo un valor de uso con base en “la costumbre”. Al no existir grandes conglomerados urbanos dentro de la misma jurisdicción y espacio social, podemos suponer que en principio son los productos, ya fueran “naturales” o manufacturados, los que estaban regulando la economía de las regiones. Sin embargo, debemos notar que otros mecanismos detonadores están presentes y que permiten crear una compleja red de intercambios.

Queremos dejar en claro que la forma en que se encontraban las diversas unidades productivas (pueblos de indios, pueblos-misión y haciendas), sin pretender un determinismo geográfico, ayuda a comprender por qué en ciertos sitios el acceso a recursos monetarios y en especie generaba acumulación de bienes y cómo esto también indicaba la forma de clasificar una alcaldía mayor o corregimiento. Sin el conocimiento de este escenario no podríamos establecer las bases del repartimiento de mercancías y de qué forma beneficiaba a los sectores socio-étnicos, quienes en algún momento llevaron a cabo alianzas para su beneficio.

Bajo este tenor cabe resaltar la importancia de las mercancías como moneda de cambio y que bien podía regular la forma de pago de distintas obligaciones civiles o religiosas. En caso del piloncillo resalta su importancia como mercancía, en la que parece poco varió su precio de compra y que fue muy apreciado para realizar transacciones.

Por supuesto, todavía faltan elementos para conocer más la estructura económica de las regiones pero estos avances, por lo menos de un año o de las formas en que se adquirirían bienes de consumo, permite esclarecer porqué ciertas localidades tuvieron importancia no sólo económica sino política y que a partir de esto se articularon

territorios y espacios que, se pensaba, estaban en los límites y periferias de las transacciones mercantiles. Además, conociendo los montos aproximados de pesos o reales invertidos en el comercio y sabiendo quién era el que estaba pagando por ello, no resulta extraño que ciertas localidades, como Valle del Maíz, tuvieran gran importancia en las transformaciones políticas de las primeras décadas del siglo XIX.

Mapa 1¹



1 Elaborado por Ricardo A. Fagoaga.

Abreviatura

AGI	Archivo General de Indias, Sevilla, España.
AGN	Archivo General de la Nación, México.
AHAM	Archivo Histórico del Arzobispado de México, México.
AHDN	Archivo Histórico de la Defensa Nacional, México.
AHESLP	Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí, SLP, México.
AHGO	Archivo Histórico Genaro Orozco, INAH, México.
BANC	Biblioteca Bancroft, Estados Unidos.
BN	Biblioteca Nacional, UNAM, México.
NYPL	Biblioteca Pública de Nueva York, Nueva York.
WBS	W. B. Stephens Collection, The Genaro García Collection of Manuscripts, University of Texas Library, Estados Unidos.

Bibliografía

- AGUILAR-ROBLEDO, Miguel, 1998, "Ganadería, tenencia de la tierra e impacto ambiental en una región fronteriza de la Nueva España: la Jurisdicción de la Villa de Santiago de los Valles de Oxitipia, 1527-1821", *Estudios Geográficos*, vol. LXIX, núm. 230, pp. 5- 34.
- ARRIOJA DÍAZ, Luis Alberto, 2008, "De la prohibición a la persistencia: el repartimiento de mercancías en Villa Alta (Oaxaca), 1786-1834". En: TRAFFANO, Daniela, coordinadora, *Reconociendo al pasado. Miradas históricas sobre Oaxaca*. México, CIESAS-IIHUABJO, pp. 91-130.
- BASKES, Jeremy, 1996, "Coerced or Voluntary? The *Repartimiento* and Market Participation of Peasants in Late Colonial Oaxaca", *Journal of Latin American Studies*, vol. 28, parte I, pp. 1-28.
- BAZANT, Jan, 1995, *Cinco haciendas mexicanas. Tres siglos de vida rural en San Luis Potosí (1600-1910)*. México, El Colegio de México, (tercera edición).
- CARRERA, Sergio E., 2007, *Al son de la campana. La fragua de Xochiatipan*. México, CIESAS-El Colegio de San Luis.

- CRUZ PERALTA, Clemente, 2007, "Los bienes de los santos: cofradías y hermandades de la Huasteca en la época colonial". México, UNAM, Tesis de licenciatura.
- CHAMOUX, Marie-Noëlle, *et. al.*, 1993, *Prestar y pedir prestado. Relaciones sociales de crédito en México del siglo XVI al XX*. México, CIESAS-CEMCA.
- DEHOUE, Danièle, 2001, *Cuando los banqueros eran santos. Historia económica y social de la provincia de Tlapa, Guerrero*. México, Universidad Autónoma de Guerrero.
- DONJUAN ESPINOZA, Esperanza, 2010, "La fiscalidad, una red de instituciones y significaciones no recreadas en lo yaqui". En: DONJUAN ESPINOZA, Esperanza, *et. al.*, coordinadoras, *Religión, nación y territorio en los imaginarios sociales indígenas de Sonora, 1767-1940*. México, El Colegio de Sonora-Universidad de Sonora, pp. 87-122.
- DUCEY, Michael T., 1996, "Viven sin ley ni rey: Rebeliones coloniales en Papantla, 1760-1790". En: CHENAUT, Victoria, coordinadora, *Procesos rurales e historia regional (Sierra y costa totonacas de Veracruz)*. México, CIESAS, pp. 15-49.
- DURÁN SANDOVAL, Felipe, 2007, "Tierra y conflicto en San Luis Potosí, 1700-1767". México, Instituto Mora, Tesis de doctorado.
- ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, 2000, "El comercio en las Huastecas. Los indígenas y su participación, siglo XVIII". En: SILVA RIVERA, Jorge y ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, coordinadores, *Mercados indígenas en México, Chile y Argentina, siglos XVIII-XIX*. México, Instituto Mora-CIESAS, pp. 87-115.
- _____, 1999, "Los pueblos indígenas y su participación en la economía regional en los siglos XVIII y XIX", *América Latina en la Historia Económica. Boletín de Fuentes. Economía indígena*, núm. 12, pp. 59-69.
- ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio y FAGOAGA HERNÁNDEZ, Ricardo A., 2010, "Asentamientos y población. Dos jurisdicciones eclesiásticas a fines del siglo XVIII: Rioverde y Tampico". En: Hernández Montemayor, Laura; CERTUCHA LLANO, Mercedes y ANAYA MERCHANT, Luis, coordinadores, *Población y Territorio I. Ensayos*. México, Universidad Autónoma de Tamaulipas (IIH)-Universidad La Salle-Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, (Colección Lecturas Históricas de Tamaulipas), pp. 38-73

- _____, 2004 [2005], “Los componentes socio-étnicos y sus espacios en las Huastecas a través de los censos parroquiales, 1770-1780”, *Estudios de la Cultura Maya*, vol. xxv, pp. 219-256.
- _____, 2006, “Distribución poblacional en la Huasteca potosina, siglo xviii”. En: MOLINA DEL VILLAR, América y NAVARRETE, David, coordinadores, *Problemas demográficos vistos desde la historia. Análisis de fuentes, comportamientos y distribución de la población en México, siglos xvi-xix*. México, CIESAS-El Colegio de Michoacán, pp. 199-234.
- _____, 2005, “Indígenas y comercio en las Huastecas (México), siglo xviii”, *Historia Mexicana*, vol. lv, núm. 2, pp. 333-418.
- FAGOAGA HERNÁNDEZ, Ricardo Alejandro, 2004, “Circuitos mercantiles de la Huasteca potosina, 1743-1812”. México, El Colegio de San Luis, Tesis de maestría en Historia.
- GARAVAGLIA, Juan Carlos y GROSSO, Juan Carlos, 1987, “El abasto de una villa novohispana: mercancías y flujos mercantiles en Tepeaca (1780-1820)”, *Anuario IEHS*, núm. 2, pp. 217-253.
- GARCÍA GUARNEROS, Raúl, 2001, “La embriaguez en los pueblos indios de la Nueva España. Producción, circulación y consumo de bebidas embriagantes en Chicontepec”. México, ENAH, Tesis de licenciatura.
- HERNÁNDEZ RUGEIRO, Alma, 2010, “El comercio de Tlaxcala a fines del siglo xviii”. Mérida, CIESAS, Tesis de maestría.
- MACHUCA, Laura, 2007, *Comercio de la sal y redes de poder en Tehuantepec durante la época colonial*. México, CIESAS, (Publicaciones de la Casa Chata).
- _____, 2000, “El impacto del repartimiento de mercancías en la provincia de Tehuantepec durante el siglo xviii: los pueblos de la grana”. En: MENEGUS, Margarita, compiladora, *El repartimiento forzoso de mercancías en México, Perú y Filipinas*. México, Instituto Mora-CESU/ UNAM, pp. 120-145.
- _____, 2008, “La producción y el comercio de la sal en la historia del Istmo de Tehuantepec durante la época colonial”. En: TRAFFANO, Daniela, coordinadora, *Reconociendo al pasado. Miradas históricas sobre Oaxaca*. México, CIESAS-

- IIHUABJO, pp. 67-90.
- MEADE, Joaquín, 1970, *Historia de Valles. Monografía de la Huasteca potosina*. San Luis Potosí, Sociedad Potosina de Estudios Históricos.
- MENEGUS BORNNEMANN, Margarita, 1989, "Economía y comunidades indígenas: El efecto de la supresión del sistema de reparto de mercancías en la intendencia de México, 1786-1810", *Mexican Studies/ Estudios Mexicanos*, vol. 5, núm. 2, pp. 201-251.
- _____, 2000, "La economía indígena y su articulación al mercado en Nueva España. El repartimiento forzoso de mercancías". En: MENEGUS BORNNEMANN, Margarita, compiladora, *El repartimiento forzoso de mercancías en México, Perú y Filipinas*. México, Instituto Mora-CESU/ UNAM, pp. 9-64.
- NOYOLA, Inocencio, 2002, "Comercio y estado de guerra en la Huasteca potosina, 1810-1821". En: ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio y CARREGHA, Luz, coordinadores, *El siglo XIX en las Huastecas*. México, CIESAS-El Colegio de San Luis, pp. 41-58.
- _____, 1988, "La custodia franciscana de Rioverde, 1617-1780". México, UAM-I, Tesis de Licenciatura en Humanidades.
- ORTELLI, Sara, 2007, *Trama de una guerra conveniente. Nueva Vizcaya y la sombra de los apaches* 3. México, El Colegio de México.
- OUWENEEL, Arij, 1998, *Ciclos interrumpidos. Ensayos sobre historia rural mexicana. Siglos XVIII-XIX*. México, El Colegio Mexiquense.
- _____, 2000, "El gobernador de indios, el repartimiento de comercios y la caja de comunidad en los pueblos de indios del México central (siglo XVIII)". En: MENEGUS BORNNEMANN, Margarita, compiladora, *El repartimiento forzoso de mercancías en México, Perú y Filipinas*. México, Instituto Mora-CESU/ UNAM, pp. 65-97.
- PATCH, Robert W. y Beatriz CÁCERES MENÉNDEZ, 2001, "The Repartimiento and Indigenous Peoples in the Spanish Empire: New Perspectives and Old Realities". En: ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio y ROJAS RABIELA, Teresa, coordinadores, *Estructuras y formas agrarias en México, del pasado y del presente*. México, RAN-AGA-CIESAS, pp. 177-143.

- PIETSCHMANN, Horst, 1998, "Agricultura e industria rural indígena en el México de la segunda mitad del siglo XVIII". En: OUWENEEL, Arij y TORALES, Cristina, coordinadores, *Empresarios, indios y estado. Perfil de la economía mexicana (siglo XVIII)*. Holanda, CEDLA, pp. 115-138.
- RADDING, Cynthia, 1997, *Wandering Peoples. Colonialism, Ethnic Spaces, and Ecological Frontiers in Northwestern Mexico, 1700-1850*. Durham and London, Duke University Press.
- RANGEL, José Alfredo, 2006, "Capitanes de Guerra, linajes de frontera. Estrategias de dominación entre las elites familiares en el Oriente de San Luis Potosí". México, El Colegio de México, Tesis de Doctorado en Historia.
- RÍOS ZUÑIGA, Rosalina, 2000, "Comercio indígena en Zacatecas a fines del siglo XVIII. Análisis de un documento (1792)". En: SILVA RIQUEL, Jorge y ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, coordinadores, *Mercados indígenas en México, Chile y Argentina, siglos XVIII-XIX*. México, Instituto Mora-CIESAS, pp. 116-147.
- RUVALCABA MERCADO, Jesús, 1996, "Vacas, mulas, azúcar y café; los efectos de su introducción en la Huasteca, México", *Revista Española de Antropología Americana*, núm. 26, pp. 121-141.
- SILVA RIQUEL, Jorge, 2007, *La estructura y dinámica del comercio menudo en la ciudad de Valladolid, Michoacán a finales del siglo XVIII*. México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-INAH-CONACULTA.
- _____, 2003, "La participación indígena en los diferentes mercados de Nueva España a fines del periodo colonial", *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, núm. 40, pp. 71-96.
- SILVA RIQUEL, Jorge y ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, coordinadores, 2000, *Mercados indígenas en México, Chile y Argentina, siglos XVIII-XIX*. México, Instituto Mora-CIESAS.
- TUTINO, John, 1979, "Life and Labor on the North Mexican Haciendas: The Querétaro-San Luis Potosí Region: 1775-1810". En: FROST, Elsa Cecilia; MEYER, Michael C.; VÁZQUEZ, Josefina Z., compiladores, *El trabajo y los trabajadores en la historia de México*. México, El Colegio de México-University of Arizona Press, pp. 339-378.

- VELÁZQUEZ, Ma. del Carmen, 1983, *Cuentas de sirvientes de tres haciendas y sus anexas del Fondo Piadoso de las Misiones de las Californias*. México, El Colegio de México.
- _____, 1985, *El Fondo Piadoso de las Californias. Notas y documentos*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores.
- VELÁZQUEZ, Primo Feliciano, 1987, *Colección de documentos para la historia de San Luis Potos*. San Luis Potosí, Archivo Histórico del Estado, Tomo IV.

La participación indígena en el mercado: prácticas comerciales y circuitos mercantiles en el Istmo de Tehuantepec durante el siglo XVIII

*Laura Machuca Gallegos
CIESAS, Unidad Peninsular*

En este trabajo se analizan dos de las principales vías por las cuales los pueblos indios se integraron al mercado: el repartimiento de mercancías (que podríamos definir como un tipo de mercado coercitivo) y los circuitos mercantiles independientes. El espacio de análisis será la región del istmo de Tehuantepec. Mi idea principal es que los habitantes de los pueblos alcanzaron un cierto equilibrio económico interno que les permitió, en periodos normales, no sólo cumplir con sus tributos y demás cargas fiscales sino integrarse por igual en el mercado coercitivo y en el libre. De ahí que las autoridades indígenas trataran de negociar tanto con las unidades domésticas como con sus homólogas españolas las cantidades que entrarían al circuito obligatorio, pues otra parte se destinaba directamente al mercado sin intermediarios.

Desde hace varios años en México ha existido una preocupación por el papel del mercado en el devenir histórico, por ejemplo los trabajos de Jorge Silva Riquer en coordinación con otros autores así lo demuestran (SILVA RIQUEL, GROSSO, y YUSTE, 1995; SILVA RIQUEL y LÓPEZ MARTÍNEZ, 1998; SILVA RIQUEL, 2003). Él mismo junto con Juan Carlos Grosso define al mercado como “el conjunto de circunstancias que giran en torno al proceso de intercambio” (GROSSO y SILVA RIQUEL, 1994: 13). Y como lo ha señalado Romano, no implica necesariamente la existencia de transacciones monetarias pues puede imperar el trueque, ni tampoco propiamente una economía de mercado (definida en términos modernos) (ROMANO, 1997). En el mercado al que hacemos referencia se realizan las mercancías a través de compradores y vendedores, independientemente de la cantidad y de la forma de pago.

En este sistema de relaciones mercantiles se ha dado especial énfasis a la población indígena (SILVA RIQUEY y ESCOBAR OHMSTEDE, 2000); la discusión está ya muy lejos de aquella, hoy obsoleta, sobre el carácter cerrado y de autoconsumo de los pueblos. Los problemas ahora se centran en el alcance de los circuitos, las formas de integración mercantiles, las mercancías y su cuantificación (MENEGUS, 1994: 231-251; MENEGUS, 2000; ESCOBAR OHMSTEDE y FAGOAGA HERNÁNDEZ, 2005: 333-417).

Para Oaxaca existen importantes estudios que dan cuenta del dinamismo económico de los pueblos en jurisdicciones como el Valle Central, la Mixteca y Villa Alta, algunos con un énfasis especial en el repartimiento de mercancías; así se pueden citar entre los más sobresalientes a Marcello Carmagnani (1978, 1988), Rodolfo Pastor (1985), Ángeles Romero Frizzi (1990), Carlos Sánchez Silva (1993 y 1992), John Chance (1998) y Luis Arrijoa (2004).

Para varios autores, que se han acercado a este tema, han sido de vital importancia las alcabalas, incluso hay todo un grupo que ha analizado con detenimiento el año clave de 1792, cuando se realizó en toda la Nueva España una encuesta para averiguar la alcabala que no se cobraba a los indios y así cuantificar la que se estaba perdiendo. Debe recordarse que los indios no tributaban pero ese año sí se registraron sus entradas y salidas.¹ No he tenido la fortuna de toparme con tal informe para mi región de estudio, pero para paliar este vacío consulté algunas listas de alcabalas del Archivo General de Centroamérica (AGCA), donde se conserva importante información relativa al reino de Guatemala (que en época colonial incluía a Chiapas), que por fortuna marcan con exactitud los pagos realizados por toda persona venida de la Nueva España que pasaba las garitas, sin distinción de raza. Aunque también he utilizado informes, relaciones y documentación administrativa y judicial.

La provincia de Tehuantepec, situada al sur del actual estado de Oaxaca, en la época colonial tenía cuatro importantes características. La primera, su situación de paso entre la Nueva España y Guatemala, era parte de la primera y hacía frontera con la segunda por lo cual Carlos III la describió como “garganta del reino”; después,

1 Ver varios ejemplos en Jorge Silva Riquer y Antonio Escobar Ohmstede (2000). Margarita Menegus (1995) ha encontrado que los indios de Toluca pagaban alcabala regularmente.

por la razón antes aducida la actividad comercial era muy intensa y en buena parte sostenía la economía local; y la tercera, que más bien tiene que ver con la dinámica interna se refiere a las producciones muy especializadas que salían de sus diferentes microrregiones. Tradición heredada desde época prehispánica. Cuarta, que la hacienda no había cobrado las dimensiones que sí adquirió en otros lados, por lo tanto aunque sí existió conflicto con los pueblos comarcanos e incluso coadyuvó a cambiar la configuración de éstos (el paso de indios a mulatos en algunos), al parecer no fueron competencia para los pueblos al tener cada uno sus propios mercados y productos especializados. Las haciendas se consagraban al ganado.

Los habitantes de Tehuantepec a finales del siglo xviii se dividían de la siguiente forma: 10% españoles, 15% castas y el resto, es decir 75%, eran indios. Dentro de estos últimos además hay que distinguir cinco etnias situadas en diferentes ecosistemas: zapotecos, huaves, mixes, zoques y chontales. En la villa de Tehuantepec se encontraba el centro político y económico y de ésta dependían 15 barrios y 27 pueblos sujetos; sólo Jalapa del Marqués gozaba de un régimen especial pues era parte del marquesado del Valle y constituía corregimiento aparte. Hay que recordar que la provincia de Tehuantepec fue parte del marquesado del Valle de Hernán Cortés y que la Corona decidió pasarla a su jurisdicción en 1560.

Los requerimientos del mercado y los condicionamientos del medio ambiente obligaron a los indios a especializarse en alguna producción: sal, pescado y camarón de los huaves de la costa y de los caciques locales que poseían las salinas más importantes; grana de los zapotecos de la sierra (en los pueblos de Lachiguiri, Guienagati, Guevea y Guelavene); añil de los mulatos y zapotecos de las planicies;² achiote y pita de los zoques de Santa María y San Miguel Chimalapas; mulas de los zoques-mulatos del camino real (los pueblos de Tanapatepec, Niltepec y Zanatepec) y maíz y panela de la microrregión de Petapa (Santo Domingo y Santa María) y del único pueblo mixe de la provincia, Guichicovi. Todos estos productos se vendían tanto por cuenta de los indios como en repartimiento.

2 Se trata de los pueblos que se situaban en los alrededores de Tehuantepec: Juchitán, Ixtepec, Ixtaltepec, Huilotepec, Lachiguiri, Chiguitlán, Laollaga, Tlacotepec y Mixtequilla.

Margarita Menegus ya había hecho notar la importancia de ponderar el comercio indígena frente al español y los mercados en que se movía cada uno (1995: 154). Los comerciantes españoles y criollos acaparaban la grana, el achiote y el añil y eran ellos quienes proveían al mercado internacional y novohispano; en cambio la sal, el pescado, el camarón, la panela, el maíz y la pita eran comerciados por grupos diversos (peninsulares, criollos, mestizos, mulatos, indios) que abastecían los mercados oaxaqueños, chiapanecos y locales.

Ahora analizaré brevemente cada una de estas mercancías y empezaré por los tintes. La grana era la segunda producción más importante de la región, y también de la Nueva España después de la plata. Debe recordarse que este insecto, del que se obtenía una tinta roja, movió la economía regional oaxaqueña durante varias décadas.³ La cría de la grana en Tehuantepec fue un aprendizaje de los indios zapotecos de la montaña que no la introdujeron sino hasta finales del siglo xvii, su única ventaja consistía que las nopaleras podían crecer en cualquier suelo, incluso los patios de las casas y aunque requería de gran cuidado, se podía usar para este fin la mano de obra de toda la familia.

Otro tinte muy buscado fue el achiote, propio de los Chimalapas. Las mujeres se consagraban a su preparación: debían poner a hervir las pepitas de este arbusto y mover la olla varios días. Debido a esto, la producción era muy fluctuante. Por último, a fines del siglo xviii se introdujo el beneficio del añil, tintórea de color azul obtenida de un arbusto leguminoso. Aunque el monopolio lo habían tenido los guatemaltecos, varios pueblos de la provincia instalaron sus obrajes aunque el auge sólo duró unos años. De los tres colorantes mencionados, sólo el achiote tenía también una demanda local, por su cualidad de saborizante y otras propiedades curativas.

A la sal le he seguido la pista en otro trabajo (MAHUCA, 2007), pero no está de más mencionar que considero que fue la producción más importante de la provincia. Las salinas eran explotadas por diversas entidades, primero los caciques quienes eran dueños de las más grandes y ricas, después había varios pueblos con tradición salinera: los huaves de San Mateo, Santa María, San Dionisio y San Francisco del Mar, dos barrios

3 Para más datos ver Dahlgren (1990) y Sarabia (1994).

de Tehuantepec (Santa Cruz Tagolaba y San Blas Atempa) y, en la provincia vecina, los chontales de Santiago Astata y San Pedro Huamelula.

La sal de Tehuantepec gozaba de gran prestigio pues, al ser marina y generarse naturalmente, el grano era blanco y de buen sabor. Cabe recordar que toda la sal de la costa desde Colima hasta Salvador tenía que obtenerse por diversas técnicas (sobre todo por fuego o evaporación solar). Una parte de la sal era comprada en repartimiento, y otra, nada despreciable era vendida por los indígenas mismos en la ciudad de Oaxaca y en las provincias vecinas como Nexapa, Ixtepec y Villa Alta, incluso en Soconusco y Tuxtla, donde se intercambiaba por cacao, como se verá más adelante.

Desde el punto de vista de la alimentación básica no se puede negar el papel clave del maíz. Su producción se volvió aún más importante si se piensa que a fines del siglo XVIII, dos pueblos concentraban la responsabilidad mayor de abastecer a una buena parte de la provincia. Los territorios de Guichicovi y Petapa eran los más propicios para el cultivo del grano; sin embargo eran los más lejanos de la cabecera (al menos dos días de camino) y el acarreo hasta la villa de Tehuantepec siempre fue motivo de problema. Era tal la cosecha de estos pueblos que podían incluso vender en las provincias vecinas. Esta especialización permitió que otras microrregiones pudieran concentrarse en otras producciones, pues contaban con el maíz de esta zona. Lo anterior tampoco significa que los otros pueblos no produjeran maíz para su propio consumo, simplemente que había la confianza que este producto básico no faltaría. En Guichicovi además los habitantes hacían panela al contar con varios trapiches, incluso algunos alcaldes mayores los obligaron a pagar sus tributos en panela. Sin duda estos dos pueblos, junto con los de la grana, fueron de los más ricos de la región.

Las mulas también entraban a los circuitos comerciales. Estos animales eran criados por algunos pueblos ganaderos y por varias haciendas de la provincia, y se vendían principalmente a los arrieros de Guichicovi y Petapa, pues además de llevar maíz a la villa se les requería para el transporte de sal a Oaxaca, allende de la propia actividad que desplegaban en otras regiones vecinas.⁴ Dado que el comercio movía la economía de toda la provincia, las mulas se volvieron un animal fundamental para el transporte

4 Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Indios*, vol. 40 exp. 61, f. 104v, 1716.

de mercancías, aunque su cría y su venta no rebasaban los límites administrativos de la provincia.

Los pueblos huaves vivían, además de la sal, del pescado y del camarón. Al tener pocas tierras para sembrar, y en cambio tener disponibles las lagunas y el mismo mar –cuya comunicación llegaba hasta Tonalá, Chiapas- ellos iban a los mercados de Tehuantepec, Oaxaca y Chiapas a intercambiarlos por otros productos. Por último, en los pueblos de Chimalapa se trabajaba la pita, una especie de agave del que se sacaba un hilo con el que se tejían cordeles, mecates, redes y bolsas. Su presencia en varios inventarios de tiendas muestra que tenía su demanda.

Otros productos que entraban solamente a los circuitos independientes eran la jerga y jerguetilla. Al haber abundancia de ganado, también varios pueblos y barrios de la villa trabajaban la piel; por ejemplo, en el barrio de Reoloteca de Tehuantepec sus habitantes se dedicaban a “[...] curtir timbres, hacer y bordar sillas de montar, zapatos de todas clases; de que surten a toda esta jurisdicción; mucha parte de este obispado y aun exportan para afuera de él; de que resulta un ingreso de dinero en dicho barrio cual no lo hay en todos los otros [...]”.⁵ Las alcabalas también marcan como mercaderías de Tehuantepec, sillas para sentarse de variada calidad y modelos, carne salada, huipiles, quesos, entre otros (ver cuadros 2 y 3 al final).

Una idea de la forma en que funcionaba el mercado interno provincial lo proporcionan varios informes procedentes de los pueblos con motivo de la epidemia de viruelas que asoló a la región en 1795. El subdelegado Pedro Fessar se negaba a cortar el acceso de los pueblos a la villa, lugar de confluencia mercantil, pues cada uno llevaba sus productos locales y al mismo tiempo obtenía lo que necesitaba, aquello que no era adquirido por los propios habitantes era consumido por los “forasteros” que hacían escala en la villa. La propuesta es que acudieran con sus productos a otros pueblos de la provincia en donde no estuviera cortada la comunicación. Pero a los indios no les gustó, para nada, la idea de tener que ir a comerciar a otros pueblos que no estuvieran dentro de sus circuitos acostumbrados; por ejemplo, los mareños se negaron rotundamente alegando que:

5 AGN, *Tierras*, vol. 1423, exp. 9, 1820.

[...] no tienen arbitrio para subvenir a su diaria manutención más que el recurso de venir a esta villa a vender pescado, pollos, gallinas, chile y huevos de tortuga con los que se abastecen de maíz que diariamente necesitan por hallarse sin tierras en que sembrar milpas: que el recurso que se les da por mí de ir a Niltepeque, Zanatepeque y Tapaná no les favorece pues aquellos pueblos además de ser cortísimos carecen de la misma especie y se proveen a veces de Santa María Petapa y San Juan Guichicovi, agregando que allí no hay quien les compre lo que van a vender.⁶

De hecho, durante estos momentos críticos, el maíz que aportaban Guichicovi y Petapa se volvió fundamental, sus arrieros fueron los únicos a quienes se permitió romper el cerco sanitario y estuvieron obligados a abastecer de diez cargas diarias a la villa. Como se puede leer en la cita anterior varios pueblos dejaron de ser autosuficientes en maíz, pues se concentraron en otras actividades o por tradición, o como los huaves, nunca lo hicieron.⁷

De lo anterior se destaca un modelo de funcionamiento del mercado regional. Cada una de las microrregiones y sus especializaciones contribuían a la dinámica comercial, y cada una guardaba su grado de importancia, quizá no pasaría nada si se dejara de producir grana o añil – más bien sí afectaría mucho pero a otra escala y a otros actores– pero la falta de sal o de maíz, traería consecuencias muy negativas para los propios habitantes. Sin embargo, aunque las microrregiones hacían que funcionara el todo, entre ellas había poca relación o colaboración. Pues aquí el poder coordinador lo tenía la cabecera, que se reconoce como el lugar por excelencia donde se podían llevar a cabo las actividades mercantiles. Sin embargo, aunque se reconoce el poder de atracción y de concentración de la villa y aunque algunos pueblos de la provincia no tengan contacto unos con otros, esto no quiere decir que no acudieran a otros mercados. En los cuadros 2 y 3 se puede observar a varios indios de los pueblos de San Dionisio del Mar, Juchitán,

6 AGN, *Historia*, vol. 531, exp. 1, f. 70, 7 de agosto 1795.

7 AGN, *Historia*, vol. 531, exp. 2, fs. 41v- 43 y AGN, *Historia*, vol. 531, exp. 3, fs.33-34 v. Una carga equivalía a dos fanegas, es decir unos cien kilos.

Chiguitán, entre otros, en los mercados de Chiapas, sobre todo Tuxtla. Los pueblos de la grana, por ejemplo, acudían más bien a los de las montañas en Nexapa y Villa Alta. Las ferias también eran motivo de movilización comercial, en el Istmo al menos se conocen dos importantes celebraciones (que aún siguen congregando gente), la fiesta del segundo viernes de Semana Santa en Santiago Astata (en la jurisdicción vecina de Huamelula y Huatulco) y el cuarto viernes en Chiguitán. La feria de Cintalapa en Chiapas también atraía a algunos istmeños para llevar mercancías.

La ciudad de Oaxaca constituía el gran segundo mercado al que acudían los indígenas, pues aunque no todos tenían la posibilidad de atravesar las montañas y realizar el recorrido de ocho días, sabían que los intercambios podían ser más provechosos. El tercer mercado era Tuxtla, en Chiapas, en donde se vendía sobre todo sal. La relación con este lugar llegó a ser tan estrecha, que incluso uno de los caciques de Tehuantepec a mediados del siglo XVIII contrajo matrimonio con una cacica tuxtleca.⁸

Como vemos entonces una de las características fundamentales del mercado interno era la diversidad no sólo por haber cinco etnias instaladas en diferentes territorios, con ecosistemas diferentes sino por la gran variedad de producciones que complementaban la demanda interna como maíz, mulas, sal, panela, pescado, camarón y la externa como achiote, grana o añil.

El repartimiento de mercancías

El repartimiento de mercancías fue uno de los principales sistemas por el cual el mundo indígena se relacionó con el español. En México en los últimos años se han realizado interesantes estudios. Por ejemplo, Margarita Menegus elaboró una regionalización del repartimiento pues no quería caer en generalizaciones que no dieran cuenta de especificidades locales (MENEGUS, 2000: 16). Encontró que el sistema se instaló con más fuerza en México, Puebla, Michoacán, Tlaxcala, Veracruz, Yucatán, Oaxaca y Chiapas y tendió a desaparecer desde Guadalajara hacia al norte. La autora sugiere que para medir el impacto que tuvo este sistema en la economía indígena es necesario partir del funcionamiento de la economía doméstica y considerar esta carga en relación con

8 AGN, *Civil*, vol. 2131, exp. 3, 1745.

otras que pesaban sobre los pueblos. El repartimiento funcionó mejor en una economía comunitaria, propietaria de sus tierras y cercana a los mercados urbanos y mineros; su equilibrio dependió de la capacidad de cada pueblo y por lo tanto es imposible fijar un patrón general.

Se encuentran dos tendencias en torno al repartimiento. Por un lado, quienes piensan que fue un sistema aceptado libremente por los indígenas y por el otro, quienes opinan lo contrario, es decir que se impuso por medio de la coerción. Entre los sostenedores de la primera idea se encuentra Horst Pietschmann quien, aunque trata de caracterizar y cuantificar el repartimiento en la región de Puebla-Tlaxcala en el siglo XVIII, no logra explicar la implicación que éste tuvo dentro de los pueblos; él considera, además, que la coacción sólo existió en época temprana y que después desapareció, pues los indios se habituaron al repartimiento y lo recibían sin queja (PIETSCHMANN, 1977).

Para la región de Oaxaca también Jeremy Baskes (1996) retomó esta última afirmación. A través de un análisis parcial de las fuentes y apoyando la versión de los alcaldes mayores y aviadores, él sostiene que el repartimiento fue aceptado voluntariamente por ellos, pues a su parecer una sola persona era incapaz de imponerse a un numeroso grupo de indígenas. Asimismo, Arij Ouweneel opina que para la región del “Anáhuac” el repartimiento no era forzoso sino más bien constituía una especie de impuesto que sirvió para fincar relaciones de reciprocidad entre los pueblos y los funcionarios, la cuota que los primeros debían pagar a los segundos por su “simpatía” y apoyo en caso de conflictos políticos o por tierras. Según este autor, el repartimiento implicaba recursos adicionales para el pueblo y por tanto seguridad (OUWENEEL, 2000).

Contrario a este argumento, otros autores opinan que el repartimiento sí constituyó un sistema coercitivo. Para Marcello Carmagnani las comunidades indígenas de Oaxaca atravesaron un proceso de reconstitución étnica durante los siglos XVII y XVIII, ante las violentas intromisiones del exterior a su mundo, adoptaron diferentes estrategias que ayudaron a frenar la destrucción -consciente o inconsciente- que realizaban los españoles. Considera que a la larga el repartimiento constituyó una estrategia económica de los pueblos para hacer frente al mundo español, pues aprendieron a utilizarlo en

su provecho (CARMAGNANI, 1978 y 1988). Margarita Menegus lo describe como “un mecanismo coercitivo. Impuesto por los españoles para extraer un plus trabajo de las comunidades indígenas, que llevó a ampliar la circulación de mercancías creando un consumo indígena rural” (MENEGUS, 2000: 16). Para el caso de Yucatán, Gabriela Solís afirma que hay evidencia del papel compulsivo del repartimiento, “de la imposición forzosa de los contratos que dejaba escaso margen a su establecimiento de manera voluntaria”, aunque no niega que los pueblos mayas ciertamente se beneficiaban del acceso al circulante que les permitía pagar sus otras obligaciones con el mundo español (SOLÍS, 2003: 180). La autora de este artículo se inscribe dentro de esta posición, pues para el caso de Tehuantepec se tienen varios ejemplos que la apoyan. Citaré tan sólo un ejemplo de entre tantos:

[que Nicolás Pérez les ha impedido] el trato y comercio especialmente el único en que se ejercitan que es en cosas comestibles como carne, pescado, sal, lo demás con tal rigor que les ha impuesto penas y guardas en los caminos para que no comercien ni compren ni vendan cosa alguna, para cuyo efecto el guarda o guardas que tienen puestos en los caminos tienen instruidos para que a todas las personas que entraren de fuera a comprar las lleven a él, así para comprarles como para venderles los géneros y cosas que venden o buscan y en los que venden las compra el susodicho para revenderlas después a dichos naturales sobre caro [...]⁹

Después de este repaso por las principales posiciones acerca del repartimiento pasaré entonces a analizar el caso de Tehuantepec.

9 AGN, *Indios*, vol. 40, exp. 6, octubre 1716, fs. 103-108.

El repartimiento en Tehuantepec

En los siglos *xvi* y *xvii* el repartimiento se caracterizó por la coerción ejercida sobre los indios para forzarlos a vender y comprar y, aunque la mayoría de las veces se conformaban y lograban cumplir con las cargas, hubo otras en que la situación llegaba a su límite, tal fue el caso de una rebelión que estalló en 1660 y que ocasionó la muerte del Alcalde Mayor y de dos personas más.¹⁰ Los amotinados reivindicaban el derecho a elegir sus propias autoridades sin intervención de terceros y la libertad de comerciar sin la presión del alcalde. El repartimiento primordial era de mantas, 1500 al mes, el alcalde ponía el algodón y los indios debían hilarlo en sus casas; aquéllos que incumplían, incluidas las mujeres, recibían azotes, cepos y cárcel. El alcalde a su vez vendía mulas; los indios las pagaban a veinte pesos aunque en el mercado costaran cinco (MANO DE CONTRERAS, 1987: 22; ROJAS, 1964).

Lo sucedido con el Alcalde Mayor en 1660 marcó un referente muy importante en la memoria de los habitantes de la región y de todos los funcionarios que llegaron a gobernar, pues aunque el repartimiento no desapareció los alcaldes aprendieron que era muy peligroso romper el equilibrio económico de los pueblos y por lo tanto que se necesitaba negociar con ellos. En el siglo *xviii* continuó la presión sobre los indios, pero siempre existió el referente a 1660. El repartimiento llegó a formar parte de la vida de los pueblos, pues aprendieron a lidiar con él, más no a aceptarlo.

A mediados del siglo *xviii*, el Alcalde Mayor calculaba invertir unos 23000 pesos en la obtención de sal, grana y achiote principalmente. En el cuadro 1 se observa que aunque en la sal y la grana se invertirían cantidades similares, en el primer producto y según la demanda las ganancias podían ir del 100 e incluso el 500%; la panela y las mulas eran otros productos que tenían un alto margen de ganancia, pero eran rubros a los que se dedicaba poco. En la venta de mercancías a través de las tiendas, apenas se destinarían cuatro mil pesos.¹¹ Los alcaldes consideraban un riesgo vender a crédito, el

¹⁰ Ver el trabajo de Díaz Polanco (1992).

¹¹ AGN, *Subdelegados*, vol. 34, 1752. Aunque si observamos los precios de flete resulta que la cantidad invertida alcanzaba casi los cien mil pesos, pues el alcalde calculaba poder transportar en promedio 15 mil cargas de sal, siendo su costo a Oaxaca de cinco pesos carga.

plazo para pagar era de seis meses a un año, por lo cual los productos (telas de distinta calidad, machetes, mulas, jabón, etc.) y la cantidad que recibía cada pueblo dependía de su tamaño y riqueza. De hecho, estoy de acuerdo con Antonio Escobar Ohmstede y Ricardo Fagoaga (2005: 370) en que la cantidad de tributarios no fue el factor que estableció la manera en que se realizaba el repartimiento. Para el caso de Tehuantepec esto dependía de una negociación entre el pueblo y el alcalde, según la capacidad de cada unidad doméstica.

**Cuadro 1. Cantidades invertidas en el repartimiento
según cálculos de 1752**

Producto	Inversión aprox. Pesos	Ganancia	%
Sal	7500 a 15000*	7500 a 375000*	100 a 500%
Grana	11 000	1250	11%
Panela	2 000	2 000	100%
Mulas	1500	1100	73%
Pescado	960	260 a 360 pesos	27% a 37%

*Según precios del mercado, en las salinas la sal podía costar de 4 reales a un peso; en Oaxaca el precio oscilaba entre los seis y diez pesos.

Fuente: AGN, *Subdelegados*, vol. 34, 1752.

Siguiendo el modelo de Carmagnani se tienen documentados dos tipos de repartimiento: al común y a particulares (1988). En el primero mediaba el cabildo indígena, el segundo se realizaba entre los funcionarios y el indígena directamente, sobre todo con quienes tenían una situación económica superior en los pueblos. Los dos modelos subsistieron paralelamente, aunque al parecer el segundo adquirió más fuerza en el último tercio del siglo XVIII.

En el repartimiento al común la responsabilidad recaía sobre el cabildo indio, pues sus miembros eran los encargados de distribuir las mercancías y de dejar el dinero y la producción local en la cabecera. Al igual que en el tributo, si el cabildo no

cumplía debía pagar con sus propios recursos. El gobernador y los demás miembros del cabildo obligaban a los responsables de todas las unidades domésticas a aceptar el repartimiento según la cantidad que se había negociado con el alcalde, pero no era dividido equitativamente. Cada jefe de familia, macegual o principal, debía participar en el reparto según sus posibilidades económicas, ninguno podía exentarse, pero a unos les tocaba más y a otros menos. Para subvenir las cargas también se utilizaba el trabajo de las mujeres, niños y ancianos, eran estos dos últimos quienes quitaban los insectos dañinos en los pueblos de la grana y las mujeres daban vueltas a la olla hirviendo con achiote dentro en Chimalapa.

Rodolfo Pastor indica que partir de 1789 abundan los testimonios de que debido a la Ordenanza de Intendentes de 1786 (donde se suprimió el repartimiento), los indígenas dejaron de producir y consumir para este sistema (1985: 235), hecho que sucedió en varias regiones como la intendencia de México (MENEGUS, 2000) Para el caso de Oaxaca, Brian Hamnett mostró que el sistema entró en crisis, pero su estudio no se extendió hasta el siglo XIX (1976). En cambio, Carlos Sánchez Silva (1993) documentó que el repartimiento no desapareció, pues la grana siguió exportándose, por lo menos hasta la segunda mitad del siglo, y su producción siguió recayendo en manos indígenas.

En Tehuantepec se dio otra situación pues la grana —a diferencia de las otras regiones oaxaqueñas— no era la producción principal de repartimiento y la sal, que por muchos años lo había sido, acababa de pasar en 1781 a estanco real, por lo que la situación de crisis apenas se reflejó. De hecho, los pueblos de la grana siguieron con su producción y la coerción se seguía ejerciendo tal como lo demuestra la siguiente queja de 1798 contra el subdelegado de Tehuantepec, Francisco Gordon, y su cobrador, Juan de Iriarte, de parte del agente de negocios del capitán y comerciante don Antonio de la Cantilla Santelices:

[...] [que el subdelegado de] Tehuantepec en sus pueblos de grana ha procurado expender por sí solo este fruto. Para ello y estancarlo dicta y ha dictado por medio de su cobrador Don Juan de Iriarte distintas providencias capaces de impedir de todos modos la libertad a los indios y a los demás comerciantes y de comprarlo ni

expenderlo, indistintamente en los dos pueblos de que se titula encargado y son los de Huenahuate [*sic*, debe ser Guienagati] y Guevea. Una de dichas providencias es que todos los comerciantes que van a dicho pueblo se hospeden en el mesón que se reduce a un jacal con tres paredes; que sirve de tal en el primer pueblo y en el segundo que se alojen en la cárcel pública, con cepo; pero sin puerta [...] Sólo para Iriarte, y su dueño, que es [como decía] el subdelegado de Tehuantepec tienen todas las proporciones que puedan apetecer pues hallándose al frente de dicho Iriarte, los indios intimidados por éste que los azota y oprime, como ya ha sucedido con varios, no se resuelven a vender allí sus granas, cuando de eso les ha dicho que primeramente lo hagan a su justicia en dicho Tehuantepec [...]”¹²

Por la descripción anterior, creo que queda claro que si bien ciertas regiones sufrieron menos violencia y coerción, esto no quiere decir que otras no las hayan conocido, incluso en épocas tan tardías como finales del siglo XVIII. Una cosa es el sistema y otro las personas que lo practican.

No sólo la grana, el camarón, el pescado, el achiote, la panela y el maíz se seguían adquiriendo por repartimiento, también el añil, que se incorporó tardíamente al cultivo local, entró al circuito coercitivo aunque éste quedó en su mayoría en manos de mulatos. En la segunda mitad del siglo XIX, cuando los precios de los tintes naturales entraron en crisis, un nuevo producto sería el objeto de especulación: el café.

El alcalde y los comerciantes no vendían las mismas mercancías en todos los pueblos, por ejemplo, en los pueblos huaves o Ikoods, considerados de los más pobres, el repartimiento se reducía a maíz, cera, cacao, naguas chiapanecas y cosas menores; en cambio, en zonas como Guichicovi y los pueblos de la grana había más diversificación, ahí llegaban mercancías europeas y chinas. Lo anterior asimismo nos ilustra acerca de las enormes diferencias que se habían desarrollado en estas microrregiones, pues se reconocían claramente los pueblos “ricos” de los “pobres”. Cabe la pena mencionar que en estos pueblos “pobres”, por ejemplo los mareños, existían varias cofradías y más dispendio cuando de fiestas se trataba.

12 AGN, *General de parte*, vol. 77 exp. 40, 1798.

He partido de la idea que los indígenas negociaban las cantidades que entrarían al repartimiento de mercancías, una de las razones principales de este control era que ellos mismos también iban por su cuenta a los mercados a obtener, vender o intercambiar productos, por lo tanto era importante que desde la comunidad se regularan las cantidades que podían entrar en los dos circuitos comerciales. Pasaré entonces ahora a estudiar la segunda forma de comercio.

El comercio independiente

La villa de Tehuantepec constituía el mercado principal, por ser la cabecera y ser punto obligado en el tráfico comercial. Un tianguis era realizado ahí todos los días al ponerse el sol (BURGOA, 1934: 389). De Tehuantepec salían varios caminos, el principal era el Real y desde México pasaba por Puebla, Tehuacán, Oaxaca, Tehuantepec, Tuxtla y seguía hasta Guatemala. De ahí se explica también el gran dinamismo comercial de la provincia al ver pasar todos los días las recuas de mulas que iban de un lado a otro. También existía el camino fluvial hacia Coatzacoalcos, que en realidad era usado poco, aunque desde la época de Hernán Cortés hubiera planes de explotarlo (ver MACHUCA, 2009). Las relaciones económicas se centraban más bien con varios pueblos de Oaxaca, de Chiapas y Soconusco. Varias veredas salían de los pueblos que los comunicaban con las provincias vecinas de Nexapa y Villa Alta.

Los arrieros (por lo general peninsulares, criollos, mestizos y mulatos) más especializados podían recorrer desde Puebla hasta Guatemala. “La Relación de Tehuantepec” de 1580 ya indica que los indios se consagraban al comercio y que iban a Soconusco y otros lugares a vender ropa, pescado, camarón, algodón, sal y otras cosas (ACUÑA, 1984, II: 110). De particular interés resulta la vía fluvial, pues existen referencias de que los habitantes de los pueblos huaves iban hasta Tonalá a pescar. De hecho, era posible llegar por agua hasta el Salvador pasando por el Suchiate y el canal de Chiquimulilla, pero no tengo constancia si los huaves llegaron a realizar este trayecto (NAVARRETE, 1973: 42).¹³

La ciudad de Oaxaca era el lugar económico central que concentraba todas

13 AGN, *Historia*, vol. 531, 1795.

las riquezas de las regiones, allí iban todos los comerciantes grandes y pequeños, peninsulares, criollos, mulatos o indios, a vender sus mercancías. De hecho, un Alcalde Mayor se quejaba por la competencia que le hacían los indios, ocasionando que los precios en la ciudad bajaran. Lo que demuestra que aunque los funcionarios pusieran guardas en los caminos, los indios siempre hallaban la forma de burlar el control.¹⁴ Desde Tehuantepec se necesitaban ocho días en recua de mula para llegar a la sede de la intendencia y del obispado. Por ejemplo, los huaves y los zapotecos llevaban su sal “hallándose radicado en ella el comercio de todo lo necesario para el surtimiento de los consumos en dichos minerales”. También varios indígenas de Miahuatlán, de Chichicapa y de los alrededores de Oaxaca acudían a Tehuantepec a comprar sal o más bien a “cambalachearla” por petates y sombreros.

Sin ninguna duda, las mejores relaciones se tenían con las provincias vecinas de Nexapa y Villa Alta, principalmente con los zapotecos cajones, netzichos y bixanos y los mixes. En estas regiones, los alcaldes mayores fundaron su riqueza en la explotación del trabajo de los indios, obligándolos a criar cochinilla y a tejer mantas, las más reputadas de todo el obispado (CHANCE, 1998 y ARRIJOJA, 2004). Se trata de una relación antigua que data de época prehispánica, que se fortificó en 1660, pues la rebelión de Tehuantepec se extendió a esta jurisdicción, gracias precisamente a los circuitos comerciales que fomentaban también la rápida comunicación. Los indios de Tehuantepec frecuentaban los mercados llevando sal, carne salada, camarón, sombreros, zapatos y rosarios. Chance detectó la presencia de comerciantes zapotecos del istmo en los siguientes mercados: Santiago Zochila, Choapan y San Juan Comiltepec (en los bixanos) (CHANCE, 1998: 71, 122, 186-187). Yo por mi parte encontré que se frecuentaba también Coatlán, Lachixila y Mazatlán. A la sierra se iba a buscar principalmente vainilla, mantas y en algunos periodos cochinilla, cuando algún alcalde no se conformaba con la local.

Pero no en vano Tehuantepec constituía el límite sur de la Nueva España, las relaciones comerciales con los vecinos de Chiapas y Guatemala eran naturales. De hecho, como se verá a continuación los habitantes de diferentes pueblos de Tehuantepec (sin distinción de etnia) llevaban a vender un sinfín de mercancías varias de manufactura

14 AGN, *Subdelegados*, vol. 34, 1752.

local. Estos viajes tenían como principal objetivo buscar dos productos: el cacao y a veces la llamada ropa de la tierra, principalmente las naguas (de enredo que hasta hace muy pocos años todavía se usaban).

He encontrado referencias de indios y castas de los siguientes pueblos que se dirigían a Chiapas y Soconusco: Juchitán, San Francisco, San Dionisio del Mar, Chiguitán, Hacienda Espinal, Santa María y Santo Domingo Petapa, Tapanatepec, Guienagati y Lachiguiri. Los principales destinos eran Tonalá, Mazatlán, Escuintla y Tapachula en la provincia de Soconusco y Tuxtla, Chiapa de Indios y Ciudad Real en la alcaldía mayor de Chiapas. Los indígenas no llegaban hasta la capital guatemalteca pero los arrieros peninsulares y criollos sí donde vendían sillas principalmente. Llevar sal a los mercados chiapanecos constituía un buen negocio, a pesar de la distancia, pues mientras que en Tehuantepec la carga, en el último tercio del siglo XVIII, costaba un peso, en el reino vecino se podía colocar entre tres y cinco.¹⁵

Para tener una idea de este tráfico, algunos libros de alcabalas de Tapachula, Tonalá y Tuxtla nos ayudarán a establecer el circuito (ver cuadros 2 y 3). Empezaré por Tapachula, donde en el año de 1782 entre octubre y noviembre se registraron Matías Jacinto, Nicolás Antonio y Juan Benito, los dos primeros de San Dionisio del Mar y el último de San Francisco, pidiendo autorización para pasar con su sal a los pueblos de Tonalá y Mazatán.¹⁶

En las alcabalas de Tonalá para el año de 1788 también se encuentran varios indios vendiendo sal: Blas, Juan Nicolás, Dionisio Mateo, Jerónimo y Juan Diego, todos procedentes de San Dionisio del Mar, pagaron su alcabala para poder expender entre ocho y 11 cargas de sal cada uno, cabe mencionar que incluso Dionisio Mateo hizo en ese año el viaje dos veces, una en junio con 11 cargas y otra en octubre con 9 y media. Juan Manuel de Tapantepec también llevó un poco de panela. En 1789 Dionisio Mateo

15 Por falta de tiempo, no pudimos consultar las alcabalas de Chiapa de los Indios, ni ciudad Real.

16 “Libros de comprobantes del cobro de alcabalas”, Archivo General de Centroamérica (en adelante AGCA), A3. 5 (1) exp. 00629, leg. 58. 1782.

fue de nuevo a Tonalá a vender seis cargas de sal en diciembre.¹⁷ Esta vez además de él llegaron a Tonalá procedentes de San Dionisio Nicolás Ignacio, Joseph Antonio, Agustín, Antonio Matías y Lorenzo Miguel llevando entre seis y 28 cargas de sal cada uno.

Cabe mencionar que estos indios no son los únicos que registraron entrada, pues también lo hacen varios mestizos de Tehuantepec y Juchitán, pero ellos eran más diversificados y llevaban más mercancías como loza, machetes, hachas, vainas, zapatos, albardas, sillas y cojinillos, entre otros.

Ya mencioné en párrafos anteriores que cada pueblo tenía su producto especializado, así por ejemplo los juchitecos poseían varios telares de jerga y jerguetilla que colocaban en los mercados locales y en el reino vecino donde tenían gran aceptación.¹⁸ Aunque a diferencia de los de San Dionisio no llevaban sólo jergas, sino también la sal, huipiles, productos de gamuza, zapatos, sal, carne seca, entre otros. Así en 1782, Bernardo Pinedo introdujo en Tapachula ocho sombreros y una carga de sal. Juan Antonio Jiménez y Manuel Juan vendieron en Tonalá 11½ y 3½ cargas respectivamente de sal. Florentino Valero llevó a Tuxtla 100 varas de jerga y cuatro huipiles ordinarios.¹⁹

Examinaré ahora el mercado de Tuxtla y tomaré el libro del año de 1780 que registra un número mayoritario de entradas de indios de los pueblos de Santa María y Santo Domingo Petapa, quienes seguramente habían llegado con algunas mercancías, pero con el objetivo de comprar cacao. Lo más interesante es que la fianza de salida era pagada por el receptor de alcabalas de estos pueblos, Antonio Cortés, quien seguramente sacaba el mayor provecho con el tráfico de cacao, al no pagarse la alcabala al entrar a sus territorios. Así, por citar a algunos, Pedro Andrés y sus compañeros registraron 24 arrobas de cacao, Juan Manuel 19 y Matías Lázaro 16 ½.²⁰ Los Petapas eran pueblos zapotecos situados al norte de la provincia, pero con influencia mixe. Sus principales producciones eran el maíz y la panela. Una fuente de 1802 consigna que “los frutos comunes y antiguos que acostumbra cultivar son los cerdos [*sic*], el maíz y

17 “Libro real de alcabalas de Tonalá”, AGCA, A3.5 (1), exp. 00844, leg. 82, 1787-1788.

18 AGN, *Alcabalas*, vol. 37 f. 155.

19 AGCA, A3.5 (1) exp. 00628 leg. 58. 1782.

20 “Cuaderno que contiene 109 tornaguías Tuxtla”, AGCA, A3.5 (1) exp. 00572 leg. 51, 1780.

el frijol que sacan a la provincia y fuera del reino; y con que sus naturales traen de otras partes lo que les falta, principalmente el cacao que es el alimento favorito” (BERGOZA, 1984, I: 87).²¹

En enero de cada año se realizaba una feria en Cintalapa, Chiapas, donde también participaba gente de Tehuantepec. En 1782 José de Agreda de Tapanatepec vendió queso, Leonardo Antonio de Santo Domingo Petapa 24 arrobas de sal, Mariano Robles de Niltepec ocho almudes de sal, una silla bordada de seda, ocho pares de zapatos, ocho arrobas de camarones, 28 quesos y Diego Mateo de Espinal 180 varas de jerga.²²

Esta es la imagen parcial, pero bastante ilustrativa que muestran las alcabalas, a indígenas comerciando de un lado a otro como lo hacían los mestizos y los españoles, llevando mercancías y adquiriendo otras. Si se midieran estos intercambios en términos cuantitativos se vería que ni las cantidades ni el flujo que reflejan son considerables, pero se debe tomar en cuenta que se trabaja a partir de fuentes incompletas que apenas reflejan una pequeña parte de una realidad más extensa. En cambio, desde el punto de vista cualitativo se observa el dinamismo de los habitantes de los pueblos y su activa participación en el mercado.

Conclusiones

He querido ilustrar los dos circuitos comerciales concernientes a la población indígena que existían en época colonial en la provincia de Tehuantepec: el coercitivo y el independiente. Ahí, un sistema sofisticado de repartimiento –que se implantó después de la rebelión de 1660– convivía con el comercio libre. No es raro encontrar las quejas de los funcionarios locales acerca de esta independencia económica de los indios para vender sus mercancías, pues veían escapar sus ganancias en el repartimiento.

Debemos tomar en cuenta también de qué tipo de intercambios estamos hablando. Pocas monedas debieron haber circulado incluso en los repartimientos, las cantidades en pesos, tomines y granos nos sirven de meras referencias para tratar de medir la cantidad que se repartía. De estas operaciones se tiene mejor conocimiento, al existir

21 AGCA, A3.5 (1) exp. 00572 leg. 51. 1780.

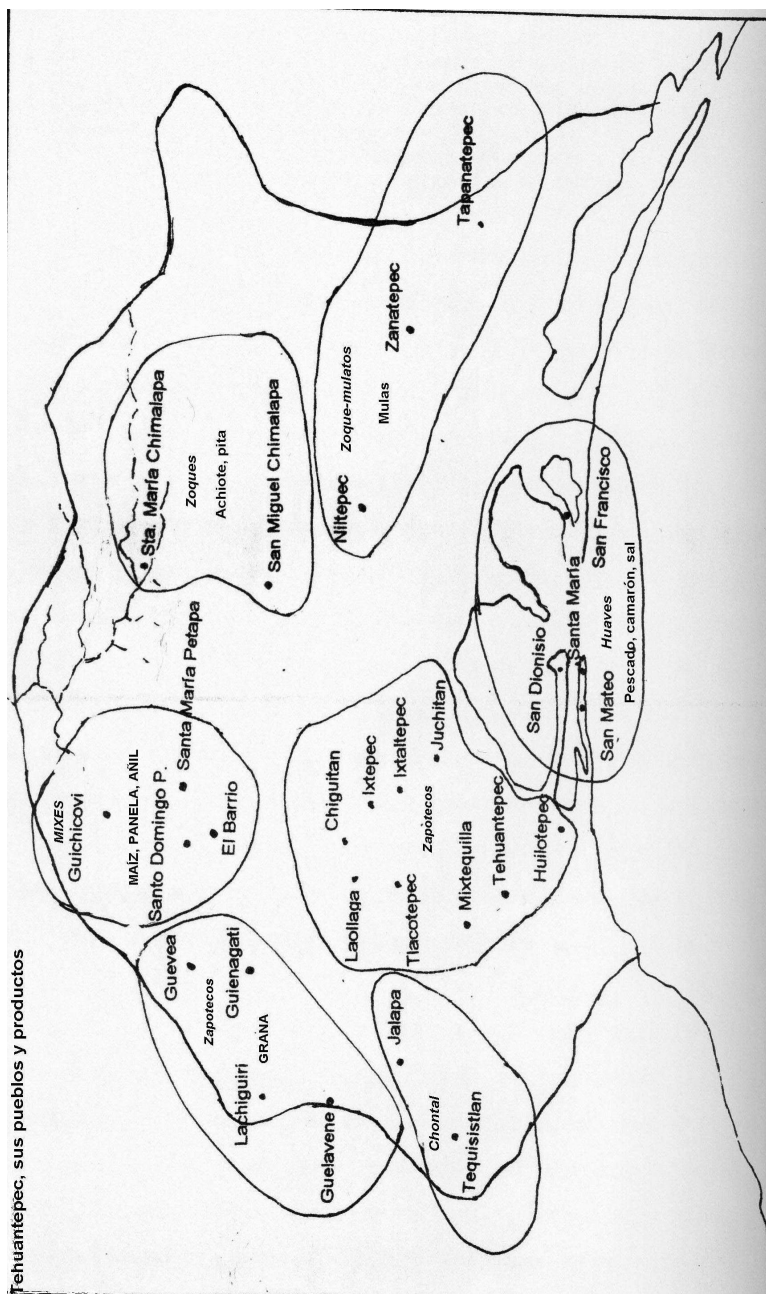
22 *Ibidem*

informes, quejas, procesos judiciales que informan sobre el funcionamiento y la modalidad en cada región. La mayor parte de los intercambios debió ser en especie y este hecho y la falta de registros dificulta el saber qué cantidad entraba al circuito libre. De ahí que la fuente alcabatoria y sobre todo los libros donde se anotaron las operaciones que realizaban los indios resulta trascendente. Pudimos encontrar a la gente de Tehuantepec en las alcabalas del reino vecino de Guatemala, pues al cambiar del reino se les obligaba a pagarlas independientemente de su adscripción racial.

La particularidad del istmo es que sus pueblos producían múltiples mercancías y cada una de ellas se destinaba a diferentes mercados y circuitos comerciales (libre o coercitivo). Encuentro difícil calcular la cantidad de mercancías que entraba a cada uno de los circuitos señalados, pero si mi hipótesis resulta válida acerca del papel regulador del mismo pueblo a través del cabildo indígena sobre estos mismos circuitos, seguramente haya existido un equilibrio entre los dos. Incluso puede ser hasta plausible que, dependiendo el producto, se vendiera más en el circuito libre. De hecho, debemos notar que así como el repartimiento cambió su faz dependiendo la región, también el comercio libre debió llevarse a cabo en situaciones diferentes, finalmente no es lo mismo llevar algunos pescados para intercambiarlos por maíz, huevos u otro producto, que arrear ganado o cargar sillas de pueblo en pueblo.

Al no ser las comunidades ni cerradas ni de autoconsumo y al tener necesidades y hasta lujos que cubrir, éstas tuvieron que aceptar los repartimientos y algunos de sus miembros tuvieron que salir a otros mercados. Así los istmeños desde hace siglos tienen experiencia en las actividades comerciales. En algún momento en el siglo xix las mujeres tomaron la batuta y no hay lugar de México donde no se les reconozca.

Tehuantepec, sus pueblos y productos



**Cuadro 2. Comerciantes indígenas y sus mercancías
en las alcabalas de Chiapas, 1782**

Nombre	Pueblo de origen	Pueblo de destino	Mercancías
José de Agreda	Tapanatepec	Cintalapa (feria)	5 pesos de queso.
Leonardo Antonio	Santo Domingo		
Diego Mateo	Petapa	Cintalapa (feria)	24 @ de sal.
Baltazar Martín	Espinal	Cintalapa (feria)	100 varas de jerga y 80 de jerguetilla.
	Tehuantepec	Tuxtla	4 cargas de camarón y una de Pescado.
Cayetano Vidal			2 sillas, 2 docenas de jicaras, 7 de platos, 1½ de zapatos y 1 de jicaritas; rosarios y 4 libras de acero.
	Chiguitán	Tuxtla	1 silla, 2 medias sillas, 7 docenas de platos de loza oaxaqueña,
Manuel Aguilar			Rosarios, 1 nagua oaxaqueña, 1 rebozo de hilo, 1 docena de jicaras, 6 polveritos azules de hilo, 2 pares de cojinitillos, 3 libras de confites.
	Chiguitán		2 cortes de naguas, 2 huipiles, dos docenas de jicaras, rosarios, malacates, 4 rebozos, 10 pares de aretes, 2 pares de cojinitillos, 2 sillas bordadas de pita y seda, 6 pares de zapatos, 14 docenas de platos.
Jerónimo de Arroyo	Chiguitán	Tuxtla	
Manuel Vicente	Juchitán	Tonalá	13 pantes de jicaras, 7 dichos de tecomate, una carga de topote, 4 docenas de rosarios y dos pantes más de jicaras ordinarias.

Rafael Pineda	Juchitán	Tuxtla	38 varas de jerga y 80 de jerguetilla, 14 pesos de gruesas y 5 pares de calzones de gamuza, 4 cojinitos, 2 pares de antiparras, 2 pesos de caracol, 2 huipiles ordinarios, 1 par de botas de gamuza, 1 juego de hilados sobre albarda bordadas de seda.
Agustín López	Juchitán	Tuxtla	2 carguitas de sal y 24 pesos de quesos.
Antonio Vásquez	Niltepec	-	9 pesos de quesos.
Florentino Valero	Niltepec	Tuxtla	100 varas de jerga y 4 huipiles ordinarios.
Juan Antonio Jiménez	Juchitán		11 ½ cargas de sal compartidas en 15 chicas.
Manuel Juan	Juchitán	Tonalá	Con 3 ½ cargas de sal.
Hilario Morales	Tehuantepec	Ciudad real	12 cargas de sal.

Fuente: “Libro de comprobantes del cobro de alcabalas”, AGCA, exp. 00628 leg. 58, 400 fojas, 1782.

**Cuadro 3. Comerciantes indígenas y sus mercancías
en las alcabalas de Chiapas, 1789-1790**

Nombre	Pueblo de origen	Mercancías
Nicolás Juan	San Dionisio del mar	11 cargas de sal.
Juan Reyna	Tehuantepec	40 huipiles.
Lorenzo Vásquez	Juchitán	31 p de carnes con 13 @ de sebo.
Nicolás Ignacio	San Dionisio del Mar	12 ½ carga de sal a Soconusco.
Joseph Antonio	San Dionisio del Mar	18 cargas de sal.
Agustín Antonio	San Dionisio del Mar	8 ½ cargas de sal.
Antonio Matías	San Dionisio del Mar	7 cargas de sal.
Lorenzo Miguel	San Dionisio del Mar	9 cargas de sal.
Dionisio Mateo	San Dionisio del Mar	6 cargas de sal.
Eugenio Mateo	Tehuantepec	6 cargas de sal.
Simón Velázquez	Juchitán	Una docena de huipiles ordinarios, media de calzones de gamuza, una de sombreros, media de cojinillos y 4 de baquetas.
Domingo Pineda	Juchitán	15 pesos de carne, 5 docenas de loza, media de ordinaria y una media silla.
Cristóbal Mariano	Tehuantepec	3 docenas de machetes y sus vainas, 1 de hachas, 1 de zapatos y 2 huipiles,
		½ docena de sillas, una albardas, unos cojinillos y un almud de sal.
		Una gruesa de platos de Talavera.
Juan Reyna	Tehuantepec	

Fuente: “Legajo que comprende 26 guías comprobantes de los efectos del reino de México Tonalá”, AGCA, A3.5 (1) exp. 00974 leg. 93. 1789-1790.

Abreviaturas

AGN	Archivo General de la Nación.
AGCA	Archivo General de Centroamérica.

Documentos publicados y fuentes contemporáneas

- ACUÑA, René, editor, 1984, *Relaciones geográficas del siglo XVI. Antequera*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Tomo II.
- BERGOZA Y JORDÁN, Antonio, 1984, *Cuestionario del Sr. Don Antonio Bergoza y Jordán Obispo de Antequera a los señores curas de la diócesis*, Edición por Irene Huesca, et. al. Oaxaca, Archivo General del Estado de Oaxaca, vol. 1.
- BURGOA, Francisco de, 1934, *Geográfica descripción*, 2 vols. Talleres Gráficos de la Nación, México, (Publicaciones del Archivo General de la Nación xxv y xxvi).
- MANSO DE CONTRERAS, Cristóbal, 1987, *La rebelión de Tehuantepec*. Introducción por Víctor de la Cruz, Juchitán, Oaxaca, Toledo.

Bibliografía

- ARRIOJA DÍAZ-VIRUEL, Luis, 2004, "Mercancías y circuitos mercantiles en una villa serrana: Villa Alta a fines del siglo XVIII". En: SÁNCHEZ SILVA, Carlos, coordinador, *Historia, sociedad y literatura de Oaxaca. Nuevos enfoques*. Oaxaca, UABJO-IEEPO, pp. 27-53.
- BASKES, Jeremy, 1996, "Coerced or Voluntary' The Repartimiento and Market Participation of Peasants in Late Colonial Oaxaca", *Journal of Latin American Studies*. Cambridge, vol. 28, núm. 1, pp. 1-28.
- CARMAGNANI, Marcello, 1978, "Una forma mercantile coatta: il "repartimiento" nella regione messicana di Oaxaca nell'ultimo terzo del secolo XVIII", *Wirtschaftskräfte und wirtschaftswege*, Banberg, Klett-Cotta, IV, pp. 139-145.
- _____, 1988, *El regreso de los dioses. El proceso de reconstitución de la identidad étnica en Oaxaca. Siglos XVII y XVIII*. México, Fondo de Cultura Económica.
- CHANCE, John, 1998, *La conquista de la Sierra. Españoles e indígenas de Oaxaca en la época de la Colonia*. Oaxaca, Instituto Oaxaqueño de las Culturas/ CIESAS/ Fondo Estatal

para la Cultura y las Artes.

DAHLGREN, Barbro, 1990, *La grana cochinilla*. México, UNAM-Instituto de Investigaciones Antropológicas.

DÍAZ-POLANCO, Héctor, coordinador, 1992, *El fuego de la inobediencia. Autonomía y rebelión india en el obispado de Oaxaca*. México, CIESAS.

ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio y FAGOAGA HERNÁNDEZ, Ricardo, 2005, "Indígenas y comercio en las huastecas. México, siglo XVIII", *Historia mexicana*, vol. 218, núm. 4, pp. 333-417.

GROSSO, Juan Carlos y SILVA RIQUER, Jorge, compiladores, 1994, *Mercados e historia*. México, Instituto Mora.

HAMNETT, Brian, 1976, *Política y comercio en el sur de México. 1750-1821*. México, Instituto Mexicano del Comercio Exterior de México.

MACHUCA GALLEGOS, Laura, 2007, *Comercio de sal y redes de poder en Tehuantepec en la época colonial*. Prefacio de Michel Bertrand. México, CIESAS, Fomento Cultural BANAMEX.

_____, 2009, "Proyectos oficiales y modos locales de utilización del Istmo de Tehuantepec en la época colonial: historias de desencuentros". En: VELÁZQUEZ, Emilia; LÉONARD, Eric; HOFFMANN, Odile y PRÉVÔT-SCHAPIRA, M-F., coordinadores, *El istmo mexicano: una región inasequible. Estado, poderes locales y dinámicas espaciales (siglos XVI-XXI)*. México, CIESAS/IRD, pp. 59-94.

MENEGUS, Margarita, 1994, "Economía y comunidades indígenas: La supresión del sistema de reparto de mercancías en la intendencia de México, 1786-1810". En: GROSSO, Juan y SILVA RIQUER, Jorge, coordinadores, *Mercados e historia*. México, Instituto Mora, pp. 231-251.

_____, 1995, "La participación indígena en los mercados del Valle de Toluca a fines del periodo colonial". En: SILVA RIQUER, Jorge; GROSSO, Juan Carlos y YUSTE, Carmen, compiladores, *Circuitos mercantiles y mercados en Latinoamérica, siglos XVIII-XIX*. México, Instituto Mora, Instituto de Investigaciones Históricas, pp. 136-157.

_____, compiladora, 2000, *El repartimiento forzoso de mercancías en México*,

- Perú y Filipinas*. México, Instituto Mora/ UNAM-Centro de Estudios Sobre la Universidad.
- NAVARRETE, Carlos, 1973, "El sistema prehispánico de comunicaciones entre Chiapas y Tabasco (informe preliminar)", *Anales de Antropología*, núm. 10, pp. 33-92.
- OUWENEEL, Arij, 2000, "El gobernador de indios, el repartimiento de comercios y la caja de comunidad en los pueblos de indios del México central (siglo XVIII)". En: MENEGUS, Margarita, compiladora, *El repartimiento forzoso de mercancías en México, Perú y Filipinas*. México, Instituto Mora/ UNAM-Centro de Estudios Sobre la Universidad, pp. 65-97.
- PASTOR, Rodolfo, 1987, *Campesinos y reformas: La Mixteca. 1750-1856*. México, El Colegio de México.
- _____, 1985, "El repartimiento de mercancías y los alcaldes mayores novohispanos. Un sistema de explotación, de sus orígenes a la crisis de 1810". En: BORAH, Woodrow, coordinador, *El gobierno provincial de la Nueva España. 1570-1787*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, pp. 2219-258.
- PIETSCHMANN, Horst, 1977, "El comercio de repartimientos de los alcaldes mayores y corregidores en la región de Puebla-Tlaxcala en el siglo XVIII". *Estudios sobre política indigenista española en América: Contacto, proteccionismo, reparto de mercaderías, propiedad indígena y resguardos, nativismo, asimilaciones técnicas, ejemplos asistenciales, sobre el nacimiento del P. Las Casas*, Vol. 3, Universidad de Valladolid, pp. 147-153.
- ROJAS, Basilio, 1964, *La rebelión de Tehuantepec*. México, Sociedad Mexicana de Geografía e Historia.
- ROMANO, Ruggiero, 1997, *Braudel y nosotros: reflexiones sobre la cultura histórica de nuestro tiempo*. México, Fondo de Cultura Económica.
- ROMERO FRIZZI, María de los Ángeles, 1990, *Economía y vida de los españoles en la Mixteca Alta: 1519-1720*. México, INAH/ Gobierno del Estado de Oaxaca.
- SÁNCHEZ SILVA, Carlos, 1993, "Indios y repartimientos en Oaxaca a principios del siglo XIX". En: ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, coordinador, *Indios, nación y comunidad en el México del siglo XIX*. México, CEMCA/CIESAS, México, pp. 105-118.

- _____, 1992, *Indios, comerciantes y burocracia en la Oaxaca poscolonial, 1786-1860*. México, Instituto Oaxaqueño de las Culturas/ Fondo Estatal para la Cultura y las Artes/ UABJO.
- SARABIA VIEJO, Justina, 1994, *La grana y el añil. Técnicas tintóreas en México y América Central*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- SILVA RIQUEL, Jorge, coordinador, 2003, *Los mercados regionales de México en los siglos XVIII y XIX*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- SILVA RIQUEL, Jorge y ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, coordinadores, 2000, *Mercados indígenas en México, Chile y Argentina, siglos XVIII-XIX*. México, Instituto Mora-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología social.
- SILVA RIQUEL, Jorge; GROSSO, Juan Carlos y YUSTE, Carmen, compiladores, 1995, *Circuitos mercantiles y mercados en Latinoamérica, siglos XVIII-XIX*. México, Instituto Mora, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas.
- SILVA RIQUEL, Jorge y LÓPEZ MARTÍNEZ, Jesús, coordinadores, 1998, *Mercado interno en México. Siglos XVIII-XIX*. México, Instituto Mora-El Colegio de Michoacán-El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México.
- SOLÍS, Gabriela, 2003, *Bajo el signo de la compulsión. El trabajo forzoso indígena en el sistema colonial yucateco, 1540-1730*. México, CIESAS, Porrúa.

El comercio indígena en Tulancingo a fines del siglo XVIII: mercancías, actores y espacios económicos¹

*David Navarrete Gómez
CIESAS, Unidad D.F.*

En este artículo se examina la participación indígena en el mercado del valle de Tulancingo a fines del siglo XVIII. El trabajo se basa en el análisis del *Cuaderno* de introducciones de productos y mercancías por indígenas en la plaza del pueblo de Tulancingo realizado en 1792. El estudio se concentra en el tipo de artículos y, a partir de su valor y volúmenes registrados, su importancia en el conjunto del comercio indígena; también se examina la composición y tipología de los agentes introductores. A partir de los resultados de este análisis, en la parte final del trabajo se discute la inserción del valle de Tulancingo en el espacio económico más amplio del que formó parte en el centro de la Nueva España, postulando la existencia de espacios y circuitos regionales distintos a los estudiados hasta ahora por los historiadores.

Presentación

Este trabajo trata sobre la participación indígena en la economía de la Nueva España en el siglo XVIII. Dos son los objetivos centrales que lo animan. Por un lado interesa dar a conocer la experiencia de una zona del centro de México que no ha sido estudiada con anterioridad –el valle de Tulancingo–, teniendo en mente la utilidad que los hallazgos

1 Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el seminario “El comercio y las participaciones indígenas en el siglo XVIII” (Zamora, Michoacán, 15-16 mayo, 2008), organizado por Antonio Escobar Ohmstede (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social, CIESAS) y Víctor Gayol (Colegio de Michoacán, COLMICH). Agradezco a los integrantes del seminario los comentarios que hicieron a dicha versión de mi trabajo.

derivados de los estudios de caso revisten para la mejor comprensión de los problemas más amplios que actualmente se discuten en torno a la estructura y funcionamiento de la economía del México colonial. En segunda instancia, se pretende contribuir al mejor conocimiento de las modalidades y el grado de participación indígena en el mercado novohispano, particularmente en su sector rural y agrícola.

Una consistente serie de estudios publicados en las últimas décadas ha puesto de manifiesto la fuerte vinculación de la población india al mercado colonial, su incorporación en redes comerciales locales y regionales, y su participación en la producción y circulación de productos de alto valor comercial y de consumo tradicional. Gracias a estos trabajos hoy conocemos mejor el tipo y variedad de bienes comerciados, su volumen, las variaciones del comercio indígena en el curso del año, y el perfil económico y social de los introductores indios. El horizonte geográfico analizado incluye regiones del centro de México (los valles de Toluca y Puebla), del Occidente (Valladolid y Zamora), el noreste (las Huastecas), y el centro-norte (Zacatecas).² La mayoría de estos estudios se concentra en las décadas finales del siglo XVIII, en buena medida por estar basados en el análisis de los diversos registros fiscales generados durante el llamado periodo borbónico, entre los que destaca la valiosa encuesta levantada en 1792 para medir el comercio indígena y el monto de alcabala resultante en las distintas jurisdicciones coloniales. Se trata, en suma, de aportes valiosos que es necesario replicar en otros espacios geográficos para estar en mejores condiciones de formular apreciaciones válidas para el conjunto de la Nueva España.

El estudio de Tulancingo resulta atractivo por varias razones. Además de ser una zona prácticamente desconocida en términos historiográficos –que por lo tanto hay que trabajar–, su examen nos refiere al funcionamiento de zonas agrícolas sometidas

2 Es amplio el número de estudios que tratan sobre la participación mercantil indígena en las postrimerías del régimen colonial. Cito aquí sólo algunos basados en fuentes alcabalatorias como la que se utiliza en este trabajo. Sobre Valladolid, las Huastecas y Zacatecas véanse los estudios publicados en Jorge Silva y Antonio Escobar Ohmstede (2000). La intervención de los indígenas en el mercado de Valladolid y de la villa de Zamora es analizada por Jorge Silva en *Mercado regional y mercado urbano en Michoacán y Valladolid, 1778-1809* (2008: 219-244 y en 1994). Los casos de Puebla y Tepeaca han sido examinados por Juan Carlos Garavaglia y Juan Carlos Grosso (1994: 252-310 y 1996). Para el valle de Toluca véase Margarita Menegus (1995:136-157).

a la ordenación espacial y racionalidad económica de la actividad minera: el valle fue parte de la zona de influencia del distrito minero de Pachuca y Real de Monte, uno de los más antiguos e importantes del centro de la Nueva España. Al mismo tiempo, resultados de una investigación personal previa indican que en la segunda mitad del siglo XVIII una fuerza adicional de ordenamiento económico del valle fue el pueblo de Tulancingo, importante núcleo de población que triplicó su vecindario en dicho periodo (NAVARRETE, 2000). Un tercer elemento que incidió en la estructura y evolución económica de la zona fue la continuación del rol que por siglos había jugado como punto de recepción, intercambio y distribución de mercancías entre el valle de México, la Sierra de Puebla y la región de las Huastecas, incluyendo la zona costera de Pánuco y Tampico.

Teniendo en mente las consideraciones anteriores, cabe preguntarse ¿En qué condiciones se desarrollaron las comunidades indígenas de Tulancingo a fines del siglo XVIII? ¿Qué peso tuvieron en la producción local de bienes y mercancías? ¿Qué modalidades adquirió su participación en aquél dinámico mercado local, regional e interregional?

Estas son algunas de las preguntas que guían la investigación más amplia de la que se desprende este trabajo. Una primera etapa de tal investigación se dedicó a reconstruir la participación indígena en la tenencia de la tierra y la producción agrícola del valle de Tulancingo, mostrando que los pueblos indios conservaron tierras y propiedades rurales destinadas a diversos cultivos, principalmente granos básicos, magueyes, frutas y vegetales, y a la cría de ganado menor (NAVARRETE, 2000).³ El presente estudio es resultado de una segunda etapa destinada a conocer la participación indígena en el mercado local de Tulancingo. En una tercera fase se indagará la intervención de los indios en los circuitos comerciales que conectaron a Tulancingo con otras regiones. La investigación cerrará con un análisis comparativo de las características del comercio indígena en Tulancingo con otros espacios que ya han sido estudiados.⁴

Para conocer la participación indígena en el mercado de Tulancingo se utiliza

3 Véase principalmente el capítulo siete.

4 Véase nota 2.

el *Cuaderno General* de 1792, el cual se elaboró en el pueblo del mismo nombre.⁵ Este cuaderno permite conocer los productos e introductores indios que se integraron al mercado. Son muchas y diversas las posibilidades de análisis que ofrece esta fuente que, al igual que sucede con otras regiones del virreinato, es el único registro completo de todo un año sobre las operaciones mercantiles realizadas por los indios. No está por demás recordar que los indios, junto con los miembros de la iglesia, estaban exentos del pago de la alcabala, de ahí que la información documental detallada sobre su intervención en el mercado sea menor comparada con la del sector no indígena.

Nuestro análisis se concentra en dos aspectos: 1) Tipo de productos y, a partir su valor y volúmenes registrados, su importancia en el conjunto del comercio indígena; 2) composición y tipología de los agentes introductores. El trabajo se divide en dos partes. Primero se presenta un panorama sintético del valle de Tulancingo, identificando a los pueblos indios que ahí se asentaron y la composición de su población. También se destaca la importancia del pueblo de Tulancingo como principal núcleo de población y mercado del valle. En la segunda parte se analiza la información contenida en el Cuaderno de 1792. El escrito cierra con una síntesis de los hallazgos derivados de este estudio y se hace referencia a algunos temas que deberán atenderse en futuras investigaciones.

El escenario

El valle de Tulancingo se localiza a aproximadamente 100 km al noreste de la ciudad de México, en territorio del actual estado de Hidalgo; presenta un clima templado y se emplaza a una altitud promedio de 2000 msnm. El valle se extiende en un radio de aproximadamente 25 km alrededor del pueblo de Tulancingo. Su superficie total ronda los 1900 km².

5 El título completo del documento es “Cuaderno en que por método de estado se apuntan los géneros, frutos o efectos que introducen o venden diariamente los indios, con expresión de sus nombres, valor y alcabala que deja de cobrarse, 1792”, México, Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Alcabalas*, vol. 167.

Durante la época colonial, el valle de Tulancingo formó parte de una extensa jurisdicción (alcaldía mayor y después subdelegación) que llevó el mismo nombre. A lo largo del siglo xviii existieron en el valle nueve pueblos de indios: Tulancingo –su cabecera y capital provincial–, Nativitas, Cuautepec (o Coatepec), Tulantepec, Acatlán, Jaltepec, Hueytlalpan, Metepec y Asunción.

Por sus condiciones climáticas favorables, riqueza del suelo y estratégica posición geográfica, desde los inicios de la Colonia el valle atrajo un importante flujo de colonizadores españoles, quienes se sumaron a la numerosa población indígena asentada en la zona desde tiempos prehispánicos.⁶ De acuerdo con un conteo parroquial, en 1779 la población del valle superaba los diez mil habitantes, 48% eran indígenas, 28% fueron clasificados dentro del grupo de mestizos y castas, y el restante 24% eran españoles.⁷

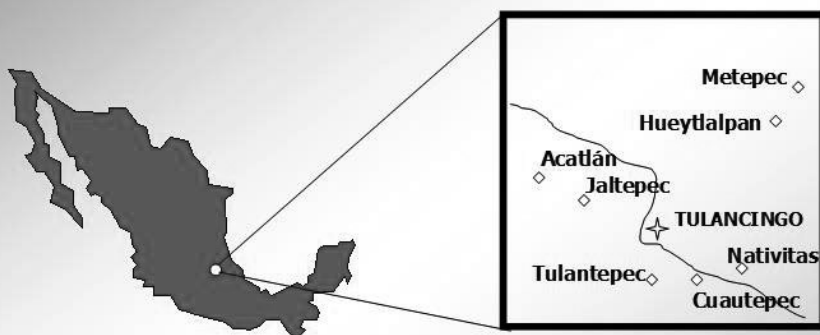
Además del avanzado proceso de mestizaje que se refleja en la composición porcentual de la población de Tulancingo, dos fenómenos demográficos importantes ocurrieron en la segunda mitad del siglo xviii. El primero fue el considerable incremento de la población del valle, que de aproximadamente 5 mil almas en 1743 pasó a poco más de 15 mil en 1794.⁸ El segundo se refiere a la concentración espacial de ese crecimiento de población en el pueblo de Tulancingo, cuyo vecindario se triplicó en dicho lapso, aumentando de cerca de 2 mil habitantes en la década de 1740 a 6512 a mediados de la de 1790 (NAVARRETE, 2000). En este último año, 42% de los habitantes del valle residía ahí, superando con amplitud a los otros pueblos y demás sitios de asentamiento rurales.

6 Son muy escasos los estudios consagrados a la historia de Tulancingo o que se han referido a ella con cierto detalle. Sobre la época prehispánica y la Colonia temprana véase Muller, (1956-57), Carrasco (1950) y Ruvalcaba (1985). Para el siglo xviii y principios del xix véase Navarrete (2000).

7 “Padrón exacto de las personas de este Arzobispado...”, España, 1779, Archivo General de Indias (en adelante AGI), *Varios*, vol. 38.

8 Para un examen de la trayectoria demográfica de Tulancingo entre 1743 y 1825 véase Navarrete (2000), capítulo 1. El dato para 1743 es una estimación basada en el conteo de familias consignado en Villa-Señor, *Theatro Americano: Descripción general de los Reinos, y Provincias de la Nueva España, y sus jurisdicciones* (2006, I: 134-135). El conteo de 1794 fue tomado del padrón de la parroquia de Tulancingo de ese año, AGN, *Genealogía y Heráldica*, 20659.

Mapa 1 El Valle de Tulancingo siglo XVIII



En conjunto, los ocho pueblos restantes absorbían 27% de la población. Después de Tulancingo seguía Hueytlalpan, con 6%. Las haciendas y ranchos fueron el sitio de residencia del 31% de los habitantes del valle.

Con su vecindario de más de seis mil almas, Tulancingo era hacia fines del siglo XVIII y durante el primer cuarto del XIX, el mayor núcleo de población en un radio de aproximadamente 60 kilómetros, un área que incluía los afamados reales mineros de Pachuca y Real del Monte –que en 1825 tenían únicamente 2415 y 1 900 habitantes, respectivamente–, tradicionalmente considerados en la literatura colonial como los principales centros de población en esta parte de México.⁹ El pueblo de Tulancingo era tanto el asiento de los poderes civiles y religiosos provinciales, como su principal

⁹ Ese año se elaboró un cuadro estadístico de las principales poblaciones comprendidas dentro de la extensa y recientemente creada jurisdicción del distrito de Tulancingo, en territorio del actual estado de Hidalgo. Véase Ortega (1995), cuadro 10.

centro de actividad económica. Vivían ahí los principales propietarios de haciendas y ranchos del valle,¹⁰ así como numerosos trabajadores del campo y de otras actividades secundarias y de servicios que prosperaron de la mano del crecimiento del pueblo, como tejedores, artesanos, arrieros, comerciantes y sirvientes.¹¹ Todos los elementos anteriores se conjugaron para hacer de Tulancingo el principal mercado del valle y la región circundante.

La agricultura comercial y los pueblos indios

Durante el periodo que se examina, la economía local se cimentó en la actividad agrícola comercial y en los movimientos mercantiles internos entre las localidades del valle y zonas adyacentes, particularmente con la Sierra de Pachuca. Los nueve pueblos indios fueron, junto con las aproximadamente 60 haciendas y ranchos ahí asentados, las principales unidades de producción agrícola.¹²

Los pueblos indios ocuparon una posición destacada dentro de la economía agrícola del valle. Además de controlar tierras y otros recursos, produjeron una gran variedad de alimentos que eran consumidos localmente y también intercambiados en mercados aledaños. Una parte importante de los vegetales y la carne consumida por la población indígena local procedía de sus propias tierras.

Una sólida y antigua tradición prehispánica continuó siendo la base de la producción agrícola indígena de Tulancingo. El maíz era el principal cultivo, seguido del frijol, chile y diversas frutas y vegetales de origen mesoamericano (NAVARRETE, 2006). El maguey fue otro cultivo importante por su valor nutritivo, por la producción del pulque y por su potencial como fuente de ingresos. La población india también sembró diversos frutos de origen europeo, en particular trigo, legumbres y frutas. Por

10 Sobre los rasgos generales de los hacendados de la zona véase Navarrete (2003).

11 Las principales actividades y oficios de la población masculina adulta del pueblo de Tulancingo están consignados en un censo de ocupaciones levantado en 1792 en AGN, *Padrones*, vol. 1.

12 Al igual que los pueblos de indios, el número de haciendas y ranchos del valle varió poco a lo largo del siglo XVIII. A principios de la década de 1790, existían 29 haciendas y 27 ranchos. "Relación de pueblos, haciendas...", AGN, *Padrones*, vol. 1.

último, algunas de las comunidades e individuos indígenas que poseían tierras dentro y en las inmediaciones de los pueblos del valle eran dueños de pequeñas piaras de cerdos y ovejas.

Adelantándonos al análisis subsiguiente sobre la participación comercial indígena, varios de los efectos antes mencionados no figuran en el *Cuaderno* de 1792. Es sabido que el maíz y el trigo estaban casi sin excepciones exentos del pago de alcabala, al igual que todo tipo de ventas de frutas, verduras y huevos. El pulque pagaba un impuesto especial, por lo que no aparece registrado en la fuente de alcabalas.¹³ La ausencia de registros de introducciones de ovejas puede estar asociada, entre otros factores, con bajos excedentes, la práctica del autoconsumo y el trueque, y la realización de operaciones mercantiles al menudeo que no pasaban por la plaza local. En conjunto, se trata de “omisiones” que si bien afectan la representatividad del *Cuaderno* de 1792, no invalidan su excepcional valor informativo, que entre sus múltiples virtudes revela la presencia en la economía indígena de diversos productos y artículos que no aparecen en otro tipo de fuentes. Al final del artículo volveremos sobre este tema.

El comercio indígena en 1792: las mercancías

En el *Cuaderno* de 1792 el recaudador de Tulancingo anotó las entradas de mercancías hechas por los indios en la plaza local con el objeto de evaluar la exención global de la que gozaban. A este respecto conviene recordar que como parte de las medidas de fines del siglo xviii tendientes a recabar mayores fondos fiscales para la Corona, se hizo una evaluación de los recursos que podrían derivar del cobro de alcabalas a los indios, sector social que estaba exento de este impuesto desde la Real Orden promulgada en 1571. En 1791 se ordenó a los administradores de la renta de alcabalas que registraran los géneros introducidos por los indios para su venta en todas las plazas del virreinato. Esta medida se ejecutó en 1792, dando lugar a los “Cuadernos de indios” de varias receptorías.

Así pues, día a día a lo largo del año, el recaudador de Tulancingo tomó nota del

13 Para una sintética e ilustrativa exposición sobre las alcabalas y su cobro véase Garavaglia y Grosso (1996:19-99).

nombre de cada introductor, la mercancía ingresada, su cantidad, valor en pesos y el monto de alcabala que debería pagar. En total se registraron 2745 operaciones por un valor de 24 712 pesos, lo que representa un promedio de nueve pesos por transacción. Sirva como punto de comparación que ese año en Tepeaca fueron 2383 introducciones realizadas por 743 individuos, con un promedio de 4 pesos 6 reales por operación (GARAVAGLIA Y GROSSO, 1996). En Zamora se registraron 1350 operaciones por 430 indígenas con un valor total de 36,673 pesos, promediando 27 pesos (SILVA, 1994: 101-126). En Zacatecas el valor total de productos fue de 29,232 pesos en 346 operaciones, para un promedio de 84 pesos (Ríos, 2000: 116-147).¹⁴

La versátil base productiva y mercantil indígena en Tulancingo queda de manifiesto al considerar que se introdujeron 72 productos distintos, cantidad que supera la observada en otras plazas comerciales importantes del virreinato.¹⁵ Esto habla también de la demanda diversificada de alimentos y artículos manufacturados de los poco más de 6 mil habitantes del pueblo de Tulancingo. La gráfica 1 muestra por rubros las principales mercancías que se vendieron el año en cuestión. Se observan tres rubros dominantes: semillas y vegetales, materias primas, y pilón. Un segundo bloque de menor importancia porcentual estuvo integrado por el grupo de las manufacturas, seguido de los textiles, el ganado y derivados, los pescados y por último diversos artículos que he agrupado en el rubro “Otros”.

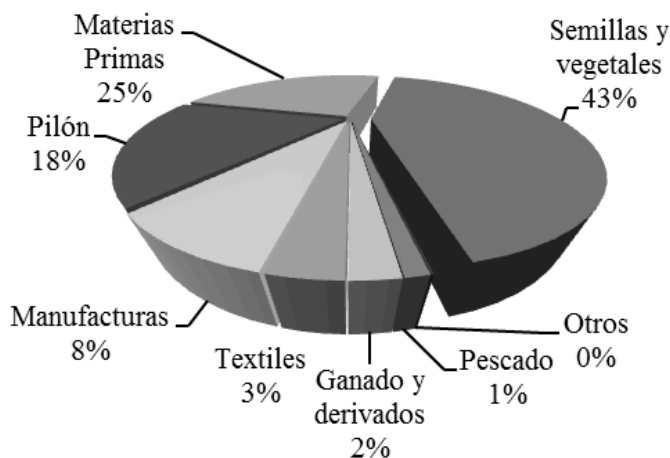
No sorprende el predominio del rubro de semillas y vegetales, considerando las características fisiográficas y la orientación agrícola que por siglos había tenido el valle y los pueblos indios ahí asentados. Los principales productos de este gran rubro son el chipotle,¹⁶ el frijol y el “chile bueno”, que en conjunto representaron el 74% del valor total del rubro. Vistos en lo individual, serían el tercero, cuarto y quinto productos en importancia registrados en el Cuaderno, sólo detrás de la sal y el pilón.

14 Este es el tipo de información que será comparada analíticamente en la última etapa de la investigación sobre el comercio indígena en Tulancingo referida al inicio de este trabajo.

15 Para Zamora se registraron ese año 19 productos (SILVA, 1994: 116); en Zacatecas se contabilizaron 51 (Ríos, 2000: 136).

16 Variedad de chile picante de color rojo ladrillo que se usa secado al humo. Apud. *Diccionario de la Real Academia Española*, 22 ed.

**Gráfico 1. Tulancingo, 1792: mercancías introducidas
(% del valor total)**



Destaca también el algodón (en capullo y en greña), cuyas introducciones representaron por su valor 16% del total de rubro y 7% sobre el monto global total de ese año. La presencia del algodón está asociada con una de las actividades más importantes del pueblo de Tulancingo a fines del siglo XVIII, la producción doméstica de textiles. A comienzos de la década de 1790 el subdelegado de Tulancingo describió al pueblo como un floreciente centro textil, afirmando que había más de 200 telares en operación.¹⁷ Un censo de ocupaciones realizado por esos años registra 68 tejedores en el pueblo cabecera, pero es posible que se anotara sólo a quienes ejercían ese oficio como su única actividad.¹⁸ En realidad, el hilado y el tejido del algodón debieron ocupar a cientos de hombres y mujeres, muchas veces como actividades complementarias a las labores

¹⁷ Introducción al Padrón de Tulancingo, 1791, AGN, *Padrones*, vol. 1.

¹⁸ “Lista de los ministerios y oficios que ejercen los individuos de la jurisdicción de Tulancingo”, diciembre 1792, AGN, *Padrones*, vol. 1. Es importante señalar que esta fuente registra sólo a los hombres adultos, dejando de lado a mujeres y menores de edad, dos sectores sociales que, como han mostrado diversos estudios, estuvieron estrechamente vinculados con la producción textil.

del campo. Además de la cantidad de telares mencionados por el subdelegado—que, debemos pensar, requirieron en conjunto numerosa fuerza de trabajo para operarlos—, un examen detallado del censo militar levantado en 1791 —que no contabiliza a indios ni mujeres—arrojó 130 tejedores.¹⁹ Otro testimonio de la época refiere que había en el pueblo 300 tejedores, numerosos aprendices y muchos hombres y mujeres que se sostenían de esta industria.²⁰

En cuanto a la procedencia del algodón, dado que no se cultivaba en el valle debió proceder de otras regiones, posiblemente de Yahualica y otros pueblos de la Huasteca, donde abundaba. Escobar refiere que de Yahualica se enviaban mantas de algodón a “las jurisdicciones aledañas” (ESCOBAR OHMSTEDE, 2000: 98-101). Aquí postulo la posibilidad de que también se comerciara algodón en rama, considerando la mencionada relevancia de Tulancingo como centro textil algodonero, la relativa cercanía de los pueblos de la actual Huasteca hidalguense y la existencia de circuitos mercantiles que ligaban ambos espacios desde tiempo atrás y que, como se verá más adelante, incluían otras mercancías. Por último, en relación con el mercado de la producción textil local (consistente en mantas burdas), además del vecindario del pueblo, los cercanos reales de minas de Pachuca y Real del Monte fueron su principal destino.²¹

Dentro del rubro de semillas y vegetales también se registran cebada, cacahuete, haba, alverjón, lenteja, papa, nuez, diversas variedades de chile y muchos otros frutos de origen prehispánico y europeo. Debe señalarse que si se incluyeran el maíz y el trigo, así como las diversas frutas y hortalizas cultivadas en el pueblo y sus alrededores,²² la importancia del rubro que se examina sería mayor, tanto en número de introducciones como por el valor agregado de las mismas.

Otro producto que nutría las redes comerciales de Tulancingo fue la sal. Aquí se ha incluido en el rubro “materias primas”, donde despuntó tanto por su valor (5996 pesos,

19 Padrón de Tulancingo, 1791, AGN, *Padrones*, vol. 1.

20 AGN, Archivo Histórico de Hacienda, leg. 451-142.

21 Así lo señala el subdelegado en su introducción al padrón de 1791. AGN, *Padrones*, vol. 1.

22 El cultivo de frutas y hortalizas fue otra actividad importante para los habitantes de Tulancingo (Navarrete, 2000: capítulo 7).

95% del rubro) como por las operaciones registradas (402, equivalentes a 88%). En lo individual fue el género más importante introducido ese año en la plaza, representando 24% del valor global y 14% del total de transacciones indígenas. Su relevancia estuvo asociada con su utilización en centros de población de cierta consideración como Tulancingo: además de su empleo en la cocina, era usada para preservar alimentos perecederos, incluyendo la carne y el pescado. Futuras investigaciones deberán aclarar la procedencia geográfica de la sal. Escobar refiere que a las Huastecas ingresaba sal de Campeche por los puertos de Pánuco y Tampico, y que parte de los cargamentos eran enviados hacia Tulancingo (ESCOBAR OHMSTEDE, 2000: 104).

La cal fue el segundo producto en importancia del grupo “materias primas”. Se realizaron 47 operaciones por un valor de 126 pesos (2% del rubro). La cal se empleaba para neutralizar los suelos ácidos en la agricultura y también, combinada con agua y arena, como material de construcción.

El pilón, tercer rubro en importancia, pudo haberse incluido en el de “manufacturas”, pero decidimos individualizarlo en virtud del peso que tuvo en el comercio indio de Tulancingo. Se efectuaron 290 introducciones por un valor total de 4378 pesos (equivalentes a 18% del valor global total). Puesto que en el valle no se cultivó caña de azúcar ni se tienen noticias acerca de la elaboración de piloncillo entre sus pueblos, estamos de nuevo frente a un importante artículo traído de fuera. Esta conjetura gana peso al considerar la notable producción azucarera de, una vez más, la vecina región de las Huastecas. Dos importantes productos derivados de la caña como el piloncillo y el aguardiente tuvieron una alta circulación en las redes comerciales huastecas. En el año que nos ocupa tan sólo en Huejutla se labraron 4 mil cargas de pilón (ESCOBAR OHMSTEDE, 2000:103). Un examen de fuentes adicionales al Cuaderno de 1792, por ejemplo las guías con las que eran introducidos los cargamentos de pilón, permitirán comprobar la validez de este supuesto, así como saber si existieron puntos de procedencia adicionales.

Para cerrar el análisis de los productos introducidos en 1792, nos referiremos brevemente a los rubros cuyo valor porcentual se ubicó por debajo del 8 por ciento. El

primero de ellos, las manufacturas, tuvo en la jarca su principal componente,²³ seguido de una serie de artículos de bajos valores unitarios y elaborados a mano con materiales perecederos, como canastas, escobetas, jícaras, tecomates y petates.

En el rubro “textiles” se contabilizan introducciones menores de prendas de vestir como calcetas, calzones, colchas, rebozos, ropa de la tierra y mercería. A la luz de lo dicho antes sobre la importancia de la actividad textil local, llama la atención el bajo porcentaje de este rubro (3%) en el conjunto de operaciones registradas. Aún y cuando, como se apuntó antes, buena parte de lo producido se enviaba a los pueblos mineros de la Sierra de Pachuca, cabría esperar una mayor presencia de textiles burdos de algodón en la comercialización indígena. Es posible que la producción fuese controlada por intermediarios no indios o bien que haya operado mediante el sistema de repartimiento. Otra posibilidad sería el trueque de mantas por otros productos. Este es otro terreno que habrá que desentrañar en estudios posteriores.

Las principales mercancías del rubro “ganado y sus derivados” fueron, por su valor, el queso (209 pesos) y los cerdos (169 pesos, producto de 28 operaciones). Aunque las entradas de chicharrón y chicharrón prensado fueron pocas (13 en el año), junto con los dos productos anteriores indican el consumo de proteínas animales entre la población local. No hay que olvidar que el autoconsumo también debió ser considerable en este renglón. La posibilidad de una dieta variada para la población residente —que como se ha visto tenía a su alcance frutas, granos, vegetales y carne—, se amplió con el ingreso a la plaza de pescado de río (lisa y bobo) y, en menor medida, de mar (se anotan dos operaciones de róbalo). Puede pensarse que los mismos traficantes que conducían sal y algodón desde la región huasteca, traían en sus cargamentos pescado seco procedente de la costa.

Los introductores

El análisis de los introductores de 1792 revela un cuadro variado y complejo sobre la participación india en el mercado de Tulancingo. Nuestro examen se basa en los

23 La jarca es el término con el que se designó a diversos objetos elaborados con fibra vegetal, principalmente de maguey, una planta muy abundante en esta parte del país

nombres de los introductores, el número y frecuencia de sus introducciones y las mercancías manejadas.

Las 2745 operaciones registradas en la fuente fueron hechas por 968 individuos, lo que arroja una cifra media de 2.8 operaciones anuales por cada uno. Es importante señalar que el número de introductores pudo ser mayor al registrado en el Cuaderno, ya que un mismo nombre puede corresponder a distintos individuos. En sentido inverso, existe la posibilidad de que algunos nombres capturados y tratados como individuos distintos en la base de datos elaborada para este estudio, hayan sido uno sólo. Por ejemplo, Antonio Ascencio y Antonio Ascención; Antonio Bernardo y Antonio Bernardino; Manuel Asención y Manuel Asunción.

El elevado número de introductores y el bajo promedio per cápita de operaciones efectuadas, denotan un mercado atomizado en cuanto a sus agentes sociales, impresión que se refuerza al considerar que ocho de cada diez introductores tuvo una presencia esporádica de entre una y tres operaciones en el año. En la misma dirección apunta el hecho que el valor de las introducciones hechas por 954 de los 968 introductores no rebasó en lo individual 1% del global total asentado en el Cuaderno. Todo indica que estamos ante un sector social –puede pensarse en la figura de campesinos y artesanos pobres– que en su gran mayoría asistía poco al mercado y convertía en mercancía una parte muy reducida de su producción.

Cuadro 1. Principales introductores, Tulancingo 1792

Nombre	Valor total de sus introducciones (pesos)	Número de introducciones	Principales mercancías	Calendario (% del total de operaciones de cada comerciante)
1. José Antonio	803	114	Sal, chipotle, jarcia, pilón, frijol, cebada, algodón, rebozos.	Dic-Feb=21% Mar-May=22% Jun-Ago=28% Sep-Nov=29%
2. Guadalupe Nicolás	793	32	Sal.	Dic-Feb=19% Mar-May=31% Jun-Ago=28% Sep-Nov=22%
3. Baltasar de la Cruz	740	22	Pilón, chipotle, petate.	Dic-Feb=9% Mar-May=54% Jun-Ago=32% Sep-Nov=5%
4. Patricio José	679	34	Chile, sal, chipotle, frijol, chile pinto, chicharrón prensado.	Dic-Feb=29% Mar-May=35% Jun-Ago=18% Sep-Nov=18%
5. José Mariano	447	46	Jícaras, grana, chipotle, petate de tule, jarcia.	Dic-Feb=12% Mar-May=28% Jun-Ago=44% Sep-Nov=16%

La aseveración anterior puede matizarse cuando se examina el reducido grupo de individuos situados en la punta de la pirámide comercial retratada en el Cuaderno (cuadro 1). Los cinco introductores más importantes fueron responsables de 9.3% de todas las transacciones inscritas y de 14% del valor global de las mismas. El individuo con mayor número de introducciones, de nombre José Antonio, efectuó 114 operaciones (4% del total) y traficó mercancías equivalentes a 3.25% del valor total registrado ese año. Por el valor total de sus transacciones, cerca de él se ubicaron sólo cuatro individuos: Guadalupe Nicolás (3.21% del total), Baltasar de la Cruz (3%), Patricio José (2.75%) y, más alejado, José Mariano (1.8%). Les siguieron 10 introductores con operaciones de entre 1% y 2 por ciento. Aunque el calificativo de grandes comerciantes se antoja inapropiado para este puñado de cinco introductores, sí se les puede considerar como el grupo dominante del comercio indígena de Tulancingo en el año que se examina. El rango de 500 y 800 pesos comerciados por ellos ese año sobrepasó ampliamente el promedio de 25 pesos del resto de introductores.²⁴

El Cuaderno de 1792 no permite distinguir quiénes de los 968 individuos registrados fueron productores-introductores (es decir, que vendían su propia producción), quiénes productores e introductores y quiénes fueron auténticos mercaderes indígenas, ocupados sólo en comprar y vender lo producido por otros. Para aproximarnos a este tema, examinemos con más detalle el perfil de los cinco principales introductores consignados en el cuadro 1.

El primero de ellos, José Antonio, parece haber pertenecido a la categoría de comerciante. Su actividad se extendió todo el año y en total comercializó 14 productos diferentes, siendo los más importantes la sal (que reportó 35% del valor total de sus operaciones), chipotle, jarcia y pilón (12% cada uno). La presencia de la sal y el pilón

24 Este promedio de 25 pesos para los 963 introductores restantes no debe oscurecer las importantes variaciones en la composición del grupo. Agrupándolos por el valor total de sus operaciones en el año que se examina tenemos lo siguiente: a continuación de los cinco introductores principales se ubicaron 12 individuos cuyas transacciones alcanzaron entre 400 y 200 pesos; otro grupo de 31 introductores realizó operaciones por valor total de entre 199 y 100 pesos; 134 individuos comerciaron entre 99 y 30 pesos; finalmente un numeroso contingente de 786 personas registraron introducciones por un valor total inferior a 30 pesos en todo el año.

en su catálogo de mercancías abre la posibilidad que realizara tratos mercantiles con, por ejemplo, productores de las Huastecas e incluso no está vedada la posibilidad que fuera originario de aquella región. Escobar documenta la presencia de otomíes de Huayacocotla –pueblo situado a poco más de 50 km de Tulancingo— que traficaban con mercancías de diversos pueblos vecinos para venderlos en Tulancingo, México y, en algunas ocasiones, Puebla (ESCOBAR OHMSTEDE, 2000: 103).

Otros dos importantes introductores –los números 4 y 5 del cuadro— tuvieron un patrón similar al de José Antonio, pues además de traficar a lo largo de todo el año lo hicieron con diversas mercancías. A la par de esta similitud, hubo diferencias entre estos dos personajes que conviene apuntar. Patricio José, el cuarto introductor en el cuadro, comerció 10 artículos diferentes en el año. El “chile bueno” fue el principal de ellos –equivalente a 54% del valor total de sus introducciones—, seguido de la sal (17%) y el chipotle (11%). Dos terceras partes del total de sus operaciones las realizó en el periodo diciembre-mayo, es decir, en el invierno y la primavera. Por su parte José Mariano, quinto introductor en el cuadro, tuvo en la jícara su género principal, equivalente a 48% del valor total de sus introducciones. La grana (18%) y el chipotle (15%) ocuparon la segunda y tercera posición entre las 12 mercancías manejadas por este individuo. Su actividad mercantil se focalizó en la primavera y el verano (marzo-agosto). El manejo por estos personajes de artículos diversos, combinado con cierto acento en productos específicos y un calendario mercantil particular, con seguridad significó el establecimiento de relaciones diferenciadas con sectores productivos, circuitos mercantiles y agentes económicos de Tulancingo y sus alrededores. Hablar de un comerciante indígena “típico” en la zona resulta, pues, inadecuado a la luz de la información que nos proporciona el Cuaderno de 1792.

Distinto a los casos anteriores es el de Guadalupe Nicolás, segundo introductor en importancia por el valor total de sus operaciones en 1792. Todo indica que, a diferencia de los tres casos examinados arriba, Guadalupe fue un traficante “especializado” en un sólo artículo, pues sus 32 introducciones del año fueron de sal. Este tipo de especialización también se dio a escala menor y con otros productos, caso de un individuo de nombre José Velasco, cuyas cuatro operaciones del año fueron de algodón.

Por último, es probable que algunos introductores fueran la cara visible de grupos o familias indígenas dedicadas al comercio, bien como actividad única o complementaria. Tal es el caso de Baltasar de la Cruz, posible miembro de la familia de tal apellido, que tuvo un rol muy activo en el gobierno indio local a lo largo del siglo XVIII y poseyó tierras en el valle.²⁵ Aunque Baltasar introdujo tres mercancías distintas a lo largo del año, el pilón fue su especialidad: 86% de sus introducciones y 98% de su valor total derivaron de operaciones con tal producto.

Cuadro 2. Participación de los pequeños introductores, Tulancingo 1792

Total de individuos del grupo muestra	Valor de sus operaciones y % del total global (pesos)	Número de introducciones y % del total global	Principales mercancías	Calendario (% del total de operaciones)
546	2511 (10%)	687 (25%)	Chipotle, frijol, algodón capullo, jarcia, pilón, sal, rebozos, cebada, cerdos, cueros, alverjón, haba, cal.	Dic-Feb=20% Mar-May=34% Jun-Ago=23% Sep-Nov=23%

Un vistazo al extremo opuesto de la pirámide de introductores revela datos interesantes (cuadro 2). Para ello se ha tomado como muestra al nutrido grupo de quienes realizaron operaciones menores de diez pesos (546 individuos). Aunque en lo individual su intervención fue poco significativa, considerados colectivamente su importancia en el mercado de plaza no deja lugar a dudas: sus 687 operaciones representaron un significativo 25% del total global, mientras que los 2511 pesos del valor de sus transacciones alcanzó 10% del valor total de lo negociado por indios en el

²⁵ Ver capítulo cuatro de Navarrete (2000).

año que se examina. Se trató, pues, de un sector con un peso superior al de los cinco principales comerciantes en cuanto al número de transacciones realizadas –recuérdese que los segundos fueron responsables de 9.3 por ciento—, y que en relación con el valor de lo negociado se ubicó cerca del 14% alcanzado por el grupo dominante. En otras palabras, el pequeño introductor fue uno de los pilares del abasto indígena del pueblo de Tulancingo.

En cuanto a las mercancías introducidas, este grupo manejó 41 géneros distintos, es decir, poco más de la mitad de las 73 consignadas en el Cuaderno. Destacaron el chipotle (16.7% del total del valor de lo vendido por el grupo), el frijol (14%), el algodón capullo (9.8%), la jarcia (8.7%) y el pilón (8%). También participaron en el suministro de sal, rebozos, cueros y cerdos. Si se recuerda lo dicho antes sobre la procedencia geográfica del algodón, el pilón y la sal, se constata que entre los pequeños introductores hubo tanto productores que vendieron sus pequeños excedentes como individuos que comerciaron con lo producido fuera del valle. Futuras investigaciones deberán averiguar el grado de participación del pequeño introductor en los ocho rubros principales consignados en la gráfica 1. Ello permitirá precisar la composición social del abasto indígena en Tulancingo y diferenciar las esferas de influencia de sus distintos actores. A este respecto, es interesante observar que los pequeños introductores fueron responsables de 44% de todo el algodón capullo introducido en la plaza de Tulancingo en 1792.

Consideraciones finales

El examen del comercio indígena retratado en el Cuaderno de 1792 revela un universo complejo y variado de mercancías e introductores. Los indios participaron activamente en la atención de la considerable demanda de alimentos, materias primas y artículos manufacturados planteada por el considerable centro de población y de actividad económica en que se había convertido Tulancingo a fines del siglo xviii.

La presencia de casi un millar de individuos involucrados en este comercio, las varias decenas de artículos intercambiados y los reducidos valores de buena parte de las introducciones realizadas, hablan de un sector económico y social altamente

desagregado. Es reconocible un grupo reducido de introductores importantes que parecen haber sido mercaderes especializados, pero no hay rastros de que hayan ejercido un control monopólico del comercio indígena ni de alguno de sus rubros. Esto no niega la existencia de una polarización social entre los introductores, pero si pensamos en términos de una pirámide, ésta tendría una base y cuerpo intermedios muy ensanchados. La composición social de este cuerpo piramidal incluyó introductores especializados, pero al parecer la mayoría fueron pequeños campesinos y artesanos que ocasionalmente asistieron al mercado a vender los reducidos excedentes de su producción.

El cuadro diversificado del comercio indígena al que refieren los 73 artículos comerciados debe matizarse. La gran mayoría de los productos introducidos eran alimentos y artículos elaborados de bajo valor unitario. Los ramos más ventajosos de la actividad mercantil estuvieron en manos del sector no indígena, en particular del *español* que, al igual que sucedió en otras regiones del virreinato, controló la circulación de, entre otros géneros, los artículos de importación, la ropa de la tierra, el ganado y cereales de alto valor comercial como el trigo. Precisar las fronteras de esta división india y no india en el suministro del mercado, así como las áreas en que se complementaban y competían, es una tarea a realizar en futuras investigaciones sobre Tulancingo.²⁶ Otra labor pendiente es rastrear la presencia de los productos procedentes de tierras comunales y sus vías de comercialización, sobre los que el Cuaderno por sí sólo no dice nada o que no permite distinguir. Como se apuntó al principio de este trabajo, los pueblos indios del valle poseyeron tierras agrícolas donde, por ejemplo, cultivaron trigo y maguey, así como terrenos de monte para la crianza de ganado menor.

Un último aspecto a destacar se refiere a la dimensión geográfica del comercio indígena de Tulancingo y lo que ello nos dice acerca de las relaciones y posición del valle frente a otras regiones del centro de la Nueva España. Uno de los hallazgos más interesantes de este trabajo es la fuerte presencia en el mercado local de productos

26 Una buena muestra de los frutos que pueden arrojar estudios con una óptica amplia e integradora de los distintos sectores económicos y actores sociales que intervenían en los mercados regionales es el de Jorge Silva (2008).

elaborados fuera del valle. La información analizada sobre la constante y cuantiosa introducción de, por ejemplo, sal, pilón y algodón, permite avanzar en la reconstrucción histórica de espacios económicos coloniales poco estudiados o desconocidos de los que Tulancingo formó parte. Más que de “ligas comerciales” con, por ejemplo, las Huastecas, los datos presentados invitan a pensar en la existencia de una relación estructural y funcional de ambos espacios, de la cual derivarían mecanismos dinamizadores de sus respectivas economías, adicionales a los que hasta ahora han considerado los historiadores.

Son varias las implicaciones de la hipótesis anterior para el estudio y comprensión de la historia económica y social no sólo del valle de Tulancingo en el periodo tardío colonial, sino también del espacio económico más amplio del que formó parte. Una de ellas conduce a dejar atrás la imagen del valle como una zona cuyo funcionamiento estuvo regido por los ciclos de la minería de Pachuca y Real del Monte, actividad que en la literatura colonial mexicana ha sido vista como la rectora de la integración y desarrollo de un amplio espacio económico situado en el centro-sur del actual estado de Hidalgo, Tulancingo incluido.

Sin poner en duda la utilidad e importancia del modelo de la minería como motor integrador y dinamizador de los espacios internos coloniales, el caso estudiado nos recuerda la necesidad de llevar a cabo reconstrucciones empíricas detalladas que atiendan a los cambios producidos al interior de dichos espacios en el transcurso de los tres siglos del régimen colonial. Las dinámicas económicas y espaciales ocurridas durante la etapa de arranque de un gran centro minero y su entorno agrario en el siglo xvi, no son necesariamente las mismas que estuvieron en juego en las postrimerías del xviii.

En relación con el caso examinado, sabemos que el distrito minero de Pachuca-Real del Monte—cuyos orígenes datan de mediados del siglo xvi—vivió en la década de 1790 momentos difíciles, caracterizados por bajos niveles de producción de plata, el cierre de varias minas y la subsiguiente contracción del vecindario de sus principales pueblos mineros.²⁷ En cambio, Tulancingo, sin ser ajeno al declive de su tradicional

27 Este difícil panorama se agudizó durante el primer cuarto del siglo xix. Véase Randal (1977:

centro económico rector, alcanzó en esa misma década un vigoroso desarrollo económico y demográfico, cuyo despegue puede situarse hacia mediados del siglo XVIII. Este fenómeno se puede explicar, al menos parcialmente, por la existencia de relaciones económicas y mercantiles con otras regiones del virreinato, algunas de las cuales quedan de manifiesto al examinar, como se hizo aquí, la participación indígena en el comercio del valle.

Bibliografía

- CARRASCO, Pedro, 1950, *Los otomíes: cultura e historia prehispánicas de los pueblos de habla otomiana*. México, UNAM-INAH.
- ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, 2000, "El comercio en las Huastecas. Los indígenas y su participación, siglo XVIII". En: SILVA, Jorge y ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, coordinadores, *Mercados indígenas en México, Chile y Argentina, siglos XVI-XIX*. México, Instituto Mora- CIESAS, pp. 87-115.
- GARAVAGLIA, Juan C. y GROSSO, Juan C. 1994, "Comerciantes, hacendados y campesinos. Un mercado local en el valle poblano (Tepeaca, 1792)". En: GARAVAGLIA, Juan C. y GROSSO, Juan C., compiladores, *Mercados e historia*. México, Instituto Mora. pp. 252-310.
- _____, 1996, *La región de Puebla y la economía novohispana. Las alcabalas en la Nueva España, 1776-1821*. México, BUAP-Instituto Mora.
- GROSSO, Juan C. y SILVA, Jorge compiladores, 1994, *Mercados e historia*. México, Instituto Mora.
- HERRERA CANALES, Inés, coordinadora, 1998, *La minería mexicana. De la Colonia al siglo XX*. México, Instituto Mora.
- MENEGUS, Margarita, 1995, "La participación indígena en los mercados del valle de Toluca a fines del periodo colonial". En: SILVA, Jorge, GROSSO, Juan C. y YUSTE, Carmen, editores, *Circuitos Mercantiles y Mercados en Latinoamérica. Siglos XVIII y*

32-44). La situación imperante en la década de 1790 se examina en Navarrete (1998: 95-118). El fuerte contraste al que se llegó en 1825 en el tamaño del vecindario de los pueblos mineros de la Sierra de Pachuca y Tulancingo está consignado en Ortega (1995); ver el cuadro 10.

- XIX. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, pp. 136-157.
- MULLER, Jacobs, 1956-57, "El Valle de Tulancingo", *Revista mexicana de estudios antropológicos*, Tomo xiv, 2a parte, pp. 129-137.
- NAVARRETE GÓMEZ, David, 2006, "La participación de los pueblos indios en la agricultura comercial del centro de la Nueva España: el caso del valle de Tulancingo en el siglo XVIII". Ponencia, XIX *Jornadas de Historia Económica*, Mar del Plata, Argentina, 18-20 de octubre.
- _____, 2003, "Jerarquía y movilidad social en el medio rural novohispano: los Romero-Méndez de Castro en el siglo XVIII". En: VON MENTZ, Brígida, coordinadora, *Movilidad social de sectores medios en México. Una retrospectiva histórica (siglos XVII al XX)*. México, CIESAS-Porrúa, pp. 195-216.
- _____, 2000, *Agriculture and society in central Mexico: the Valley of Tulancingo in the late colonial period, 1700-1825*. Inglaterra, Universidad de Warwick, Tesis de doctorado en Historia.
- _____, 1998, "Crisis y supervivencia de una empresa minera a fines de la colonia: la Vizcaína (Real del Monte), 1781-1809". En: HERRERA, Inés, coordinadora, *La minería mexicana. De la Colonia al siglo XX*. México, Instituto Mora, pp. 95-118.
- ORTEGA, FRANCISCO, 1995, *Descripción geográfica y estadística del distrito de Tulancingo, 1825*. México, CIESAS.
- RANDALL, Robert, 1977, *Real del Monte: una empresa minera británica en México*. México, Fondo de Cultura Económica.
- RÍOS ZÚÑIGA, Rosalina, 2000, "Comercio indígena en Zacatecas a fines del siglo XVIII. Análisis de un documento (1792)". En: SILVA, Jorge y ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, coordinadores, *Mercados indígenas en México, Chile y Argentina, siglos XVI- XIX*. México, Instituto Mora- CIESAS, pp. 116-147.
- RUVALCABA, Jesús, 1985, *Agricultura india en Cempoala, Tepeapulco y Tulancingo, siglo XVI*. México, Departamento del Distrito Federal.
- SILVA RIQUER, Jorge, 2008, *Mercado regional y mercado urbano en Michoacán y Valladolid, 1778-1809*. México, El Colegio de México.
- _____, 2007, *La estructura y dinámica del comercio menudo en la ciudad de Valladolid*,

Michoacán, a finales del siglo XVIII. México, INAH-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

_____, 1994, "La participación indígena en el abasto de la villa de Zamora, 1792", *Secuencia*, núm. 29, pp. 101-126.

SILVA RQUER, Jorge y ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, coordinadores, 2000, *Mercados indígenas en México, Chile y Argentina, siglos XVIII-XIX*. México, CIESAS-Instituto Mora.

SILVA, Jorge; GROSSO, Juan Carlos y YUSTE, Carmen, compiladores, *Circuitos mercantiles y mercados en Latinoamérica, siglos XVIII-XIX*. México, UNAM-Instituto Mora, 1995.

VILLA-SEÑOR Y SÁNCHEZ, José Antonio, 2006, *Theatro Americano: Descripción general de los Reinos, y Provincias de la Nueva España, y sus jurisdicciones*, Tomo I. México, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

VON MENTZ, Brígida, coordinadora, 2003, *Movilidad social de sectores medios en México. Una retrospectiva histórica (siglos XVII al XX)*. México, CIESAS-Porrúa.

El comercio en las jurisdicciones de Ixmiquilpan, Actopan y Tetepango-Hueypachtla, siglos XVIII-XIX

*Verenice Cipatli Ramírez Calva
Universidad Autónoma de Hidalgo*

Distintos estudios históricos han demostrado la importante participación indígena en el comercio regional e interregional en el ámbito novohispano (ver ESCOBAR OHMSTEDE, 2000; ESCOBAR OHMSTEDE Y FAGOAGA, 2005; GARAVAGLIA Y GROSSO, 1996; MENEGUS, 1994 y 2000; SILVA, 1994 y 2003; SILVA Y ESCOBAR OHMSTEDE, 2000; SILVA, GROSSO Y YUSTE, 1995; PASTOR, 1985). A pesar del camino andado, no resulta sencillo alejarse de los riesgos de abordar la participación indígena en el comercio a partir de la clásica dicotomía que opone agricultura de subsistencia a agricultura comercializada, en donde el autoconsumo y el mercado se presentan inevitablemente como dos polos opuestos de producción en la explotación agrícola (AYMARD, 1994: 69). En este contexto, no podríamos entender la activa participación indígena en el comercio novohispano únicamente como un intercambio de meros excedentes productivos con miras a obtener dinero, para enseguida comprar bienes que no se producen en una determinada región. Si partimos de que los indios podrían ser activos comerciantes, entonces se abre un importante espectro de posibilidades en donde los éstos asisten a los mercados no únicamente como productores que intercambian bienes en busca de mercancías que satisfacen necesidades inmediatas.

El objetivo de estas líneas es exponer un primer acercamiento al comercio en la región de Ixmiquilpan—en el actual estado de Hidalgo—, centrándome especialmente en la participación indígena. Temporalmente nos ubicaremos en las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del siglo siguiente. Ixmiquilpan resulta una región atractiva a la investigación histórica pues no ha sido explorada por la historiografía, de manera

que quedan lagunas por cubrir.

La población

Actopan, Ixmiquilpan y Tetepango eran subdelegaciones pertenecientes a la intendencia de México; para efectos fiscales Tetepango y Actopan formaban parte de la receptoría de Ixmiquilpan (GARAVAGLIA Y GROSÓ, 1987: 217), de modo que ésta comprendía un amplio territorio de población nahua, otomí y pame (ver mapa). En el padrón de 1791 de Tetepango se registraron 30 pueblos, 20 haciendas, nueve ranchos y varias rancherías. La jurisdicción contaba con 4222 habitantes, de las cuales el 41.73% eran españoles, 15.60% castizos y 42.65% mestizos; la mayoría de ellos vivía en las haciendas y ranchos cercanos.¹ Más esta fuente no registró el número de indígenas. De acuerdo con los datos de Peter Gerhard (2000: 307), en 1803 la población de Tetepango aumentó alrededor del 7% con respecto a los años anteriores, pues se contaba ya con 4540 tributarios. Y en 1806 el subdelegado Lucas Wading y Geraldino, en su informe sobre las cuentas de comunidad, indicó que había 5304 tributarios, obviamente sin contar a la población que aún no estaba en edad de tributar, ni a los no indios. Al año siguiente, el mismo subdelegado registró un aumento poblacional, para entonces los tributarios ascendían a 5704.² Dos años después en el partido existían 6879 familias, entre los que se contaban españoles, indios y castas.

Actopan era de las provincias más pobladas de la región y con mayor porcentaje de población india, pues en 1791 había 24 mil habitantes, de los cuales el 83.33% eran indios y 16.66% de “razón”, distribuidos en 19 pueblos, nueve haciendas y 11 ranchos. Ixmiquilpan era una jurisdicción menos extensa territorialmente, se componía de 16 pueblos, siete haciendas de labor, 19 de beneficio de metales y varios ranchos. Su población era de 17 mil almas, de los cuales 1617 (9.5%) eran mestizos, 1486 (8.74%) españoles, 479 (2.8%) castizos, 296 (1.74%) mestizindios, 198 (1.16%) indios (solo los

1 “Relación de pueblos haciendas y ranchos de la jurisdicción de Tetepango”, Tetepango, 1791, AGN, *Padrones*, vol. 18, fs. 3r-115v.

2 “Cuaderno de las cuentas de comunidad de Tetepango, años de 1806-1807”. Tetepango, 16 de noviembre de 1808, AGN, *Indiferente Virreinal*, caja 5408, exp. 23, 136 fs.

registrados), 18 (0.10%) habitantes cuya adscripción socioétnica no se especifica. La fuente sólo menciona 198 indígenas, pero posiblemente su número ascendía a 13,104 (77.08 %), número resultante de restar a los no indios de la población total señalada en el documento (ROMERO Y ECHENIQUE, 1994: 92, 112).³

Mapa 1. Región de estudio



Durante los siglos xvi y xvii la especialización productiva de la región, particularmente de Ixmiquilpan y Tetepango, se generó a partir de dos ejes íntimamente

3 "Padrón de la jurisdicción de Ixmiquilpan", Ixmiquilpan, 1791, AGN, *Padrones*, vol. 2, fs. 3r y 90r.

relacionados: la minería y la cría de ganado menor. Ambas actividades económicas impulsaron una serie de quehaceres relacionados con ellas como el curtido de pieles y la fabricación de jarcia. La proliferación de ganado menor (cabras y ovejas) durante el siglo xvi, y la primera mitad del siglo xvii, ocasionó profundas transformaciones en las relaciones hombre-medioambiente reflejadas en cambios en el paisaje, en la constante lucha entre ganaderos y agricultores por el uso de la tierra y en la adopción de nuevas prácticas económicas y de consumo. Su fuerza e impacto se manifestó igualmente en la adopción por parte de los indios de costumbres dietéticas como la ingesta de carne de chivo, cerdo, manteca, chicharrón (RAMÍREZ, 2010: 196-232), que para el siglo xviii ya eran de uso corriente.

Ixmiquilpan fue un centro económico de importancia regional. Por un lado, su estratégica ubicación en cruce de caminos lo posicionó como un sitio a través del cual se comunicaban entre sí las minas de Zimapán y Pachuca, y éstas a su vez con las ricas zonas agrícolas de la vega de Meztlán. Por otro lado, su relativa importancia regional se derivaba de la existencia de minas de plata abronzada en la cordillera localizada al norte de la cabecera. A pesar de que el metal era de ley muy baja, durante siglos la población española que ahí vivió se dedicó a su explotación, y en los primeros tiempos del virreinato atrajo la mirada de comerciantes y mineros que pensaban hacer fortuna en poco tiempo. Para el siglo xvi se sabe de la existencia de las minas de Santo Tomás de Buenaguía localizadas al noreste del “mineral del plomo pobre” o mejor conocido como El Cardonal. Poco tiempo después se descubrieron vetas en los cerros de Santiago, Espíritu Santo, Santa Catalina, Tomillar, Los Alacranes y Guadalupe. En el siglo xvii hubo nuevos descubrimientos como el del sitio de San Diego (RAMÍREZ, 2001: 68) y para 1791 el *Padrón* de la jurisdicción registraba la existencia de 22 minas y 19 haciendas de beneficio de metales localizadas en las inmediaciones de El Cardonal.⁴ Siete años después una matrícula de mineros del pueblo da noticia de un buen número de minas, posiblemente todas ellas en la misma veta de Santo Tomás de Buenaguía; se mencionan, por ejemplo, las de San Juan, El Saltillo, Santa Gertrudis, San Antonio, Santa María,

4 “Padrón de la jurisdicción de Ixmiquilpan”, Ixmiquilpan, 1791, AGN, *Padrones*, vol. 2, fs. 3r y 90r.

Concepción, San Cayetano, El Carmen, Ánimas y La Purísima.⁵

La jurisdicción de Actopan colindaba con las de Pachuca, Tetepango, Ixmiquilpan, Meztlán y una pequeña porción de Tulancingo; y al igual que Ixmiquilpan y Tetepango se caracterizaba por la abundancia de mezquites, nopales, magueyes y cardos; pero a pesar de la aridez del medio se lograba cosechar en esas tierras maíz, frijol, trigo y cebada. En Actopan la principal actividad económica de su población era la fabricación de jarcia y paños de rebozo de algodón que se comercializaban con Veracruz a cambio de arroz. En Ixmiquilpan esta clase de cultivos se lograban en las orillas del río Tula. Por lo general los pueblos de la región se dedicaban a la explotación del ixtle y la lechuguilla, a la arriería y a la cría de ganado menor (ROMERO Y ECHENIQUE, 1994: 92, 112-113). Mientras que en Tetepango los indios se ocupaban mayormente en la arriería, la explotación de caleras o vendían su fuerza de trabajo en las haciendas de los alrededores.

Antes de entrar en el análisis del comercio indígena, es conveniente hacer algunos comentarios al respecto de las fuentes utilizadas en la investigación; posteriormente nos introduciremos en el estudio del comercio indio a partir del llamado *Cuaderno de Indios* y finalmente haré algunos breves señalamientos relativos a otros circuitos comerciales.

Las fuentes

Analizar la participación indígena en el comercio es de suyo complejo por distintos motivos; en primer lugar las fuentes imponen limitaciones para resolver una serie de cuestionamientos referentes a los procesos económicos de los pueblos de indios coloniales; en la mayor parte de los casos estas deficiencias tienen que ver con la política virreinal que dejaba exentos a los pueblos de indios del pago de alcabala, de manera que esas transacciones rara vez fueron registradas en las fuentes. No obstante lo anterior, tales lagunas pueden salvarse medianamente gracias a la existencia de documentos como el llamado *Cuaderno de Indios*. En 1791 la Real Hacienda ordenó que fueran registrados los frutos y efectos vendidos por los indios con miras a conocer el

5 "Matrícula de mineros del Real de El Cardonal (1798)", AHPM (Archivo Histórico del Palacio de Minería), III, 94, d. 4.

monto de la alcabala que dejaban de pagar, y las pérdidas que eso significaba para el erario real (GARAVAGLIA Y GROSSO, 1996: 254, 255, 307, 308). El objetivo central de esta medida, como se sabe, fue evaluar si era posible y conveniente continuar manteniendo el privilegio dado por Felipe II referente a la exención del cobro de la alcabala a los indios (Ríos, 2000: 118; ESCOBAR OHMSTEDE, 2000; SILVA, 2000: 52, 53).

En el caso de Ixmiquilpan y sus dos receptorías, Actopan y Tetepango, el subdelegado apuntó en el *Cuaderno* los frutos que introdujeron los indios a lo largo del año de 1792, pero no especificó si las mercancías se expendieron en alguna de las tres cabeceras en particular, en alguna plaza pública o fueron vendidas a intermediarios. Únicamente presentó una lista organizada por meses, días, nombre del introductor, producto introducido y su cantidad, así como el precio y el monto de la alcabala que no se cobró.⁶ El *Cuaderno* es un documento de sumo valor para el análisis del comercio regional, pues además de dar detalles del tipo de los mencionados anteriormente nos plantea cuestiones fundamentales. En primer lugar la activa participación de los indígenas a finales del periodo colonial en los mercados regionales como introductores de una gran variedad de productos, cuyas cantidades y montos de venta rebasan el comercio al menudeo. Y de aquí se desprende la segunda consideración, y es que el análisis de esta fuente necesariamente llama nuestra atención hacia la estrecha y constante relación entre pueblos de indios y cría de ganado menor. La fuente también detona interrogantes, como por ejemplo, si los individuos mencionados en ella eran a la vez productores e introductores o únicamente se trataba de vendedores de mercancías, que tal vez eran enviados por otros comerciantes mestizos o españoles, ¿dónde eran producidos los bienes comercializados?, ¿cuáles de ellos eran de la región y cuáles provenían de fuera y de qué partes?

La información proporcionada por el *Cuaderno* acerca de la participación indígena en el comercio regional se complementa adecuadamente con una serie de padrones y estadísticas que informan no únicamente de la cuantía de la población, sino también asientan puntualmente las ocupaciones de sus habitantes y el número y tipo de tiendas

6 “Año de 1792. Cuaderno en el que por método...”, Ixmiquilpan, 30 de enero de 1793, AGN, *Alcabalas*, vol. 442, exp. 2, fs. 296r-331r.

que existían, sobre todo para el caso de Ixmiquilpan. Desafortunadamente hasta el momento no contamos con el mismo tipo de información ni para Tetepango ni Actopan. Esos padrones datan de 1819, son documentos relevantes para el presente análisis porque proporcionan un claro mapa de la diversidad de actividades económicas de los pueblos de indios; revelan que hacia principios del siglo xix la mayor parte de la población trabajaba como jornalera en las haciendas, como operarios de minas, produciendo carbón, tallando lechuguilla, elaborando jarcia y en el curtido de pieles. Una minoría continuaba descansando su economía en la agricultura.⁷

Entre los padrones citados arriba se encuentran dos de especial relevancia, uno titulado *Padrón de establecimientos industriales y giros mercantiles de Ixmiquilpan* (¿1814?), y el otro *Superior orden para que se empadronen las tiendas* (1786); ambos dan cuenta del número de tiendas que existían en el pueblo, así como el de obrajes, platerías, herrerías, curtidurías, barberías y boticas, entre otros. También es de mencionar la *Razón estadística de la municipalidad de Yxmiquilpan* (1826). En ella se habla de los pueblos sujetos a Ixmiquilpan, de los ranchos y haciendas que estaban en sus términos. Se describe la topografía, las principales fuentes de agua para consumo humano y el cultivo. El documento cuenta con un apartado dedicado expresamente a la minería en el que se citan las minas y haciendas de beneficio de la región. Resulta relevante el rubro destinado a la vegetación, pues describe y enumera no sólo las frutas y hortalizas que se cultivaban—que dicho sea de paso eran considerables—, sino que hace mención a la vegetación característica del lugar y que actualmente ya no existe, como son los casos de los árboles de enebro y timbre. En la parte dedicada la industria, la *Razón estadística* menciona las principales actividades productivas de los barrios de la cabecera y de los pueblos sujetos más importantes. No es sorprendente encontrar la mención al tallado de lechuguilla, la elaboración de jarcia, al tejido de lana o pueblos enteros cuyo principal sostén eran las carboneras; pero lo que sí detona interrogantes es la referencia a pueblos de indios en los que la gran mayoría de su población se dedicaba

7 Estos padrones se encuentran en el Centro de Documentación de la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología e Historia, México (en adelante CDBMNAH), Serie Hidalgo, Rollo 10 y 11.

al curtido de pieles y a la elaboración de guitarras, actividades que actualmente ya no se practican en la región. Finalmente, la fuente tiene un apartado sobre comercio en el que se informa de los bienes que se introducían de otras regiones, las principales rutas de comercio, así como los productos comerciados en esos circuitos.⁸

El comercio en Ixmiquilpan

Desde los primeros tiempos del virreinato fueron cuatro los centros mercantiles por excelencia en la parte oeste del actual estado de Hidalgo: Ixmiquilpan, Tula, Actopan y Hueypuchtlá. Actopan y Hueypuchtlá dirigían su comercio hacia Pachuca, Tula hacia el Bajío y la ciudad de México, mientras que Ixmiquilpan primordialmente abastecía de hortalizas y productos derivados de las matanzas a los reales mineros como Zimapán, El Cardonal y Mapeté. A principios del siglo xix llegaban a la región una gran variedad de productos, algunos de ellos eran producidos en los pueblos cercanos y otros eran trasladados desde regiones distantes; encontramos ahí semillas, verduras, frutas, pieles curtidas, zapatos, sebo, jabón, papel, seda, petates, reatas y loza, entre una gran variedad de comestibles y bienes de uso cotidiano.⁹

De acuerdo con el *Cuaderno de Indios* el monto total de los bienes comercializados en el año de 1792 ascendió a 66,526 pesos, 3 reales,¹⁰ la alcabala que dejó de cobrarse fue de 4008 pesos, 3 reales, 3 tomines. Durante ese año se registraron 1412 introducciones, realizadas por 661 vendedores y se vendieron 115 productos diferentes.¹¹ Cifras que resultan considerables si las comparamos con la alcabala de la aduana de Ixmiquilpan, que ese mismo año recaudó la cantidad de 6925 pesos (GARAVAGLIA Y GROSSO, 1987:

8 CDBMNAH, *Serie Hidalgo*, Rollo 11.

9 “Razón estadística...”, 1826 y “Padrón del pueblo de San Agustín”, San Agustín, 1819, CDBMNAH, *Serie Hidalgo*, Rollo 11.

10 La fuente menciona que el monto total fue de 66,807 pesos y 5 tomines, pero al efectuar la suma del valor de las mercancías el resultado asciende a 66,526 pesos, 3 reales (“Año de 1792. Cuaderno en el que por método...”, Ixmiquilpan, 30 de enero de 1793, AGN, *Alcabalas*, vol. 442, exp. 2, fs. 296r.).

11 “Año de 1792. Cuaderno en el que por método...”, Ixmiquilpan, 30 de enero de 1792, AGN, *Alcabalas*, vol. 442, exp. 2, fs. 296r-331r.

232), es decir, los productos comercializados por personas registradas como “indios” significaban el 57.88 % del comercio de la región. En el cuadro 1 se pueden observar los montos de ventas mensuales, el número de operaciones realizadas mes con mes, a la vez que refleja el ciclo anual de la producción, dejando ver que los meses de mayor venta eran en enero, febrero, agosto, octubre y diciembre.

Cuadro 1. Resumen del comercio indio para el año de 1792

Meses	Número de introducciones	Valor de los productos	Porcentaje de ventas mensuales	Alcabala no cobrada
Enero	97	8837.6	13.28%	530.4
Febrero	162	7043.7	10.59%	427.66
Marzo	162	5361.4	8.06%	325.94
Abril	170	4490.2	6.75%	266.3
Mayo	153	3977.6	5.98%	241.96
Junio	108	4260.2	6.40%	254.34
Julio	83	5493.5	8.26%	330.7
Agosto	102	6055.8	9.10%	366
Septiembre	76	3956.5	5.95%	241.1
Octubre	117	6476.2	9.73%	388.76
Noviembre	81	4640.2	6.97%	278.6
Diciembre	101	5933.4	8.92%	356.6
Totales	1412	66526.3	100.00%	4008.36

Fuente: AGN, *Alcabalas*, vol. 442, exp. 2, fs. 296r-331r.

Si comparamos estos datos con los de otras regiones de la Nueva España en las que se han efectuado análisis a partir de una fuente semejante, encontramos grandes sorpresas nuevamente. Antonio Escobar Ohmstede analizó el caso de Huejutla y encontró que para el año de 1792 el *Cuaderno* registró 2494 introducciones, mientras

que el valor total de los bienes comercializados ascendió a 9 490, la alcabala no cobrada fue de 596 pesos (ESCOBAR OHMSTEDE, 2000: 110). Juan Carlos Garavaglia y Juan Carlos Grosso encontraron en una fuente semejante que en Tepeaca se registraron 4 148 introducciones realizadas por 1342 introductores, durante el año de 1792, pero no mencionan los montos totales de ventas (GARAVAGLIA Y GROSSO, 1994: 283). Rosalina Ríos Zúñiga, en su análisis sobre el caso de Zacatecas, compara sus datos a la luz de los de otras regiones y menciona que en Tepeaca el monto total de ventas registrado en el *Cuaderno* fue de 11,848 pesos, con 2383 introducciones realizadas por 743 individuos.¹² Margarita Menegus halló que en el *Cuaderno* de Toluca se registraron ventas totales por 46,021 pesos, 3 reales, efectuadas a través de 2529 introducciones, siendo que la alcabala no cobrada para ese año fue de 2761 pesos 1 real; cifra que al ser comparada con la alcabala de ese año corresponde al 8% del comercio regional (MENEGUS, 2000: 32). El caso de Zacatecas, analizado por Rosalina Ríos Zúñiga, indica que el monto total de ventas fue de 29,232 pesos 3 reales, con 346 operaciones, y una alcabala que no se cobró de 1759 pesos 4 reales (RÍOS, 2000: 134). Finalmente, en Zamora el ingreso fue de 36,673 pesos, con 1 350 transacciones. En ese caso la alcabala fue de 60,413 pesos, y la no cobrada ascendió a 18% (SILVA, 1994: 115, 116) (ver cuadro 2). A diferencia de estas regiones, el comercio en Ixmiquilpan estaba predominantemente dominado por la población indígena, pues correspondía al 57.88% de las transacciones comerciales registradas. Pero no sólo eso, el monto de ventas totales según el *Cuaderno* de Ixmiquilpan fue mucho superior a cualquiera de los casos antes mencionados. Estas cifras pueden resultar relativas, ya que las dimensiones de las distintas regiones citadas son diferentes, no obstante resultan significativas.

12 La autora cita a los propios Garavaglia y Grosso, sin embargo, estos autores no dan la información por ella mencionada y en algunos casos es distinta. Por ejemplo, no mencionan el monto total de las ventas, el número de introducciones no es de 2383 sino de 4148, de las cuales a 50 identificaron como españoles, 743 indios y 549 españoles y mestizos pobres; mientras que el número de introductores mencionado por los autores según el *Cuaderno* fue de 1342 (Ríos, 2000: 135).

Cuadro 2. Datos comparativos del comercio en cinco regiones del virreinato, 1792

Pueblo	Número de intro-ductores	Número de intro-ducciones	Ventas totales	Alcabala no cobrada	Porcentaje con respecto a la alcabala	Alcabala de 1792
Huejutla	---	2494	9490	596	---	---
Ixmiquilpan	661	1412	66526.3	4008.36	57.88%	6925
Tepeaca	1342	4148	¿11848?	11053.5	30.00%	36845
Toluca	---	2529	46021.3	2761.1	8.00%	34508
Zacatecas	---	346	29232.3	1759.4	3.32%	53015
Zamora	---	1350	36673	¿10874.34?	18.00%	60413

Para efectos metodológicos y expositivos, la información proporcionada por el *Cuaderno* de Ixmiquilpan la he agrupado en distintas categorías: ganado en pie, carnes y pieles; frutas y verduras; semillas; sal, chile y otros condimentos; fibras animales y vegetales; jarcia y textiles; abarrotes y varios. A continuación analizaremos cada uno de ellos.

Ganado en pie, carne y pieles

A la par que cobraba importancia la minería, los encomenderos y caciques indios introdujeron en la región la cría de ganado menor, y su crecimiento en los primeros 60 años después de la conquista fue acelerado, por lo que hacia finales del siglo xvi y principios de la centuria siguiente ya se consideraba como la principal actividad económica.¹³ En otra parte he analizado cómo luego de casi un siglo de constante y sistemático aumento de ganado menor (principalmente ovejas) en las jurisdicciones de Ixmiquilpan y Tula, se observa que hacia finales de la segunda mitad del siglo xvii la

13 Para un estudio del caso ver Melville (1994) y Ramírez (2010). En los fondos que resguarda el Archivo General de la Nación abundan las licencias para matar ganado menor en las jurisdicciones de Ixmiquilpan y Tula, principalmente en el periodo comprendido entre la primera mitad del siglo xvi y la primera del siglo siguiente.

ganadería vino en decadencia.¹⁴ Más la cría de ganado menor no quedó en el olvido, muestra de ello es que en los siglos xviii y principios del xix aún encontramos productos provenientes de ella en los mercados regionales. También algunos de los bienes que se expendían en esos mercados estaban ligados a la ganadería, ya sea porque provinieran de ella o que sirvieran a tal actividad. En ese caso estaban los textiles de lana, las pieles y la jarcia, utilizados en la arriería y minería. A través de los padrones sabemos que para 1819 únicamente existían en Ixmiquilpan y sus pueblos sujetos 28,138 cabezas de ganado, entre las que se mencionan mulas de arria, vacas, bueyes, yeguas, caballos, borregos, chivos y cabras; para entonces ya no hay ninguna mención a la cría de cerdos. Las cabras y los borregos dominaban el panorama de la ganadería; de las primeras había 9765 y de las segundas rondaban las 15 720 cabezas. La hacienda de Ocotzá y El Cardonal, ambos al norte de la cabecera, figuran como los principales criadores de ganado mayor y menor.

De acuerdo con el *Cuaderno de Indios* en Ixmiquilpan, Actopan y Tetepango se comerciaban caballos, animales destinados a las matanzas como chivos, ovejas, cerdos, vacas, terneras o bien bueyes y toros. Las ovejas dominaban el comercio del ganado en pie, pues significaban el 73.15% del total de venta de ese rubro, le seguían los cerdos (8.44%), y los chivos (8.29%) (ver cuadro 3). Los meses de mayor venta se registraron en enero, abril y octubre. Había algunos, como las ovejas y los chivos, que se comerciaban durante todo el año y otros más bien de manera ocasional, como los toros, las terneras

14 Hasta el momento se ha analizado la importancia de la cría de ganado menor en la región oeste del actual estado de Hidalgo, hacia los siglos xvi y xvii, a partir del número de mercedes de estancias otorgadas para tal actividad por parte de la Corona, tanto a españoles como a indios. Desde la década de 1540 hasta la de 1630 se otorgaron alrededor de 65 estancias para ganado menor (cubrían un territorio aproximado de 5071 hectáreas 76 áreas 22 centiáreas 15 fracciones). Para el mismo periodo se dieron 80 mercedes de caballerías de tierra destinadas a la agricultura (cerca de 3423 hectáreas 162 áreas 48 centiáreas 80 fracciones). Hay que tomar con cuidado estos datos ya que no reflejan la totalidad de la realidad en lo que hace al número de mercedes otorgadas, el de los ganados, los dueños de los ganados y la superficie real que ocupaba ésta práctica productiva; estos documentos tampoco dan cuenta del número de ganado que realmente se explotaba en una estancia, solamente señalan que una estancia de ganado menor para españoles debía de poblarse con no menos de 2 mil cabezas de ganado, mientras que las de los indios con 500 o mil (RAMÍREZ, 2010).

o los caballos, que registran de una a tres introducciones en un año y en reducidas cantidades. En un año se llegaban a comerciar hasta 2052 ovejas y 433 chivos, en comparación con los caballos o las terneras que no sobrepasaban las tres cabezas. De manera que la importancia de los valores totales de venta anual del ganado en pie no necesariamente corresponden a las mayores cantidades de animales vendidos durante el mismo tiempo, es decir, había animales que aunque se introducían en menores cantidades durante el año su precio era mayor por lo que en términos monetarios significan un porcentaje considerable en el valor total de la venta. Los precios entre uno y otro animal variaban, los más económicos eran los chivos, pues una cabeza costaba siete reales; una oveja alcanzaba un valor promedio de 1 peso 4 reales, pero un caballo era una verdadera inversión al llegar a los 18 pesos con 4 reales.

Cuadro 3. Montos anuales de ganado en pie (1792)

Producto	Monto de venta en pesos		Cantidades		Número de introducciones
	Totales	Porcentajes de ventas anuales	Número de cabezas	Precio promedio por unidad	
Bueyes	203.1	4.88%	25	8.12	11
Caballos	55.4	1.33%	3	18.46	2
Cerdos	351.2	8.44%	105	3.34	16
Chivos	345.1	8.29%	433	0.76	29
Ovejas	3045.5	73.15%	2052	1.48	71
Terneras	4	0.10%	1	4	1
Toros	7.2	0.17%	2	3.6	2
Vacas	151.6	3.64%	19	7.97	7
Totales	4163.1	100%	2640		139

Fuente: AGN, *Alcabalas*, vol. 442, exp. 2, fs. 296r-331r.

También era posible adquirir en los mercados de la región carne fresca y chicharrón de chivo, manteca, sebo y quesos. Las ventas de carne del año 1792 ascendieron a 4462 pesos, una cantidad levemente superior a la del ganado en pie. El comercio del ganado llegaba a un punto máximo en el mes de agosto y abruptamente descendían en los meses subsecuentes hasta enero, momento en que nuevamente volvían a escalar. Los productos cárnicos, y algunos derivados del ganado, que más ingresos aportaban eran el chicharrón (50.65 %), los lomos de chivo (19.58%) y la manteca 9.45%). Además de carne proveniente del ganado menor, también se podía obtener en el mercado pescado y camarón, cuyas ventas más bien eran ocasionales (ver Cuadro 4). Pero ni la carne de pescado ni la proveniente del ganado se podía encontrar de manera constante a lo largo de todo el año, pues había largos periodos en que no se vendían sólo algunos de ellos, además de que la mayoría registra introducciones más bien ocasionales que van de una a cuatro veces durante todo el año; la carne de chivo, por ejemplo, no se introducía al comercio entre los meses de junio y septiembre; el pescado únicamente se vendía en febrero, abril y agosto; el camarón se comerciaba en agosto y octubre, siendo las ventas de chicharrón, manteca, queso y sebo las más regulares, a pesar de que tampoco se encontraban a lo largo de todo el año.

Lo más sobresaliente del comercio regional es que a través de él se puede detectar la permanencia de la ganadería, pero no sólo la destinada a la matanza o al beneficio del sebo, sino también encontramos el curtido de pieles. Varios pueblos sujetos a Ixmiquilpan se dedicaban a esa actividad. Posiblemente el hecho de que en los siglos xvi y xvii existieron grandes cantidades de ganado menor en la región facilitó el surgimiento de una actividad dirigida al curtido de pieles de ovejas y cabras para la obtención de gamuzas, así como el hilado y cardado de la lana, actividades que aún el día de hoy se continúan practicando en pueblos como El Cardonal.

Cuadro 4. Montos anuales de carne y chicharrón (1792)

Producto	Monto de venta en pesos		Cantidades		Número de introducciones
	Monto de venta	Porcentaje de ventas anuales	Cantidad	Unidad de medida	
Cabezas de matanza	284	6.36%	450	Docenas	3
Cabezas de chivo	237	5.31%	30	Cargas	2
Camarón	37.1	0.83%	14	Arrobas	3
Sebo	70.6	1.58%	21	Arrobas	4
Chicharrón de Chivo	2260.1	50.65%	578/98	Prensadas/Cargas	8
Lisa	6.2	0.14%	3	Arrobas	1
Lomos de chivo	873.6	19.58%	84/44	Gruesas/Docenas	11
Manteca	421.6	9.45%	29	Cargas	8
Pescado	33	0.74%	166	Arrobas	3
Piernas de chivo	6.2	0.14%	4/11	Cargas/Arrobas	1
Queso	232.6	5.21%	10	Docenas	8
Totales	4462	100%	27/75/3	Cargas/Arrobas/Tiros	52

Fuente: AGN, *Alcabalas*, vol. 442, exp. 2, fs. 296r-331r.

Cuadro 5. Montos anuales de pieles y sus manufacturas (1792)

Producto	Montos anuales en pesos		Cantidades		Número de introducciones
	Monto de venta	Porcentaje de ventas anuales	Cantidad	Unidad de medida	
Aparejos	9.3	0.37%	36	Unidades	1
Badanas	3.1	0.12%	12	Unidades	1
Calzones de gamuza	52.9	2.12%	45/100	Pares/Pantiles	4
Cinchas	258.4	10.35%	246/3	Unidades/Gruesas	42
Colgaduras de silla	16.6	0.67%	4	Unidades	1
Cordobanes	211.8	8.49%	156	Unidades	4
Cueros de venado	7.3	0.29%	7	Unidades	3
Frazadas	1004.7	40.26%	1160/18	Unidades/Fanegas	43
Gamuzas	132.5	5.31%	364	Unidades	10
Mangas	165.5	6.63%	105	Unidades	6
Sobrejalmas	337.1	13.51%	6576/1	Unidades/Fanegas	13
Suelas	36.5	1.46%	19	Unidades	4
Zapatos de vaqueta	160.1	10.43%	1001/4	Pares/Cargas	23
Totales	2495.8	100%			155

Fuente: AGN, *Alcabalas*, vol. 442, exp. 2, fs. 296r-331r.

En el rubro de las pieles curtidas y sus manufacturas, en el *Cuaderno de Indios* encontramos gamuzas, calzones de gamuza, sobrejalmas, mangas, cordobanes, cueros de venado, badanas, suelas y zapatos de vaqueta. Estos bienes entraban al mercado ya fuera siendo contados por piezas, docenas, pares o gruesas. Los más significativos, por la frecuencia y cantidades de venta anuales, eran las frazadas (40.26%), sobrenjalmas (13.51 %), cinchas (10.35%), cordobanes (8.49%) y mangas (6.63%) (ver cuadro 5).

El rubro de las pieles es un caso semejante al del ganado, porque había productos que, aunque se comerciaban en menores cantidades y contadas veces durante el año, alcanzaban mayores ventas totales que los productos que se vendían en mayores cantidades. Por ejemplo, tan sólo se vendieron 156 unidades de cordobanes en el año de 1792, sin embargo, la suma del monto total del producto ascendió a 211.8 pesos; mientras que ese mismo año se vendieron 364 gamuzas, pero dado que su valor por unidad era inferior, el valor total computó únicamente 132.5 pesos. De este rubro dos productos se introducían al comercio durante todos los meses del año: las frazadas y las cinchas, ambas íntimamente relacionadas con la arriería; otros bienes, como las gamuzas y las sobrenjalmas, se vendían de manera regular. En cambio, había mercancías que se encontraban de manera ocasional, como los cueros de venado, cordobanes, badanas y suelas. En términos generales, las pieles y productos manufacturados con ellas, registraban mayores ventas en los meses de enero a marzo siendo que el resto del año presentaba leves fluctuaciones.

A través del análisis de distintos padrones de principios del siglo xix se encuentra que los pueblos dedicados al curtido de pieles o a la engorda de ganado menor eran lugares donde los cultivos eran más bien reducidos, principalmente de temporal, y en los que la ocupación más importante, junto a la ganadería y arriería, era la producción de jarca. Los indios de los pueblos ubicados al norte de Ixmiquilpan se distinguían por ser curtidores de pieles y productores de gamuzas. En pueblos como El Cardonal, San Miguel Jonacapa, El Santuario del Santo Cristo de Mapeté, San Agustín, Nuestra Señora de los Remedios y Espíritu Santo Palma Gorda hallamos la presencia de curtidores de pieles, pero su número es reducido, pues no sobrepasaba los diez individuos, en algunos casos sólo una persona se dedicaba a esa actividad. En cambio, Orizaba es el

pueblo que más número de curtidores tenía, contándose 72 personas en esa actividad. Ahí, el curtido era la segunda actividad más importante después de la producción de jarcia.¹⁵ Sumados los curtidores de esos siete pueblos tenemos un total de 103. En todos ellos el tallado y tejido de la lechuguilla, la producción de pulque y la arriería acompañaban al curtido de pieles, mientras que la agricultura era más bien recurrida. La excepción la constituían los pueblos de San Agustín y Orizaba. En el primero sus habitantes no sólo contaban con un elevado número de jarcieros (187) sino también de hortelanos (141); en el segundo la jarciería, la curtiduría y la elaboración de guitarras ocupaban los primeros lugares. Más a pesar de que Orizaba era uno de los principales productores de gamuzas, no figura en los padrones entre los principales criadores de cabras de donde se obtenían las pieles. En ese aspecto sobresalían El Cardonal y Ocotzá, ambos muy cercanos a aquel pueblo.¹⁶

Los cueros de chivos y ovejas los vendían en el “tianguis” del pueblo o bien en las carnicerías de la jurisdicción donde además se expendía carne fresca de vaca, de carnero, cueros de res, saleas de borrego y carneros en pie.¹⁷ No obstante la señalada relación entre cría de ganado y curtido de pieles, no en todos los pueblos de la región donde se contaba con ganado menor desarrolló el curtido de pieles.

Frutas y verduras

El rubro de frutas y verduras significaba el 2.59% del monto total de venta de todas las categorías para el año de 1792. Las frutas entraban al mercado ya fuera en cargas, arrobas o docenas; las sandías y los melones, cuya venta era reducida, se contaban por

15 “Padrón de El Cardonal”, 22 de marzo de 1819, CDBMNAH, Rollo 11, 2 fs.

16 “Padrón del Mineral de El Cardonal”, 1819; “Padrón del pueblo de Orizaba”, 1819; “Padrón del pueblo de Nuestra Señora de los Remedios”, 1819; “Padrón del pueblo de San Miguel Jonacapa”, 1819; “Padrón del Santuario Mapeté”, 1819; “Padrón del pueblo del Espíritu Santo de la Palma Gorda”, 1819; “Padrón del pueblo de San Agustín”, 1819, CDBMNAH, *Serie Hidalgo*, Rollo 11.

17 “Orden para que el Alcalde Mayor de Ixmiquilpan informe en un plazo de tres días sobre la petición de los gobernadores y república de indios de los pueblos de Ixmiquilpan y Tlazintla”, 1772, AGN, *Indios*, vol. 63, exp. 165, fs. 162v-163r; “Se aprueba el remate del abasto de carnes a don Antonio Cortés por cinco años”, 1734, AGN, *Indios*, vol. 54, exp. 9, fs. 6r-9v.

docenas. Lo mismo pasaba con las uvas, pues sus comerciantes solamente llevaban unas cuantas arrobas y raras veces las encontramos por cargas. El resto de las frutas se contaban en cargas, tales son los casos de las manzanas, guayabas, zapotes, plátanos, peras, duraznos, granada, piñas, membrillos y chirimoyas. El consumo y comercio de frutas necesariamente dependía del ciclo anual de cosecha, por ejemplo, las frutas que con mayor frecuencia llegaban al mercado eran los plátanos, los aguacates, y en menor medida las manzanas y los duraznos. La manzana únicamente se vendía en los meses de enero, febrero y de octubre a diciembre. Mientras que los plátanos se expendían a lo largo de todo el año. El resto de las frutas se comercializaban entre junio y septiembre, que es el periodo en que se cosechan (ver cuadro 6).

En un medio tan árido como el de la región, en donde las lluvias son poco frecuentes, resulta llamativo saber de la producción de frutas, hortalizas y verduras, cuyo éxito dependió esencialmente de la presencia de sistemas de riego localizados en torno a los ríos Tula y el Salado. Las tierras más fértiles de la región estaban en los pueblos de Tlazintla, la Sabana, Orizaba y el propio Ixmiquilpan, gracias a que contaban con sistemas de irrigación. En Ixmiquilpan y sus barrios el riego se realizaba mediante zanjas que conducían el agua del río Tula a las sementeras de los indios, en ese caso estaban los barrios de El Maye y el Fithzi. En Orizaba el riego también se hacía por medio de sangrías a los arroyos cercanos o por a través de jagüeyes, como en El Alberto.¹⁸

18 “Despacho expedido a los naturales del pueblo de Tlazintla y La Sabana para que se notifique a los dependientes de la hacienda de don Javier Paulín dejen libremente usar a dichos naturales del agua, monte y demás”, 1778, AGN, *Indios*, vol. 65, exp. 388, f. 316v; “Queja presentada por don Juan Martín Gabrieles, vecino del pueblo de Tlazintla, contra la presa que pretende hacer el capitán Antonio Paulín en el cerro Bagandó”, 1810, AGN, *Tierras*, vol. 2870, exp. 11, fs. 2r-3r; “Autos promovidos por Agustín Miguel, Calixto Mendoza y demás naturales del pueblo de Ixmiquilpan sobre que se les confirme la distribución de las aguas de la acequia que limpiaron”, 1765, AGN, *Tierras*, vol. 2127, exp. 7, fs. 2v, 8r-9v; “Francisco Meléndez dueño de las minas llamadas La Santísima y San José en el paraje llamado La Pechuga, de esta jurisdicción, por el aprovechamiento de aguas”, 1779-1799, AGN, *Tierras*, vol. 2150, exp. 1, fs. 4r, y 4v; “Pleito entre Juan de la Cruz y los vecinos del barrio de Taxgüadá sobre el uso de un jagüey”, 1797-1800, AGN, *Tierras*, vol. 2891, exp. 3, fs. 1v y 7r.

Cuadro 6. Montos anuales de la venta de frutas y verduras (1792)

Producto	Montos totales en pesos		Cantidades		Número de Introducciones
	Totales	Porcentajes de ventas anuales	Cantidad	Unidad de medida	
Aguacate	47.9	2.78%	47	Cargas	4
Calabaza	24.9	1.45%	32	Cargas	2
Camote	50.2	2.92%	63	Cargas	4
Caña	302.1	17.55%	358.5	Cargas	25
Chirimoya	28.1	1.63%	32	Cargas	4
Durazno	222.5	12.93%	173	Cargas	8
Granada	9.4	0.55%	12	Cargas	1
Guayaba	6.3	0.37%	6	Cargas	1
Manzana	66.8	3.88%	73	Cargas	8
Melón	3	0.17%	24	Unidades	1
Membrillo	6.2	0.36%	6	Cargas	1
Papa	28.8	1.67%	7.5/4	Cargas/Fanegas	4
Pera	47.4	2.75%	42	Cargas	2
Piña	6	0.35%	4	Cargas	1
Plátano	283.9	16.49%	340	Cargas	32
Sandia	4.1	0.24%	24	Unidades	1
Tomate	504.8	29.32%	201.5/167	Cargas/Fanegas	45
Uva	54.8	3.18%	31/6	Cargas/Arrobas	5
Zapote	24.2	1.41%	21/1	Cargas/Tercio	6
Totales	1721.4	100%			155

Fuente: AGN, *Alcabalas*, vol. 442, exp. 2, fs. 296r-331r.

En pueblos de la jurisdicción de Ixmiquilpan y Tetepango el cultivo de árboles frutales se observa ya desde las primeras décadas del siglo xvi. En la *Suma de Visitas* (PASO Y TRONCOSO, 1905, I: 21, 120, 126) y posteriormente en las *Relaciones Geográficas del siglo xvi* (ACUÑA, 1986, III: 35) se mencionó la abundancia de huertos de higos y duraznos, mismos que continuaron plantándose y beneficiándose en el siglo xvii (VILLA-SEÑOR, 1951-1952: 145-147). En Ixmiquilpan se cultivaban árboles frutales en huertos inmediatos al río Tula.¹⁹ En los pueblos de El Alberto y Chilcuautila, también se lograban algunas frutas y hortalizas gracias a su cercanía con el río Tula; lo mismo sucedía al norte de Ixmiquilpan, en pueblos como Orizaba, Palma Gorda, Capula y la hacienda Debodé (VILLA-SEÑOR, 1951-1952: 151-153). Las *Relaciones Geográficas* del siglo xviii señalan que en Ixmiquilpan se cultivaban duraznos, membrillos, albaricoques, higos y uvas (SOLANO, 1988, I: 68). *La Razón Estadística de la Municipalidad de Yxmiquilpan* registra con mayor detalle la variedad de frutas que se producían en la región, algunas de ellas son originarias de Mesoamérica como los capulines, garambullos, tunas, chilacayotes, chayotes, calabazas, chirimoyas, zapotes y camotes; mientras que otras llegaron al tiempo de la conquista como duraznos, higos, peras, manzanas, granadas, moras, albaricoques, membrillos, uvas, plátanos, melones y sandías.²⁰

Semillas

Las semillas que se registraron en el *Cuaderno de Indios* fueron el frijol, habas, garbanzo, cacahuete, lenteja, alverjón, piñón y arroz; todas ellas, salvo el arroz, se cultivaban o recolectaban en la región. Las más sobresalientes por las cantidades que llegaban al mercado eran el frijol, el cacahuete y el piñón. Sin embargo, y a diferencia del frijol que se vendía durante todo el año, el piñón únicamente se introdujo en el mes de agosto. El cacahuete se registró gran parte del año, salvo en los meses de agosto y noviembre. El resto de las semillas presentan ventas más bien ocasionales. En conjunto, los meses de mayor comercialización de semillas eran febrero, marzo, junio, agosto y septiembre; en enero, abril y mayo decaían notoriamente las ventas (ver cuadro 7).

19 "Padrón de la jurisdicción... (1791)", AGN, *Padrones*, vol. 2, fs. 2v.

20 "Razón estadística...", 1826, CDBMNAH, Serie Hidalgo, Rollo 11.

Cuadro 7. Montos anuales de semillas (1792)

Producto	Montos anuales en pesos		Cantidades		No. de introducciones
	Totales	Porcentajes de ventas anuales	Cantidad	Unidad de medida	
Alverjón	8.5	0.22%	8	Fanegas	1
Arroz	12.4	0.33%	4	Arrobas	1
Cacahuete	558.1	14.64%	212/116	Cargas/Fanegas	15
Frijol	3064	80.39%	431/1080/5	Fanegas/Cargas	61
Garbanzo	37.6	0.99%	4.5/2	Cargas/Fanegas	2
Haba	112.4	2.95%	24.5/16	Cargas/Fanegas	4
Lenteja	6.2	0.16%	3	Fanegas	1
Piñón	12	0.31%	4	Cargas	1
Totales	3811.2	100%			86

Fuente: AGN, *Alcabalas*, vol. 442, exp. 2, fs. 296r-331r.

Cuadro 8. Montos anuales de sal (1792)

Producto	Montos anuales en pesos		Cantidades		Número de introducciones
	Totales	Porcentajes de ventas anuales	Cantidad	Unidad de medida	
Sal	1975.6	75.84%	186.5	Cargas	22
Sal de colima	60	21.85%	5	Cargas	1
Sal mexicana	569.2	2.3%	197.5	Fanegas	16
Totales	2604.8	100%			39

Fuente: AGN, *Alcabalas*, vol. 442, exp. 2, fs. 296r-331r.

Dadas las características fiscales y de comercialización ni el trigo ni el maíz aparecen el *Cuaderno de Indios*, sin embargo sabemos que se cultivaban en la región. Los principales productores de frijol, trigo y maíz eran los pueblos sujetos a Actopan, y tres sujetos a Tetepango-Hueypuchtla (Axacuba, Atitalaquia y Mixquiahuala) (VILLA-SEÑOR, 1951-1952: 145-147; ROMERO Y ECHENIQUE, 1994: 92-93; SOLANO, 1988, I: 92). En Ixmiquilpan el trigo se cultivó sobre todo en el primer siglo del virreinato (SOLANO, 1988, I: 67-126) y volvió a cobrar importancia hacia la segunda mitad del siglo XVIII. La *Razón Estadística de la Municipalidad de Yxmiquilpan* proporciona información más puntual acerca del cultivo de semillas, aunque los datos se constriñen únicamente a ese pueblo y sus sujetos. En las haciendas de Debodé, Deminyó se cultivaba maíz, cebada, trigo, frijol. En los ranchos de Santa Buenavista, La Viña, Estanzuela, Bondo, La Sabina y Media Luna se calculaba una producción de 30 fanegas de maíz de riego, 50 de frijol, 40 de trigo, 30 de cebada, 10 de alverjón, haba y lenteja.²¹

Sal, chile y otros condimentos

El *Cuaderno de Indios* asienta tres tipos de sal, de acuerdo con su lugar de procedencia: sal mexicana, sal de Colima y únicamente sal. Esta última se expendía casi todo el año, la sal mexicana únicamente durante seis meses, mientras que las ventas de la sal de Colima eran más bien ocasionales, ya que se vendía alrededor del mes de noviembre. En relación con los montos totales de venta anual de este rubro, la más importante era la que únicamente aparece como sal, significaba el 75.84% del total; la sal mexicana era el 21.85% y la sal de Colima apenas alcanzaba ventas por un 2.3%. En el mercado se podía encontrar sal de manera regular durante todo el año, pero en meses como marzo, mayo, junio y noviembre, las ventas caían sustancialmente (ver cuadro 8).

Al igual que la sal encontramos cuatro tipos de chiles: pinto, bueno, verde y pasilla. Los más importantes eran el chile pinto (29.02%) y el bueno (61.57%), no sólo porque se vendía en cantidades importantes durante todo el año, sino porque registraron ventas mayores que otros chiles o condimentos. Mientras que el chile pasilla (1.16%) registra más bien ventas ocasionales (ver cuadro 9).

21 “Razón estadística...”, 1826, CDBMNAH, *Serie Hidalgo*, Rollo 11.

Cuadro 9. Montos anuales de chiles y condimentos (1792)

Producto	Montos anuales en pesos		Cantidades		Número de introducciones
	Totales	Porcentajes de ventas anuales	Cantidad	Unidad de medida	
Chile bueno	2888.9	61.57%	1015	Arrobas	19
Chile pasilla	54.2	1.16%	19	Arrobas	2
Chile pinto	1361.7	29.02%	770	Arrobas	21
Chile verde	212.5	4.53%	61/83.5/7/1	Cargas/Fanegas/Tercios/Quintal	14
Cominos	175	3.73%	15	Cargas	1
Totales	4692.3	100%			57

Fuente: AGN, *Alcabalas*, vol. 442, exp. 2, fs. 296r-331r.

Fibras animales y vegetales

Otro rubro de gran importancia en el *Cuaderno de Indios* es el de fibras animales y vegetales, ya sea algodón, ixtle, lechuguilla, lana y palmitos, así como una actividad encaminada a su beneficio en la elaboración de mantas, sabanillas, medias de algodón, calcetas, rebozos, quesquemtl; por otro lado estaría la jarcia ampliamente utilizada en los trabajos de minería y la ganadería o de uso personal, como petates y sombreros. La fibra más importante era el algodón, alcanzando montos de venta anuales muy superiores incluso a los de la lechuguilla. El algodón cubría el 45.71% del comercio de fibras, mientras que la lechuguilla tan sólo el 30.73%, pero junto con el ixtle (21.68%) ya puede ser considerada una fibra altamente significativa en los intercambios regionales. El algodón y la lechuguilla se vendían durante todo el año, no así las otras fibras. Los meses de mayor venta eran febrero y octubre.

El cardado de la lana era una actividad principalmente realizada por hombres, mientras que el hilado y el tejido lo efectuaban las mujeres tanto indígenas como españolas. El hilado y tejido de algodón y lana eran actividades más localizadas en la cabecera de Ixmiquilpan y Actopan, mientras que el cardado de lana junto con el

curtido de pieles se registra con mayor frecuencia en los pueblos cercanos al real de El Cardonal. La *Razón Estadística* refiere que en Ixmiquilpan existían 150 telares en donde se fabricaban mangas, frazadas, rebozos, ceñidores, quesquemets, cortes de nagua, en los que se invertía anualmente alrededor de mil arrobas de lana provenientes de las cercanas haciendas de Tlahuelilpan, La Concepción y Temoaya—en la jurisdicción de Tetepango-Hueypuchtla—o la traían de Huejutla y Molango.²²

Cuadro 10. Montos mensuales y anuales de fibras animales y vegetales (1792)

Producto	Montos anuales en pesos		Cantidades		Número de introducciones
	Totales	Porcentajes de ventas anuales	Cantidad	Unidad de medida	
Algodón	4344.8	45.75%	1542	Arrobas	41
Ixtle	2058.8	21.68%	1998.8	Atados	30
Lana	71.7	0.76%	20	Arrobas	4
Lechuguilla	2918	30.73%	29003	Atados	42
Palmitos	102.6	1.08%	293	Docenas	11
Totales	9495.9	100%			128

Fuente: AGN, *Alcabalas*, vol. 442, exp. 2, fs. 296r-331r.

Jarcia y textiles

Luego de los abarrotes, que comprendían alrededor del 17.07% del total de la venta anual de los distintos rubros, en términos monetarios la jarcia era el producto que más aportaba al ingreso del comercio indio, pues su valor ascendía al 16.25% del monto total, seguida de las fibras (14.27%) y los textiles (12.73%). Sin embargo, estas cifras son muy relativas ya que no reflejan situaciones en las que un bien fuera vendido en grandes cantidades, pero que por su bajo costo sus ingresos resultaron menores; o

22 “Razón estadística...”, 1826, CDBMNAH, *Serie Hidalgo*, Rollo 11.

casos de otras mercancías que se vendían ocasionalmente, o en menores cantidades, pero que por sus altos costos sumaban un ingreso mayor. La jarciería incluía distintos productos, algunos de ellos ligados al trabajo agrícola o a la arriería y otros más bien eran de uso doméstico. En este rubro hemos introducido ocho beneficios: costales, lazos, reatas, ayates, sombreros, petates, mantas de ixtle y mantas de lechuguilla; de los cuales los más importantes eran los costales, cuyo monto total anual era de 4513 pesos 6 reales, en comparación con los lazos y las reatas que alcanzaban cifras de 2558 pesos 7 reales y 2525 pesos 9 reales, respectivamente. La gran mayoría de la jarcía se vendía durante todo el año, exceptuando los petates y las mantas de lechuguilla, cuyas ventas eran ocasionales (ver cuadro 11).

Cuadro 11. Montos mensuales y anuales de jarcía (1792)

Producto	Montos anuales en pesos		Cantidades		Número de introducciones
	Totales	% de ventas anuales	Cantidad	Unidad de medida	
Ayates	233.9	2.16%	1843	Unidades	13
Costales	4513.6	41.75%	8915.5	Cargas	56
Lazo	2558.7	23.67%	9302	Docenas	61
Mantas de ixtle	209.7	1.94%	555/49.5	Piezas/Cargas	13
Mantas de lechuguilla	6	0.06%	23	Unidades	1
Petates	69.2	0.64%	20/17	Docenas/Cargas	5
Reata	2525.9	23.37%	2398/34.5/140	Docenas/Cargas /Unidades	41
Sombreros	693.1	6.41%	1174 24	Unidades Fanegas	30
Totales	10810.1	100%			

Fuente: AGN, *Alcabalas*, vol. 442, exp. 2, fs. 296r-331r.

Desde los primeros años del virreinato las jurisdicciones de Ixmiquilpan y Actopan se caracterizaron por la fabricación de jarcia, cuyo consumo estaba ligado a la ganadería y la minería (VILLA-SEÑOR, 1951-1952: 192). A mediados del siglo XVIII el subdelegado de Ixmiquilpan indicaba que el principal comercio de los indios era la jarcia, es decir, los tejidos elaborados a base de lechuguilla o ixtle con los que se elaboraban lazos, reatas, costales ya fuera para guardar maíz o metales y mantas para los hatos de ganado. Estos productos eran elaborados por los indios a través del sistema de repartimiento, ampliamente socorrido por los vecinos del lugar.²³ En la *Razón estadística* se indica que la jarcia producida en el pueblo era vendida en Actopan, México, Puebla y en la propia cabecera de la jurisdicción. Si bien un número considerable de personas son registradas en los padrones como talladores y tejedores de ixtle y lechuguilla, para entonces se decía que su comercio ya no era tan importante como tiempo atrás, sus ganancias se habían disminuido a una octava parte, es decir, 2 mil pesos. Hacia 1819 la elaboración de tejidos con fibras vegetales no era actividad exclusiva de los indios del pueblo cabecera de Ixmiquilpan, pues casi todos los de la región se dedicaban en mayor o menor medida al tallado y tejido de lechuguilla e ixtle. Sin embargo, los pueblos de Ixmiquilpan, Chilcuautila, San Juan Bautista, El Alberto, Nequetejé, Orizaba, El Cardonal, Palma Gorda y San Agustín se distinguían como tejedores de ixtle y carrizos. Había pueblos en los que la única actividad económica era el tallado y tejido de esas fibras, como San Juan Bautista y Nequetejé (SOLANO, 1988, I: 67-126 y VILLA-SEÑOR, 1951-1952: 151-153).²⁴

En los textiles he incluido cedazos, sabanillas, medias de algodón, calcetas, rebozos y quesquemets. También en este rubro he introducido las mantas, que supongo podían ser de algodón, la fuente no lo menciona, pero sí distingue entre las que estaban hechas

23 AGN, *Subdelegados*, vol. 34, exp. 45, fs. 304r-305r.

24 "Padrón de la jurisdicción de Ixmiquilpan", 1791, AGN, *Padrones*, vol. 2, fs. 2r-3v; "Padrón del Mineral del Cardonal", 1819; "Padrón del pueblo de Chilcuautila", 1819; "Padrón de Santa Cruz Nequetejé", 1819; "Padrón del pueblo de Orizaba", 1819; "Padrón de los Remedios", 1845; "Padrón del pueblo de San Juan Bautista", 1845; "Padrón del pueblo de Santa Cruz Alberto", 189; "Padrón del pueblo del Espíritu Santo de la Palma Gorda", 1819; "Padrón del pueblo de San Agustín", 1819 CDBMNAH, *Serie Hidalgo*, Rollo 10; "Razón estadística...", 1826, CDBMNAH, *Serie Hidalgo*, Rollo 11.

de lechuguilla y las que eran de ixtle. Salvo las mantas y los sombreros, estos no eran productos que se vendiesen en grandes cantidades o durante todo el año, pero sus altos costos hacen de este rubro uno de los más importantes del comercio. Pero sobre todo, alcanzaron esta importancia por las grandes cantidades y montos de comercialización de las mantas, pues ellas solas cubrían el 96.24% de este rubro. El resto de los productos alcanzan porcentajes mínimos, además de que presentan ventas meramente ocasionales a lo largo del año (ver cuadro 12).

Cuadro 12. Montos mensuales y anuales de textiles (1792)

Producto	Montos anuales en pesos		Cantidades		Número de introducciones
	Totales	% de ventas anuales	Cantidad	Unidad de medida	
Calcetas	6.2	0.07%	25	Pares	2
Cedazos	3.1	0.04%	5	Docenas	1
Mantas	8151.4	96.24%	1071/20	Piezas/Cargas	71
Medias de algodón	6.2	0.07%	25	Pares	1
Quesquemetls	33.9	0.40%	46	Unidades	6
Rebozos	103.6	1.22%	29	Unidades	4
Sabanillas	165.2	1.95%	14/13	Piezas/Cortes	6
Totales	8469.6	100%			

Fuente: AGN, *Alcabalas*, vol. 442, exp. 2, fs. 296r-331r.

Abarrotes y varios

Los abarros fueron la categoría que registró montos anuales de venta mucho mayores que las otras, fundamentalmente por la presencia del pilón; sus ventas ascendían a 11357 pesos 1 real, es decir, eran el 17.07% del comercio registrado en el *Cuaderno* para el año de 1792. En los abarros hemos colocado al pilón, la harina y el azúcar; de ellos sobresale el pilón que domina el 93.80% del comercio de esta categoría, y que se comercializaba durante todo el año a diferencia del azúcar que se vendía ocasionalmente y en pocas cantidades (ver cuadro 13).

Cuadro 13. Montos mensuales y anuales de abarros (1792)

Producto	Montos anuales en pesos		Cantidades		No. de introducciones
	Venta total	% de ventas anuales	Cantidades	Unidades de medida	
Azúcar	12.4	0.11%	4	Arrobas	1
Harina	692.3	6.10%	89/1	Cargas/Tercio	7
Pilón	10652.4	93.80%	1092.5	Cargas	58
Totales	11357.1	100%			

Fuente: AGN, *Alcabalas*, vol. 442, exp. 2, fs. 296r-331r.

En el rubro de varios he introducido una gran cantidad de productos como añil, tecomates, loza, tazas, garabatos de carga, jabón, velas, acocotes, jícaras, cobre, copal, pabilo, vigas, cera para bujía, cera, frenos y “apachitos” (¿?). Los productos más importantes de la categoría eran el jabón, la loza y los tecomates, el resto de los bienes cubre porcentajes inferiores, y solo durante algunos meses al año se introducían al comercio (ver cuadro 14).

Cuadro 14. Montos mensuales y anuales de varios (1792)

Producto	Montos anuales en pesos		Cantidades		Número de introducciones
	Ventas totales	Porcentaje	Cantidad	Unidades de medida	
Acocotes	21.3	0.87%	39	Docenas	4
Añil	153	6.26%	21/22	Libras/Tercios	6
Apaches	136.8	5.60%	399	Docenas	12
Cera para bujía	207.4	8.49%	34.5	Arrobas	3
Cera	60.5	2.48%	10	Arrobas	1
Cobre	6.2	0.25%	1	Arroba	1
Copal	160	6.55%	40/6	Arrobas/Cargas	1
Frenos	6.2	0.25%	6	Unidad	1
Garabatos	197.1	8.07%	485/3	Docenas/Cargas	8
Jabón	876.5	35.88%	243/19	Arrobas/Huacales	16
Jícaras	64.2	2.63%	82	Pantles	5
Loza	277.2	11.35%	36/21	Cargas/Huacales	5
Pabilo	8.3	0.34%	28	Libras	2
Tazas	3.2	0.13%	1	Gruesa	1
Tecomates	235.6	9.64%	408/36	Pantles/Docenas	11
Velas	17.1	0.70%	17	Unidades	2
Vigas	12.4	0.51%	50	Unidades	1
Totales	2443	100%			80

Fuentes: AGN, *Alcabalas*, vol. 442, exp. 2, fs. 296r-331r.

En el cuadro siguiente podemos observar que los rubros significativos del *Cuaderno de Indios*, de acuerdo al monto total de venta anual que registraron, fueron los abarrotes (17.07%), la jarcia (16.25%), fibras (14.27%) y textiles (12.73%). A la vez que los productos con montos menores fueron las frutas y verduras (2.59%), la sal (3.92%) y las pieles (3.75%). Pero si pensamos en términos de productos alimenticios, en actividades relacionadas con la explotación y transformación de fibras duras, y por otro lado en ganado en pie y pieles, las cifras se modifican. Entonces tenemos que el 43.25% del comercio era de fibras animales y vegetales e incluye los productos que con ellas se elaboraban como jarcia y textiles. Los bienes más sobresalientes eran el algodón, el ixtle, la lechuguilla, costales, lazos, reatas y mantas. El 43.8% del comercio registrado en el *Cuaderno* para el año de 1792 estaba integrado por productos alimenticios (abarrotes, carnes, chiles, sal, semillas, frutas y verduras). De entre ellos son de mayor importancia el frijol, el cacahuete, la sal, el tomate, caña, plátano, durazno, pilón, chicharrón de chivo, lomos de chivos, la manteca y el chile. Y únicamente el 6.26% correspondía al ganado en pie y a las pieles, aunque el ganado bien podría entrar también en productos alimenticios. Las ovejas eran los animales en pie con mayores ingresos, al igual que las frazadas y las sobrenjalmas. Finalmente estarían los varios con el 3.67%, encabezados por los garabatos de carga.

Pensando únicamente en la ganadería y los productos que de ella se derivan ya sea alimenticios o materias primas, y si a eso sumamos las manufacturas que con ellas se elaboran, entonces tenemos que la ganadería cubría el 16.69% del comercio registrado en el *Cuaderno*.

Cuadro 15. Montos anuales de todas las categorías (1792)

Meses	Ganado en pie	Frutas y verduras	Semillas	Sal	Chile y otros condimentos	Carnes y chicharrón	Pieles y manufacturas	Fibras animales Y vegetales	Textiles	Jarcia	Abarrotes	Varios	Totales	Porcentajes mensuales
Enero	495.6	201.6	126.2	318.6	505.1	1619.1	531.5	1010.6	1068.6	1459.7	1197	304	8837.6	13.28%
Febrero	326.3	184.8	364.9	324.2	606.5	376.5	287.3	1301.5	713.2	1068.9	1285.8	203.8	7043.7	10.59%
Marzo	233.1	162	372.3	50	386.2	55.8	271.7	785.3	775.4	1099.9	912.2	257.5	5361.4	8.06%
Abril	415.8	98.4	143.3	251.2	290.4	78	187.9	455.8	583.4	975.6	912.1	98.3	4490.2	6.75%
Mayo	286.4	64.6	227.7	69.4	194.1	52.9	113.5	462	639.2	823.6	815.3	228.9	3977.6	5.98%
Junio	331.1	134.9	287.7	162.4	178.2	113	161.4	677.5	337.4	676.1	980.9	219.6	4260.2	6.40%
Julio	332.4	102.4	586	282	317	114.4	213.6	1003.6	436	1119.3	974.4	12.4	5493.5	8.26%
Agosto	358.7	353.7	376.4	270	362	260.3	157.8	724.2	818.6	813.6	1096.4	464.1	6055.8	9.10%
Septiembre	256.4	152.6	362.9	275	279.7	60	99.3	578	969.3	547.6	336	39.7	3956.5	5.95%
Octubre	483.8	128	336.8	242.4	511.2	76.6	171.2	1244.3	779.5	1046.8	971.5	484.1	6476.2	9.73%
Noviembre	327.5	63.8	376	128.6	328.9	413.4	88.1	749.1	721.8	566.6	862	14.4	4640.2	6.97%
Diciembre	316	74.6	251	231	733	1242	212.5	504	627.2	612.4	1013.5	116.2	5933.4	8.92%
Totales por producto	4163.1	1721.4	3811.2	2604.8	4692.3	4462	2495.8	9495.9	8469.60	10810.1	11357.1	2443	66526.3	100%
Porcentaje	6.26%	2.59%	5.73%	3.92%	7.05%	6.71%	3.75%	14.27%	12.73%	16.25%	17.07%	3.67%	100%	

Fuente: AGN, *Alcabalas*, vol. 442, exp. 2, fs. 296r-331r.

Los comerciantes

El *Cuaderno de Indios* no proporciona más información de los vendedores que sus nombres y los productos que llevaban al mercado, no nos dice nada acerca de su lugar de origen, si efectivamente eran o no indios, si los productos que exhibían pertenecían a su producción o simplemente eran vendedores de mercancías. El *Cuaderno* registró un total de 661 vendedores que efectuaron 1412 operaciones durante el año de 1792. La gran mayoría de ellos participaron en el comercio un promedio de 2.1 veces al año. Solo 14 vendedores efectuaron más de diez introducciones; de ellos se distinguen seis por el número de veces que asistieron al mercado y el valor total de la mercancía que introdujeron y su relación con el peso total del comercio (ver cuadro 16). Como se puede observar en el cuadro siguiente todos ellos, salvo Miguel Vicente que se especializaba en la venta de mantas, comerciaban con distintas mercancías. En conjunto, los 14 vendedores citados aportaron el 15.53% del monto total registrado en el *Cuaderno*. Estos datos hay que tomarlos con la debida precaución, pues la muestra presentada incluye a aquellos que sobresalen por la constancia de su participación en el comercio, porque hay otros vendedores que durante un año asistieron una o dos veces al mercado y sus ingresos superan a varios de los individuos registrados en el cuadro 16. Tomemos un ejemplo, Juan Mariano se registró una vez en el *Cuaderno* vendiendo 15.5 cargas de reatas, pero obtuvo ingresos de 537.4 pesos. Sólo con su venta se cubrió un 0.80% del monto total. Y como él hay otros casos, sobre todo en el mes de enero donde encontramos 29 individuos que superaron los 100 pesos de ingresos, computando en total 6450.8 pesos, es decir, corresponden al 9.69% de los ingresos registrados en el *Cuaderno*.

Cuadro 16. Principales introductores en el *Cuaderno de Indios* (1792)

Vendedor	Número de introducciones	Monto de las introducciones	% con respecto al monto total del <i>Cuaderno</i>	Mercancías comerciadas
Antonio Martín	17	673.9	1.01%	Ayates, borregos, cacahuete. Chile bueno, costales, frijol, mantas, pilón, carneros, quesquemetl, tecomate.
Calixto García	13	1069	1.60%	Garabatos de carga, jabón, mangas, mantas, sombreros.
Felipe Santiago	18	1291	1.94%	Frazadas, frijol, mantas, sabanillas, sombreros, zapatos.
Francisco Juan	11	226.7	0.34%	Bueyes, carneros, ovejas, vacas.
José Antonio	23	535.3	0.80%	Aguacate, caña, carneros, chile verde, chivos, cinchas, costales, frazadas, lechuguilla, piloncillo, plátano, reatas, sobrenjalmás, tomate, zapote.
José Manuel	21	1077.6	1.61%	Algodón, borregos, calzones de gamuza, carneros, chile bueno, costales, frazadas, frijol, ixtle, mangas ordinarias, mantas, plátanos, reatas, sal, tecomate.
Juan Antonio	17	665.6	1%	Acocotes, caña, carneros, cinchas, costales, frijol, ixtle, pilón, sal mexicana, tomate, zapatos.

Juan Martín	12	147.6	0.22%	Borregos, carneros, costales, lazo, lechuguilla, mantas de ixtle, palmitos, reata, tomate, toro.
Juan Pérez	11	238.7	0.35%	Algodón, borregos, carneros, chivos, ovejas.
Manuel Onofre	20	861.8	1.29%	Borregos, carneros, chivos, cinchas, costales, ixtle, lazo, lechuguilla, palmitos, reata, tomate.
Manuel Salvador	23	692.9	1.04%	Borregos, bueyes, carneros, cerdos, chivos, cinchas, costales, durazno, frijol, lechuguilla, plátano.
Miguel Vicente	15	1912.1	2.87	Mantas
Pedro Martín	12	490.6	0.73%	Añil, apaches, camarón, caña, carneros, costales, guayabas, lazo, loza, mantas, sal.
Santiago Martín	15	451.3	0.67%	Ayates, carneros, chile pinto, chivos, costales, frijol, gamuzas, garabatos, lazo, lechuguilla, reatas, sal y uva.

Fuente: AGN, *Alcabalas*, vol. 442, exp. 2, fs. 296r-331r.

Otros circuitos comerciales

Si bien los comerciantes indios eran importantes en la región, también cabe hacer mención de otros aspectos al respecto de la circulación de bienes. Encontramos la venta de productos en tiendas o pulperías, de trajinantes que andaban por los pueblos y de casa en casa vendiendo sus mercaderías, el llamado repartimiento y los regatones.

En 1786 se empadronaron en Ixmiquilpan siete tiendas, en El Cardonal tres y en Chilcuautila dos. Y sabemos que a principios del siglo XIX había ahí una importante variedad de establecimientos mercantiles: 26 obrajes de lana, dos plateros, un talabartero, una curtiduría, tres carpinterías, 24 burrerías, dos barberías, una botica, una herrería, dos bodegas, además de seis tiendas de españoles y dos de mestizos; y en este pueblo, como en el de Chilcuautila, existían mesones que atendían a los viandantes y trajinantes.²⁵ En las tiendas se podía comprar pan “floreado” y semitas elaboradas por el propio tendero, jabón de Puebla, sebo, manteca, jamón, azúcar, cacao, chocolate, camarón, maíz, especias, sal de Tehuacán y de Colima, colación, miel de Campeche, vino, vinagre, tocino de Toluca, queso de cabra, arroz, lentejas, garbanzos, robalo seco, velas de sebo, ropa de Castilla, de la China y de la Tierra.²⁶ Según la *Razón Estadística*, llegaban a comerciarse a Ixmiquilpan productos como maíz, harina, arroz, garbanzo, frijol, carne, azúcar, piloncillo, sal, aguardiente, vino, queso, mantas, cordobanes, sarapes, botas, suelas, timbres, zapatos, sebo, jabón, chocolate, aceite, papel, sedas, listones, petates, loza de Chapantongo y mercería. Algunas otras cosas sólo se vendían en ciertas temporadas como mulas, burros, loza, vidrio de Puebla y carne de chivo. Hacia el exterior, la región comerciaba con jarcia, pieles, tejidos, fruta, verduras y lana. Los de Actopan y la zona serrana iban a Ixmiquilpan a comprar jarcia; los tejidos de lana se llevaban a vender a la ciudad de México, Actopan, El Cardonal, Alfajayucan y Zimapán; a la vez que otros productos se expendían en el tianguis semanal.²⁷

25 “Superior orden para que se empadronen las tiendas”, 1786 y “Padrón de establecimientos industriales y giros comerciales de Yxmiquilpan”, 1814 CDBMNAH, *Serie Hidalgo*, Rollo 11.

26 “Don Juan José Valverde informa a los comerciantes de la jurisdicción se sujeten en las ventas que hagan en sus tiendas a los precios señalados”, 1808 AGEH, Fondo: Tula, Sección: Gobierno, Serie: Hacienda y Tesorería, caja 1, exp. 13.

27 “Razón estadística...”, 1826, CDBMNAH, *Serie Hidalgo*, Rollo 11.

El transporte de bienes hacia los mercados se hacía en mulas y burros. La arriería era una actividad importante en los pueblos de Chilcuautla y El Cardonal, seguramente porque guardaban una estratégica localización en la ruta de las recuas de comerciantes, de mineros que transportaban metal (SOLANO, 1988, I: 68). Además de los pueblos arriba mencionados, también otros se dedicaban a la arriería, aunque en menor medida, como El Alberto, Nequetejé, Tepé y Espíritu Santo; en ellos el acarreo de metales a las cercanas haciendas de beneficio era más bien una actividad complementaria o, como en San Agustín, donde los arrieros transportaban productos agrícolas al tianguis de Ixmiquilpan.²⁸ Las principales rutas que cubrían los arrieros de Ixmiquilpan eran hacia la ciudad de México, Puebla, Querétaro, Molango, Mineral del Chico, Meztlán, Zimapán, Jacala, Actopan, Pachuca, San Pedro, El Cardonal, Alfajayucan, Tasquillo, La Pechuga; siendo las más costosas las que iban hacia el Mineral del Chico, Jacala y Pachuca. Los costos del transporte se tasaban tomando en cuenta el peso, ya fuera en cargas o arrobas—dependiendo del producto—, y la distancia de transportación o las jornadas de viaje. De tal manera que alimentos como maíz, frijol, cebada, trigo, lenteja, haba, alverjón y garbanzo se medían por cargas de a dos fanegas de 48 cuartillos cada una. Una carga de piloncillo, por ejemplo, se componía de 320 pilones. Una mula podía cargar según su “clase” y las características del camino a transitar, soportaba alrededor de una carga y un burro la mitad.²⁹

Consideraciones finales

A pesar de nuestras limitaciones en la materia, el comercio es una ventana que permite conocer lo que se consume y produce en una región determinada, además de que es un indicador que detecta los ciclos anuales a que están sujetos la producción y el consumo. El estudio de largo plazo de los tianguis indígenas nos podría dar elementos para documentar sistemáticamente los cambios dietéticos de la población como consecuencia de la puesta en práctica de nuevas actividades de fuerte impacto en las

28 “Razón estadística...”, 1826 y “Padrón del pueblo de San Agustín”, 1819 CDBMNAH, *Serie Hidalgo*, Rollo 11.

29 “Razón estadística...”, 1826, CDBMNAH, *Serie Hidalgo*, Rollo 11.

económicas regionales. La introducción de la ganadería en la región de Ixmiquilpan es uno de esos casos, y su persistencia y capacidad de transformar la alimentación de la población indígena nos habla de su importancia por muchas décadas. La cría de ganado menor no sólo impactó en el paisaje, en la relación de los pueblos de indios con el medioambiente y la creación de nuevas actividades económicas, también se reflejó en la adopción de hábitos alimenticios entre la población indígena; es a partir del estudio del comercio que se realizaba en Ixmiquilpan y de la producción local como podemos observar de cerca el papel relevante de nuevas actividades económicas en la adquisición de costumbres dietéticas.

Ixmiquilpan era, y sigue siendo, un lugar de mercado central al que confluían los pueblos indios de los alrededores y la población de otras jurisdicciones, que asistían a él ya sea para vender, comprar o ambas cosas. Y como en cualquier lugar de mercado, también llegaban a él comerciantes para adquirir distintos productos que luego revendían en pueblos de otras jurisdicciones o centros urbanos.

Los bienes consumidos en el mercado dependían, en buena medida, del ciclo anual de producción que determina, hasta cierto punto, lo que se ha de cosechar en cada temporada; mas no hay que perder de vista que los consumos de distintos bienes también pueden variar a lo largo del año por factores culturales, tales como fiestas patronales, o agentes externos, como limitaciones políticas que muchas veces son los que pueden llegar a fijar qué se produce y qué se consume.

Aun habría que profundizar en distintos aspectos de la economía regional para tener un panorama más satisfactorio del comercio, de las actividades productivas, a la vez que de la intensa participación indígena en los intercambios comerciales. Esta es meramente una aproximación.

Abreviaturas

AGEH	Archivo General del Estado de Hidalgo.
AGN	Archivo General de la Nación.
AHPM	Archivo Histórico del Palacio de Minería.
CDBMNAH	Centro de Documentación de la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología e Historia.

Bibliografía

- ACUÑA, René, editor, 1986, *Relaciones geográficas del siglo XVI*. México, UNAM-Instituto de Investigaciones Antropológicas, (Colección Etnohistoria, Serie Antropología, 70), Tomo III.
- AYMARD, Maurice, 1994, "Autoconsumo y mercados: ¿Chayanov, Labrousse o Le Roy Ladurie?". En: GROSSO, Juan Carlos y SILVA RIQUER, Jorge, compiladores, *Mercados e Historia*. México, Instituto Dr. José María Luis Mora, (Antologías Universitarias), pp. 69-98.
- ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, 2000, "El comercio en las huastecas. Los indígenas y su participación, siglo XVIII". En: SILVA RIQUER, Jorge y ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, coordinadores, *Mercados indígenas en México, Chile y Argentina, siglos XVIII-XIX*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, pp. 87-115.
- ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio y FAGOAGA HERNÁNDEZ, Ricardo, 2005, "Indígenas y comercio en las huastecas. México, siglo XVIII", *Historia Mexicana*, vol. 218, núm. 4, pp. 33-416.
- GARAVAGLIA, Juan Carlos y GROSSO, Juan Carlos, 1987, *Las alcabalas novohispanas (1776-1821)*. México, Archivo General de la Nación, Banca CREMI.
- _____, 1994, "Comerciantes, hacendados y campesinos. Un mercado local en el valle poblano (Tepeaca, 1792)". En: GROSSO, Juan Carlos y Jorge SILVA RIQUER, compiladores, *Mercados e Historia*. México, Instituto Dr. José María Luis Mora, (Antologías Universitarias), pp. 252-318.
- _____, 1996, "Indios, campesinos y mercado. La región de Puebla a fines del siglo

- xviii", *Historia Mexicana*, vol. xvi, 2 (182), pp. 245-278.
- GERHARD, Peter, 2000, *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*. México, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México.
- GROSSO, Juan Carlos y SILVA RIQUER, Jorge, 1994, compiladores, *Mercados e Historia*. México, Instituto Dr. José María Luis Mora, (Antologías Universitarias).
- MELVILLE, Elionor, 1994, *A plague of sheep. Environmental consequences of the Conquest of Mexico*. Melbourne, Cambridge University Press, (Studies in Environment and History).
- MENEGUS, Margarita, 1994, "Economía y comunidades indígenas, la supresión del sistema de repartimiento de mercancías en la intendencia de México, 1786-1810". En: Grosso, Juan Carlos y SILVA RIQUER, Jorge, compiladores, *Mercados e Historia*. México, Instituto Dr. José María Luis Mora, (Antologías Universitarias), pp. 231-251.
- _____, 2000, "Mercados y tierras: el impacto de las reformas borbónicas en las comunidades indígenas". En: SILVA RIQUER, Jorge y Antonio ESCOBAR OHMSTEDE, coordinadores, *Mercados indígenas en México, Chile y Argentina, siglos XVIII-XIX*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, pp. 17-50.
- PASO Y TRONCOSO, Francisco del, 1905, *Papeles de la Nueva España. Geografía y Estadística Tomo I. Suma de visitas de los pueblos por orden alfabético*. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, Imprenta de la Casa Real.
- PASTOR, Rodolfo, 1985, "El repartimiento de mercancías y los alcaldes mayores novohispanos: un sistema de explotación, de sus orígenes a la crisis de 1810". En: BORAH, Woodrow, coordinador, *El gobierno provincial en la Nueva España*. México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, (Serie Historia Novohispana, 33), pp. 2219-258.
- RAMÍREZ CALVA, Verence Cipatli, 2010, *Caciques y Cacicazgos indígenas en la región de Tollan, siglos XIV-XVII*. Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán.
- _____, 2001, "Itzmiquilpan: un paisaje en construcción. Procesos de reconformación regional, siglos XVI-XVII", Tesis de maestría, Centro de Estudios Antropológicos-

- El Colegio de Michoacán, A.C., Zamora, Michoacán.
- RÍOS ZÚÑIGA, Rosalina, 2000, "Comercio indígena en Zacatecas a finales del siglo XVIII. Análisis de un documento (1792)". En: SILVA RIQUEL, Jorge y ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, coordinadores, *Mercados indígenas en México, Chile y Argentina, siglos XVIII-XIX*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, pp. 116-147.
- ROMERO NAVARRETE, Lourdes M. y ECHENIQUE MARCH, Felipe I., 1994, *Relaciones geográficas de 1791*. México. INAH (Colección Científica, 295).
- SILVA RIQUEL, Jorge, 2003, *Los mercados regionales de México en los siglos XVIII y XIX*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- _____, 1994, "La participación indígena en el abasto de la villa de Zamora, 1792". *Secuencia*, núm. 29, pp. 101-125.
- _____, 2000, "Población, haciendas, ranchos y comercio indígenas en la ciudad de Valladolid en 1792". En: SILVA RIQUEL, Jorge y ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, coordinadores, *Mercados indígenas en México, Chile y Argentina, siglos XVIII-XIX*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, pp. 51-86.
- SILVA RIQUEL, Jorge y ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, coordinadores, 2000, *Mercados indígenas en México, Chile y Argentina, siglos XVIII-XIX*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- SILVA RIQUEL, Jorge; GROSSO Juan Carlos y YUSTE, Carmen, compiladores, 1995, *Circuitos mercantiles y mercados latinoamericanos, siglos XVIII-XIX*. México, Instituto Dr. José María Luis Mora, UNAM.
- SOLANO, Francisco de, ed., 1988, *Relaciones geográficas del Arzobispado de México. 1743*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Centro de Estudios Históricos, Departamento de Historia de América, (Colección Tierra Nueva e Cielo Nuevo, 28), Tomo I.
- VILLA-SEÑOR Y SÁNCHEZ, J. A., 1951-1952, *Theatro americano, descripción general de los Reynos y provincias de la Nueva España y sus jurisdicciones*. México, Editora Nacional.

Un bosque para una ciudad. Demanda comercial y conflictos por el uso y propiedad de los bosques en la región de Guadalajara, siglo XVIII

*Laura G. Gómez Santana
Universidad Pedagógica Nacional
Unidad 141, Guadalajara.*

Presentación

En la época colonial, los indios que habitaban los territorios conquistados por los españoles fueron reagrupados bajo nuevas formas de organización a partir del principio de explotación de sus productos y mano de obra. Alrededor de las haciendas, ciudades y villas se establecieron pueblos con el propósito de asegurar la fuerza de trabajo y el abasto de recursos naturales. En el Reino de la Nueva Galicia, los gobernantes obligaron a los grupos autóctonos a abastecer la ciudad con materias primas y a trabajar en las propiedades de los colonizadores en el cultivo del trigo. Con el paso del tiempo, se integraron a este sistema, negros y mestizos, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XVII, cuando disminuyó la población india.

Aunque desde los primeros años de la Colonia las autoridades fundaron pueblos con el único fin de que abastecieran la ciudad de Guadalajara de madera, fue hasta la segunda mitad del siglo XVIII que se consolidaron las redes comerciales de los pueblos taladores debido al desarrollo económico y demográfico de la urbe y su región. La madera, la leña y el carbón tuvieron una importante demanda no sólo para el uso doméstico o como fuente de energía para la incipiente industria, los árboles también fueron la base material de la construcción de Guadalajara.

Ante el desarrollo de la agricultura y la ganadería extensiva, el incremento de la demanda comercial de la madera —debido al crecimiento de la población urbana y rural— y la deforestación de las zonas aledañas a los fundos legales originó una fuerte competencia por los recursos forestales en zonas cada vez más alejadas de la ciudad

y de las fundaciones de los pueblos; situación por la que se produjeron importantes conflictos por el uso y posesión de los bosques entre los pueblos tradicionalmente de taladores y con los hacendados.

Los habitantes de Santa Ana Tepetitlán fueron los principales explotadores y comercializadores de productos forestales en la región de Guadalajara en el siglo xviii. Debido a las presiones sobre la tierra y el agotamiento de los montes, este pueblo enfrentó fuertes pugnas con otros pueblos y con los dueños de haciendas por la explotación y la propiedad de un bosque localizado en los montes de la jurisdicción de Tala.

En general, a los pueblos neogallegos se les ha relacionado con una economía de subsistencia basada en la baja productividad de sus tierras, recurriendo a la recolección de plantas y leña para sobrevivir, pagar el tributo real y los impuestos eclesiásticos. Sin embargo, por medio de los juicios entablados por los pueblos de taladores en defensa de la explotación los montes, podemos acercarnos a una diferente interpretación de la vida en estas comunidades. A través de los títulos de fundación, los denuncios de tierras y los conflictos cotidianos se lograron reconstruir las causas y los efectos del circuito comercial de la madera en la región de Guadalajara. Asimismo, la participación de los indios en las redes mercantiles de los productos madereros nos adentra en su integración a la economía colonial, basada en el principio de la oferta y la demanda, y al sistema monetario, así como en las transformaciones culturales que sufrieron estas localidades rurales.

Guadalajara y su región

Después de varios intentos, en 1542 se estableció de manera definitiva la ciudad de Guadalajara en el valle de Atemajac, pero fue hasta 1560 que se constituyó como capital del reino de la Nueva Galicia. La colonización de la zona se inició con la fundación de encomiendas y pueblos, instituciones que controlaban a la población autóctona, y la forzaban a pagar el tributo real por todo lo que se produjera en sus comunidades. Hasta finales del siglo xvii la mayor parte de los neogallegos pagaban sus contribuciones en especie, con maíz y gallinas, y a su vez las autoridades lo traducían en dinero. En

los meses de octubre y noviembre, eran rematados los tributos a bajos precios entre los criollos de Guadalajara, Zacatecas, Compostela y Purificación, las poblaciones más importantes en ese entonces (MURÍA, 1994: 45).

Los indios que habitaban en el área cercana a la urbe fueron obligados a abastecerla de leña, carbón y legumbres. Desde los primeros años en la región se establecieron dos tipos de comercio: el que canalizaba los productos de las poblaciones circunvecinas a la ciudad y su región; así como el que intercambiaba mercancías a las regiones lejanas. El abasto se organizó a partir de los grupos étnicos. Cada uno de ellos distribuía diferentes productos en zonas distintas. Los europeos y españoles eran comerciantes mayoristas que se encargaban de abastecer granos, carne y materias primas al mercado regional. Mientras que los indios distribuían sus productos de manera local, en cortos circuitos comerciales; vendían verduras, fruta y alimentos preparados en la plaza principal de Guadalajara o en los tianguis (AYALA, 1999: 194, 195), donde los cambiaban por cacao en lugar de monedas (MURÍA, 1994: 45).

Guadalajara y su región se consolidaron a lo largo del período colonial y alcanzaron su despegue económico y demográfico a finales del siglo XVIII gracias al crecimiento de la agricultura, la ganadería, la minería, la industria artesanal y el comercio. La región agrícola de Guadalajara comprendía un área aproximada de 100 a 200 kilómetros, delimitado al sur con el lago de Chapala, al norte con San Cristóbal de la Barranca, al este con Tepatitlán y al oeste con Ameca. Esta fue una zona donde la propiedad privada se consolidó, desarrollándose la agricultura comercial, pero también fue donde se registró un mayor número de litigios, protestas y sublevaciones agrarias debido a la incorporación de tierras comunales a las haciendas (VAN YOUNG, 1992: 206 y VAN YOUNG, 1989: 28) (ver mapa 1).

Para 1786, con las transformaciones borbónicas, se erigió la Intendencia de Guadalajara; para ese entonces, la ciudad había establecido un amplio mercado con el virreinato de la Nueva España donde se distribuían los principales productos básicos: carne y granos, así como materias primas (VAN YOUNG, 1992: 212). En las haciendas se desarrolló la producción y distribución de diversos tipos de ganado vacuno, caballar, mular y lanar. En la industria se establecieron obrajes y talleres familiares que

producían textiles de algodón y lana (GÁLVEZ RUIZ, 1996: 169-176). La estructura del mercado interno de Guadalajara incluía a la ciudad y a su zona de influencia, ya que parte de los productos que llegaban a la urbe, después de satisfacer su demanda, eran redistribuidos a otras localidades como Tepic, Lagos (incluida la feria de San Juan), La Barca, Etzatlán, Sayula y Colima (IBARRA, 2003: 161).

Otro factor que promovió que Guadalajara se constituyera como la principal ciudad del occidente fue su crecimiento poblacional. Los habitantes del campo se trasladaron a la ciudad a causa del acelerado crecimiento demográfico. La población de la urbe se duplicó de 1600 a 1700 habitantes, y para 1793 ascendía a 24 768 residentes (CASTAÑEDA Y GÓMEZ, 2000: 57). El crecimiento demográfico en el medio rural se dio después de la primera mitad del siglo xvii, cuando descendió la población aborigen; a partir de ese momento, y durante todo el periodo colonial, se dio un constante incremento poblacional tanto en los sectores indios como de los que no lo eran (VAN YOUNG, 1989: 52). Ante la disminución de la población autóctona se fueron sumando a la fuerza laboral esclavos negros, mulatos y mestizos libres. Las autoridades locales dispusieron la fundación de nuevos pueblos en lugares estratégicos para organizar el trabajo y, asimismo, fomentaron la apertura de caminos para el tránsito de caravanas de comerciantes y arrieros (MURIÁ, 1994: 51). Se estima que para 1793 los habitantes de la región de Guadalajara ascendían aproximadamente a 200 mil, incluyendo a los moradores de la ciudad (VAN YOUNG, 1989: 49). Por lo que podemos concluir que el área de influencia de la ciudad estaba habitada por unas 175 232 personas (ver mapa 1).

[illegible]

147

La propiedad de los indios tributarios

La legislación indiana ordenaba que “los indios fuesen reducidos a pueblos, y no viviesen divididos y separados por la sierra y montes privándose de todos beneficio espiritual y temporal” (EDICIONES CULTURA HISPÁNICA, 1973, II, f. 198). Y que las reducciones “tengan comodidad de aguas, tierras y montes, entradas y salidas, y labranzas y un exido de una legua de largo, donde los indios puedan tener sus ganados, sin que se revuelvan con otros españoles”; así el fundo legal y el ejido en conjunto tendrían una extensión de una legua cuadrada (EDICIONES CULTURA HISPÁNICA, 1973, II: f. 199). Las leyes reales de 1687 y 1695 establecieron que los fundos legales de los pueblos debían conformarse a través de un cuadrado, que se medía de modo que la iglesia quedará en el centro del mismo, a partir de donde se medían 600 varas hacia cada uno de los cuatro puntos cardinales (ver cuadro 1) (GALVÁN, 1844: 79). Wistano Luis Orozco señala que el fundo legal es la extensión superficial mínima de tierra que, conforme a la ley, debía darse a las poblaciones de aborígenes que ya habían sido fundadas o que lo fueron en tiempos posteriormente a la conquista del territorio nacional (OROZCO, 1975: 69).

Cuadro 1. De las medidas agrarias adoptadas en la República Mexicana

Nombres de las medidas	Figuras de las medidas	Largo de las figuras expresado en varas	Ancho expresado en varas	Áreas o superficie en varas cuadradas
Sitio de ganado mayor	Cuadrado	5000	5000	25'000,000
Sitio de ganado menor	Cuadrado	3333 1/3	3333 1/3	11,111,111 1/9
Caballería de tierra	Paralelogramo rectangular	1104	552	609 408
Fundo legal para pueblos	Cuadrado	1200	1200	1'440,000

Fuente: Galván, 1844: 69, 86.

Un sitio de ganado mayor = 1756 hectáreas.

Un sitio de ganado menor = 780 hectáreas.

Una caballería = 42.8 hectáreas.

Según Bernardo García Martínez (GARCÍA MARTÍNEZ, 1987: 239), la ley de 1687 ordenaba la delimitación de dos zonas concéntricas para las congregaciones de indios. La primera abarcaba el radio 600 varas medidas a partir de la última casa del pueblo, donde solamente los indios podrían cultivar. Mientras que la segunda encerraría a la primera hasta una distancia de 1100 varas, dentro de las cuales se prohibía a los españoles practicar la ganadería. En la cédula de 1695 se especificó que las medidas deberían de ser hechas desde la iglesia y no desde la última casa del poblado. Estas disposiciones significaron para los indios la protección de su propiedad, ya que al normar la ganadería y otorgárseles una porción de tierra extra, se evitó que existieran invasiones por parte de los españoles.

En el período colonial, las unidades básicas empleadas para medir las dimensiones de las parcelas de tierras fueron la vara y la braza. La vara puede identificarse por lo general como la Castilla, llamada también vara de Burgos, de Toledo y de las medidas textiles (de medir paños y sedas). El equivalente aproximado es de 0.84 metros o 33 pulgadas; se dividía en tres pies, cada uno aproximadamente de 0.28 metros. La braza era una medida menos precisa, aparece casi siempre como el equivalente de dos varas o 1.68 metros (GIBSON, 2000: 263-264).

La legislación adicional de 1713 exigía que todos los pueblos de indios recibieran agua, montes y tierras para la agricultura, y que cada población poseyera una parcela común (ejido) de una legua cuadrada (5 km²) para pastura (GIBSON, 2000: 294-295). Legalmente, un pueblo de finales del período colonial debería estar constituido por un cuadrado que tuviera por cada lado 600 varas (fundo legal) y un ejido de una legua por cada punto cardinal (1100 varas), es decir, un sitio de ganado mayor; además podría gozar de cualesquier cantidad de otras tierras que el gobierno virreinal pudiera juzgar que requería. Durante los siglos xvii y xviii, en la Audiencia de México las normas acerca del intervalo de 10,000 o 1100 varas, así como las relativas a dotar a los pueblos con un ejido de una legua, fueron ignoradas y se interpretó que entre 500 y 600 varas debían ser límites máximos de los pueblos de indios (GIBSON, 2000: 295).

Mientras que en la Audiencia de Guadalajara el fundo legal y el ejido de los pueblos se fijaron en un sitio de ganado mayor, es decir, 5000 varas por cada lado,

por lo que se deberían de otorgar una extensión superficial equivalente a 25, 000,000 varas cuadradas (OROZCO, 1975: 63). La diferencia que existió entre la Real Audiencia de México y la de Guadalajara, sobre el tamaño de las composiciones de tierras para los indios, se debió a la autonomía administrativa entre ambas instituciones y a las propias condiciones geográficas y demográficas de cada una de ellas.

Los habitantes del occidente se dirigían a la Audiencia de Guadalajara o directamente al Consejo Supremo de Indias para solicitar mercedes de tierras (OROZCO, 1975: 64). En cada una de las audiencias las autoridades interpretaron las leyes según su propio contexto. La decisión de atribuirles mayor cantidad de tierras a los indios se fundamentó en que en la Audiencia de Guadalajara existía un número menor de ellos, por lo que se les podían otorgar mayores extensiones que en la Nueva España.

A finales de la época colonial los pueblos valoraban y guardaban sus tierras con plena conciencia de los peligros de la enajenación por parte de las autoridades, quienes les atribuían, muchas veces, sus propiedades comunales a los particulares. A pesar de que la ley determinaba que los títulos de las comunidades tenían un poder legal, en la práctica, su fuerza fue limitada (GIBSON, 2000: 278).

Aunque la legislación imperial protegía a los indios y sus propiedades como un factor de inhibición y control social, existieron continuas intromisiones por parte de los españoles. Las formas en que se trasgredió la vida de la comunidad fue a través de la propiedad, el sistema de encomienda y la reglamentación del trabajo (GIBSON, 2000: 278-293).

La propiedad del fundo y las nuevas adjudicaciones se asignaron a los pueblos, como persona jurídica; mientras que su utilidad o usufructo se repartía entre los componentes del pueblo, en beneficio personal o familiar. De esta manera las tierras debían transferidas de forma hereditaria ya que no podían ser enajenadas, ni en parte, ni en su totalidad, sin permiso expreso de la Corona o de su representante, la Audiencia (SERRERA, 1991: 332).

Entre una y otra estancia de ganado quedaron porciones de tierra sin ser medidas y amojonadas, a estos territorios se les llamaba reales o realengas, porque continuaban perteneciendo al Rey. La cédula de Felipe II de 1591 decretó que la “tierra de medio”,

que no pertenecieran al Real Patrimonio y que fuera poseída sin títulos, debería ser restituida a la Corona, la cual se utilizaría principalmente para “plazas, exidos, propios, pastos y valdíos” y para ser repartida entre los indios, “lo que buenamente hubiere menester para labrar y hacer sus sementeras y crianzas [...] dándoles de nuevo lo necesario” (AGUIRRE BELTRÁN, 1954: 83-84).

Las tierras eran adjudicadas a los poblados indios como persona jurídica, por lo que la petición de ellas la realizaban el alcalde, regidor y principales (y cuando los pueblos ya se habían hispanizado, el escribano del pueblo elaboraba la solicitud escrita): “por nosotros y todo el común de viejos y mosos d[e] él”, o bien, “por sí y por los demás naturales del pueblo”.¹

El uso y propiedad de los bosques

En la época prehispánica los aborígenes aprovechaban los montes de manera común. Después de la conquista, la Corona reclamó el derecho a la propiedad de la tierra y el uso común de los montes, pastos y aguas. A diferencia de la propiedad privada de la tierra, los bosques eran vistos por los españoles como baldíos o realengos, siendo muchas veces reclamados para su adjudicación; mientras que los indígenas los consideraban patrimonio del pueblo (GARCÍA MARTÍNEZ, 1987: 50).

En el siglo xvi se estableció en la legislación indiana que “los montes, pastos y aguas de los lugares, y montes contenidos en las mercedes, que estuvieran hechas, o hiciéremos de y pastos de las tierras de Señoríos en las Indias deben ser comunes a los españoles, e indios” (EDICIONES CULTURA HISPÁNICA, 1973, II: f. 113v). La legislación colonial consideraba patrimonio del bien común a los bosques o montes, como se les denominó durante el virreinato, aunque formaran parte de terrenos marginales de los pueblos o de predios privados, siendo responsabilidad de las autoridades locales su cuidado y conservación. El desmonte, como se identificaba al proceso de deforestación desde los primeros siglos del virreinato, fue prevenido por Felipe II al expedir la ley xiv donde hacía indicaba que “es nuestra voluntad, que los indios puedan libremente cortar

1 Archivo Histórico del Estado de Jalisco (en adelante AHEJ), *Tierras y Aguas*, vol. 249, leg. 62, exp. 1.

madera de los montes para su aprovechamiento. Y mandamos, que no se les ponga impedimento, con que no los talen de forma que no puedan crecer, y aumentarse” (EDICIONES CULTURA HISPÁNICA, 1973, II: f. 113v).

Pero el desmonte no sólo se debió a la tala inmoderada, también fue ocasionada por “la vía de erosión o por el descascaramiento de los árboles”. Muchos de los terrenos montuosos fueron invadidos por el ganado provocando un daño irreparable al equilibrio ecológico, pues impedía la reproducción de la vegetación. Otro tipo de deforestación se dio al descortezarse los árboles. La corteza se utilizaba en las tenerías para curtir pieles y al quedar los troncos sin su capa exterior se secaban (AYALA, 2007: 247-249). El derecho de recolectar madera estaba muy arraigado entre los indios, no sólo era concebido como una noción de vulnerabilidad y marginación económica, también era visto por “ley y costumbre” un privilegio, especialmente para satisfacer las necesidades de sus casas o para el pago de tributo (VAN YOUNG, 1989: 346). Esta prerrogativa cambió en el transcurso del siglo XVIII, cuando se agotaron las zonas boscosas de las márgenes de los pueblos indios; en consecuencia, éstos tuvieron que arrendar los montes, propiedad de españoles (VAN YOUNG, 1989: 344). Además del agotamiento de los recursos forestales, la intensificación de la demanda de los productos del bosque, la invasión de los sitios de recolección para ser cultivados o para que el ganado pastara provocaron el surgimiento de conflictos por el uso de los bosques.

Con la agresiva expansión agrícola surgió una fuerte competencia por la propiedad de la tierra, restringiéndose el derecho de los pastos comunes y el acceso a los bosques; en este proceso fue común la instauración de cercas en tierras privadas que anteriormente estaban abiertas e, igualmente, de las tierras marginales que eran de uso común en los pueblos. Asimismo, se incrementó el denuncia de tierras realengas. Aunque los hacendados y los pueblos cercaban sus tierras con el propósito de preservar los derechos exclusivos sobre pastos y la recolección de madera, también fue un medio para apropiarse de tierras vecinas: “en estos conflictos más que la propiedad de la tierra, estaba en juego el derecho establecido a favor de los indios para usar los montes para la recolección de la madera y de los españoles para el pastoreo de los ganados” (VAN YOUNG, 1989: 343).

En la región de Guadalajara surgieron fuertes enfrentamientos entre hacendados y pueblos por controlar los bosques. Algunos de los hacendados invadieron las tierras, mandaban a sus trabajadores para que construyeran fincas y se instalaran en ellas. Por su parte, los indios taladores bloqueaban los caminos que permitían el acceso a los montes y a todo aquel que encontraran talando los árboles “de su propiedad” le quitaban las hachas y lo encarcelaba en las casas de los principales del pueblo.

Para 1756, la Audiencia de la Nueva España intentó conciliar el derecho de los propietarios de los montes con las leyes que disponían su uso común. En el auto acordado de 20 de mayo las autoridades reales estipularon que “no permitan se perjudique en los pastos a los dueños de estancias y montes; pero que éstos no impidan a los indios entrar en ellos al corte de todas aquellas especies de leña y madera que necesitaren para su propios usos, de sus familias, fábricas y reparos de sus casas y xalacales, como también la de sus Iglesias” (BELEÑA, 1981, I: 15). Todo ello bajo la condición de que no deberían de talar, destruir o destrozar los árboles y, en caso de que los indios no acataran las disposiciones, “se procederá contra ellos por todo rigor, quedarán privados con el mismo hecho para no poderse aprovechar en lo sucesivo, cuya pena y prohibición se entiende asimismo contra los que intentaren corte de la madera y leña para vender” (BELEÑA, 1981, I: 16).

A pesar de que a los indios se les otorgaba el derecho de usar los bosques para subsistir, no fue suficiente para aquellos pueblos taladores que explotaban comercialmente los recursos madereros, por lo que tuvieron que buscar nuevos sitios de explotación, así como asegurar la posesión de los mismos.

Desde tiempo inmemorial: taladores, leñadores y carboneros

El pueblo de Santa Ana Tepetitlán se localizaba al suroeste de la ciudad de Guadalajara a unos 20 kilómetros de distancia. En el siglo xvi los españoles lo fundaron con esclavos negros para proteger a la capital del reino de la Nueva Galicia de los ataques chichimecas y a modo de suministrar madera a la ciudad para su construcción (TAYLOR, 2003: 118).

Las autoridades no hacían distinción étnica entre los pueblos. En realidad, el

único elemento que los definía era el pago de tributo a la Corona, razón por la cual, a pesar de que los santanenses eran negros y afromestizos, fueron designados como pueblo de indios. Fue hasta finales del siglo XVIII cuando aparece por primera vez en la documentación “Santa Ana de los negros”. Pese a ello, el pueblo siguió conservando el estatus de “indio” y contribuyendo con el impuesto real.²

Durante el siglo XVII y parte de la siguiente centuria, Santa Ana Tepetitlán perteneció a la jurisdicción del corregimiento de Tala, en el reino de la Nueva Galicia. Limitaba geográficamente al oriente con la ciudad de Guadalajara, al sur con Tlajo-mulco y por el poniente con Isutlán, en el virreinato de la Nueva España (ARREGUI, 1981: 121). Esta jurisdicción era una llanura rodeada de conos volcánicos, su clima era seco y templado, tenía como principal afluente el río Salado, que se desprendía del río Ameca, y pasaba por el norte hasta el río Grande de Santiago (GERHARD, 1996: 169) (ver mapa 2).

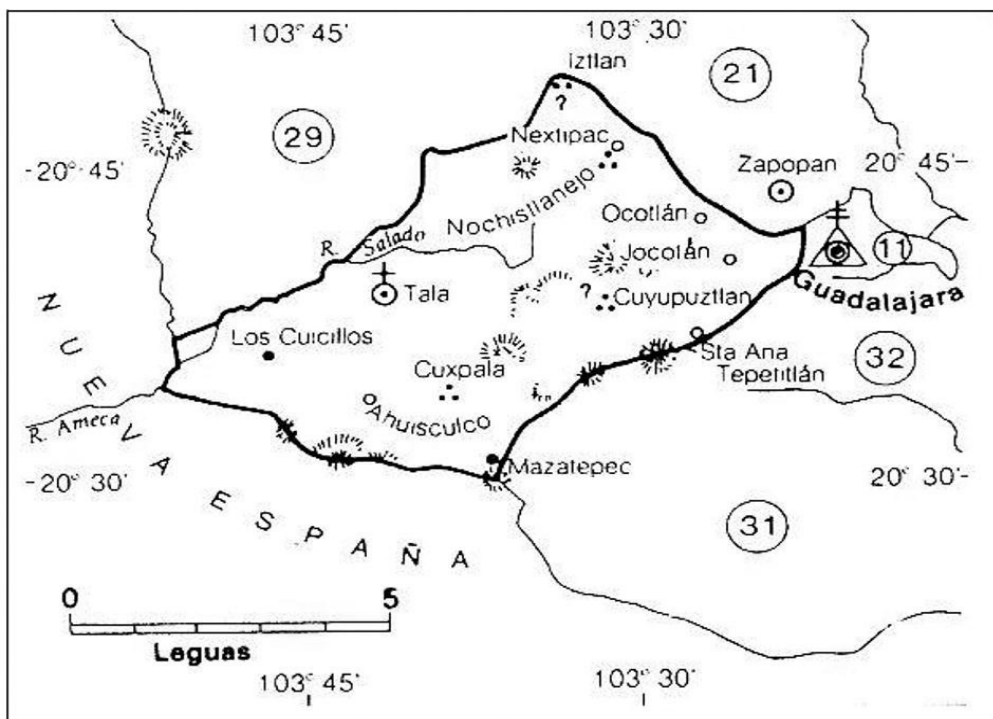
A partir de 1786 los virreinos se organizaron en intendencias y éstas a su vez en subdelegaciones; Tala se convirtió en subdelegación de la Intendencia de Guadalajara y colindaba al oriente con la ciudad y Tonalá, al noreste con San Cristóbal de la Barranca y Tequila, hacia el sur estaba limitada por Tlajomulco, Sayula y Autlán de Grana y por el poniente con Ahualulco. Bajo su jurisdicción se encontraban cuatro pueblos de indios, Nextipac (Nestipac), Ocotlán (Ocotán), Jocotlán (Jocotán de los Cedazos) y Santa Ana (Santa Anna de los Negros) (GÁLVEZ RUIZ, 1996: 228).

Tallan o Tala significa lugar terroso o tierra de labor. En esta localidad había un gran bosque que desde principios de la Colonia fue talado por los indios de la zona, obligados por los españoles (BOTELLO, 1987: 385). Desde los primeros años de la Colonia el corte de bosques, fue la principal actividad de sus habitantes, como lo asegura Lázaro de Arregui en 1621: “todos los indios de esta jurisdicción se ocupan, casi todo el año en cortar vigas de pinos de la serranía pequeña que se dice estarle vecina y llevarla a Guadalupe, que se provee de este monte de menester y leña” (ARREGUI, 1980: 122). Asimismo, Tala tenía un valle de tierras fértiles propicio para el cultivo de trigo y maíz, además de ser favorable para la ganadería y la pesca. Este territorio era un lugar óptimo para el establecimiento de haciendas de labor y para que los ganados

2 AHEJ, *Tierras y Aguas*, vol. 60, leg. 20, exp. 18.

mayores y menores pastaran, debido a los afluentes que se desprendían del río Salado (MOTA Y ESCOBAR, 1966: 35).

Mapa 2. El corregimiento de Tala en el siglo xvii



Fuente: Gerhard, 1996:169.

Las zonas más productivas de Tala fueron distribuidas entre los españoles, en las que se establecieron las haciendas de Cuisillos, Mazatepec, Las Navajas, Cuxpala y El Astillero (GERHARD, 1996: 171). Cuisillos fue una de las haciendas más grandes e importantes en la región de Guadalajara, fundada en 1621 y propiedad de Juan González de Apodaca, alguacil mayor de la corte de Guadalajara; era productora de trigo y ganado mayor. En ella se “herraban de 3000 a 4000 becerros por año y muchas mulas” (ARREGUI, 1980: 122). Estaba compuesta por 21 sitios y medio de ganado mayor, uno de ganado menor y 13 caballerías, es decir, medía aproximadamente 39,200 hectáreas (véase SERRERA, 1991).

Desde principios del siglo XVIII la hacienda Cuisillos pasó a manos de los marqueses de Altamira,³ quienes la conservaron hasta mediados del siglo XIX. Durante ese período, la hacienda se destacó en las exportaciones mulares y caballares de Guadalajara hacia la Nueva España. Las partidas registradas en la Real Hacienda entre 1783 y 1800 asientan 1175 mulas y 360 caballos, las cuales realmente no eran muy numerosas, pero si las comparamos con las de otros ganaderos observamos que su ritmo de exportación resultó ser muy regular (SERRERA, 1991: 244-249).

Si bien el pueblo de Santa Ana se encontraba en el mismo corregimiento que la hacienda Cuisillos, en las primeras décadas del siglo XVIII pocos fueron los repartimientos de indios que se le asignaron de este pueblo. Para las cosechas de trigos, durante los meses de abril de 1711, 1715 y 1719, se asignaron seis segadores de Santa Ana por año (véase GONZÁLEZ NAVARRO, 1953). Posiblemente esto se debió a que el poblado estaba alejado de la hacienda y era más práctico solicitar indios de pueblos más cercanos a ella, como eran Tequila y Amatitlán.

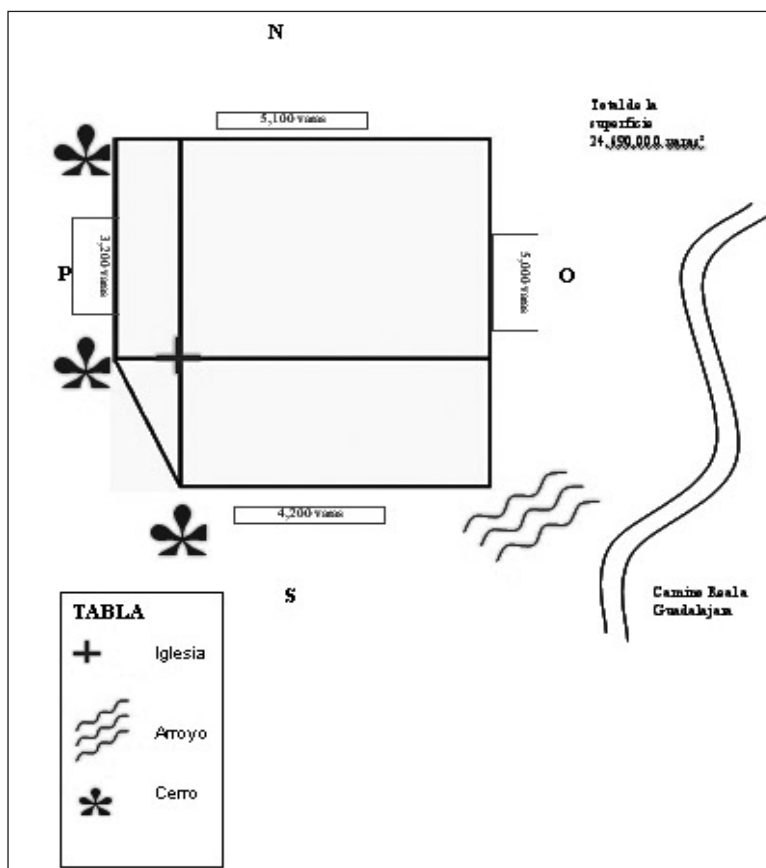
Con el establecimiento de las reformas borbónicas se dio la fiscalización de la propiedad rural. En 1795 las autoridades virreinales realizaron la recaudación de tierras que habían sido usurpadas a la Corona, para su posterior venta y composición. Los pueblos y las estancias de la Nueva Galicia debían justificar la posesión a través de los títulos de fundación o compra. Al presentarse los encargados reales en Santa

3 Los marqueses de Altamira era el matrimonio de don Pedro Pérez de Tagle y su prima, doña Manuela Sánchez de Tagle, III marquesa de Altamira.

Ana Tepetitlán, alcaldes y principales dijeron que no tenían ningún título, por lo que se ordenó que se hicieran las medidas y amojonamiento “del entero de dicho sitio, que por razón del pueblo le pertenece”.⁴

Los resultados de las medidas del pueblo de Santa Ana fueron de 24 640,000 varas cuadradas, casi un sitio de ganado mayor; terreno que no representaba una forma de cuadrado perfecto, pues estaba rodeado de cerros y un arroyo seco que imposibilitaba realizar las medidas de acuerdo a las Ordenanzas (ver croquis 1).

Croquis 1. Medidas del pueblo de Santa Ana Tepetitlán



4 AHEJ, *Tierras y Aguas*, vol. 37, leg. 13, exp. 27, f. 1v.

Se inicia la pugna por el bosque: indios vs. españoles, 1696 y 1713

La primera noticia que tenemos de un denuncia de tierras que hicieron los santanenses es de 1696. El alcalde y principales del pueblo de Santa Ana Tepetitlán solicitaron a Su Majestad una merced de un sitio de ganado menor en el cerro de San Miguel. Al mismo tiempo, José Gil de Lada, ensayador y balanzario de la Real Caja de Guadalajara, pidió el sitio llamado del Tisate, que lindaba al poniente con los cerros del Tule y Tethalt y con el que llamaban de San Miguel; pero como estos terrenos no cubrían las medidas solicitadas, Gil de Lada pidió que para completar el sitio de ganado mayor se tomará parte del cerro que se localizaba al poniente, para poner allí una carbonera: “he de fundir y ensayar las plantas que se traen a esta R[ea]l Caja, por no poder conseguir de los indios, el que lo hagan, ni traerlos a tiempo”.⁵

Al finalizar las diligencias, por medio del intérprete Juan Bernabé, indio ladino, se les dio a conocer el resultado de las medidas a los pobladores de Santa Ana, quienes durante media hora estuvieron reunidos para finalmente resolver que no tenían con qué pagar el sitio de ganado mayor, ni tampoco lo necesitaban. Las autoridades decidieron otorgarle el lugar al ensayador Joseph Gil de Lada, mientras que a los santanenses se les dio un hueco de tierra localizado en las faldas del cerro de San Miguel, que no tenía agua y que sólo podía servir para sembrar maíz de temporal.

Posteriormente, en 1713 Ambrosio Ramírez y don José Gómez de Gonte denunciaron como terreno realengo el puesto denominado “Las Milpillas”, en el cerro de San Miguel, jurisdicción de Tala, a 15 kilómetros del pueblo de Santa Ana Tepetitlán. Los denunciantes consideraron que el lugar estaba conformado por tres sitios de ganado menor y proponían utilizarlo como astillero porque no tenía agua y eran pocas las tierras de pan llevar,⁶ donde sólo se cultivaba maíz.

Como de costumbre se citó a los vecinos, se les pidió a los principales del pueblo que se presentarán para las medidas del terreno realengo. Sin embargo, en lugar de asistir mandaron decir que se oponían a tal procedimiento. Por su parte, los representantes de Santa Ana, a nombre de todos los naturales de él, presentaron una queja en la que

5 AHEJ, *Tierras y Aguas*, vol. 249, leg. 62, exp.1, f. 4.

6 Es el nombre que se les daba a las tierras de riego; esto es, las que tienen agua.

denunciaban a José Gonte por pretender despojarlos de Las Milpillas, ya que había mandado a “sus cirvientes y criados, fabricar cassas de jacal y corrales, en las últimas tres semanas, sin [h]avernos citado para d[ic]ha poblassón ni menos [h]echo notorio ningún despacho de esta Real Audiencia, ni por el corregidor de d[ic]ha jurisdicción”. Ese terreno lo había poseído el pueblo desde su fundación, por lo que pedían ser amparados, además de que eran tierras realengas y ellos servirían a Su Majestad con lo correspondiente.⁷

El principal interés que tenían los santanenses para adquirir estas tierras de monte era la explotación de los bosques, ya que la madera tenía una fuerte demanda comercial para la edificación de la ciudad: “como son vigas de marca, morillos, tijeras y raya para los edificios de templos y fábrica de cassas y de más cossas, que en d[ic]ha ciudad se fabrican y ban fabricando y toda la leña que en ella se gasta” y:

[...] en d[ic]ho puesto, [hay] un ojo de agua, en donde beben nuestras boyadas cabalgaduras y jumentillos con que nos servimos y trabajamos, hasta para nosotros nos obliga conducirla en hombros para nuestro sustento ciendo notorio que en d[ic]ho pueblo no [h]ay ninguna bena de agua y carece bastantemente de tener mas serca el agua”. Y gracias a lo cual podían pagar los tributos, “lo más esencial”.⁸

Ante las contradicciones que surgieron por el denuncia hecho, tanto por Ambrosio Ramírez y José Gómez de Gonte, así como la protesta de los indios de Santa Ana, las autoridades mandaron se remitieran al Superior Gobierno, al señor presidente, gobernador y capitán general de la Audiencia, ante quien todas las partes afectadas defendieran sus derechos. Sin embargo, la merced de esos terrenos no se concluyó, debido a que ninguno de los involucrados continuó con el proceso.⁹

7 AHEJ, *Tierras y Aguas*, vol. 139, leg. 34, exp. 27, f. 14v.

8 *Ídem*.

9 AHEJ, *Tierras y Aguas*, vol. 139, leg. 34, exp. 26.

Los bosques se agotan: conflictos entre pueblos taladores, 1746 y 1784

En la región de Guadalajara los denuncios de tierras realengas se incrementaron poco antes de la segunda mitad del siglo XVIII; al mismo tiempo surgieron conflictos, protestas y pleitos por obtener el derecho a poseer los bosques al convertirse éstos en un recurso escaso. Otro de los factores que intensificó el conflicto territorial fue el crecimiento demográfico que tuvo la ciudad de Guadalajara debido a su desarrollo económico, a la vez que los pueblos insertos en su región presentaron un fuerte mestizaje. Esta transformación en la estructura étnica del campo reafirma que no era una sociedad totalmente cerrada ni tampoco homogénea.

En el siglo XVIII las comunidades rurales se vieron presionadas por el desarrollo de las haciendas ligadas al mercado urbano, que cada vez más requerían tanto tierras como trabajadores permanentes. Al introducirse la ganadería y la agricultura extensiva, los hacendados requirieron mayor extensión de terrenos. Al mismo tiempo, las autoridades restringieron los derechos comunales al expropiar sus propiedades para otorgárselas a los propietarios privados. Es por eso que al final de la época colonial los habitantes del medio rural buscaron anexarse tierras realengas, tanto de manera legal como ilegal, siendo la invasión de terrenos marginales y de cultivo el medio más frecuente que emplearon no sólo los hacendados sino también los indios (GÁLVEZ RUIZ, 1996: 248).

Los conflictos en los que estuvo involucrado el pueblo de Santa Ana por la posesión de tierras de montes, sin duda estuvieron marcados por el crecimiento de la ciudad de Guadalajara que cada vez más requería de madera de pino para la construcción de su infraestructura y de carbón para su abastecimiento cotidiano.

Para 1802 se comercializaron en la intendencia de Guadalajara 8000 unidades de madera que comprendía vigas para la construcción, para la elaboración de muebles y de madera de pino. El monto total de estos productos ascendió a 8700 pesos. El costo de la madera era variado; las vigas que se utilizaba en la edificación de viviendas ascendían a 2 pesos; en segundo término estaban las vigas para muebles con 1.50 pesos por unidad, y las vigas de madera de pino con 0.50 peso y de tabla a 0.13 (ver cuadro 2).

**Cuadro 2. Tipos de madera que se comercializaban
en la Intendencia de Guadalajara en 1802**

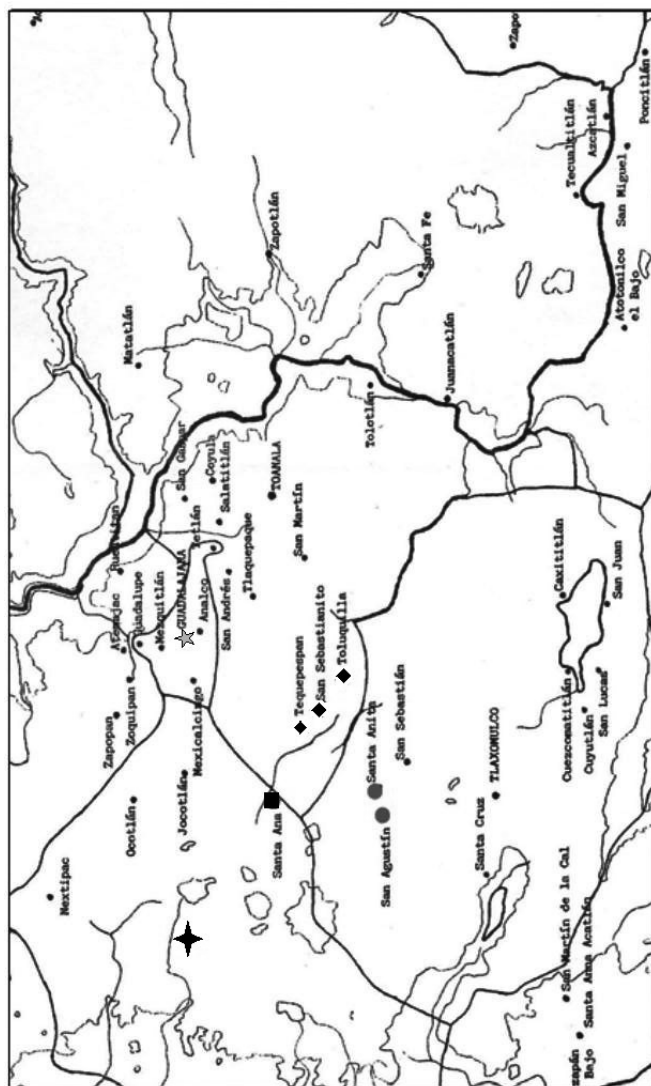
Ramos	Unidades	Precio	Producción	Valor
Madera de construcción	Viga	2.00	2 300	4,600.00
Madera para muebles	Viga	1.50	400	600.00
Madera de pino	Viga	0.50	5 000	2,500.00
Madera de pino	Tabla	0.13	8 000	1,000.00
Total				8,700.00

Fuente: Ibarra, 2000: 182.

Ante el aumento de la demanda comercial de los recursos forestales, los bosques y montes se fueron agotando en los fundos de los pueblos y valles cercanos a la urbe. A finales del siglo XVIII la población del pueblo de Santa Ana había crecido considerablemente, aproximándose a los 1000 habitantes, y provocó que la tierra se volviera un recurso escaso. Con el paso del tiempo los pueblos cercanos a la ciudad tuvieron que buscar recursos forestales en lugares cada vez más alejados de sus poblaciones, y así poder preservar su economía y cumplir con los requerimientos de la ciudad. No fue raro que los taladores recorrieran grandes distancias en busca de la madera; en el caso de los santanenses los montes que explotaban se encontraban a 3 leguas (15 km) de su fundo legal.

La primera pugna que se dio por la posesión de los montes fue entre los pueblos de la jurisdicción de Tonalá y los vecinos de Santa Ana Tepetitlán (ver mapa 3). Ambos pueblos peleaban el uso y posesión de una zona boscosa localizada en la jurisdicción de Tala, debió a la escasez de los recursos forestales, los santanenses se oponían al uso común de los bosques.

Mapa 3. Pueblos taladores en la región de Guadalajara, siglo XVIII



En 1746 los pueblos de Santa María Tequepexpan, San Sebastianito y Toluquilla, de la jurisdicción de Tonalá, denunciaron ante los corregidores de Zapopan y Tala que los indios de Santa Ana no les permitían pasar por el camino real que los conducía al monte de Santa Cruz, en el cerro de San Miguel, donde cortaban maderas y leña. Los tres pueblos demandantes, alejados del corregimiento de Tala, se presentaron ante las autoridades de Zapopan, por estar más próximas a sus localidades:

[...] que por perjuicios y precisión que representan los naturales de los pueblos de San Sebastián, Santa María y Toluquilla, mandaban y mandaron que el corregidor de Zapopan, a quien están cometidas las diligencias [...] haga vista de ojos y reconocimiento del camino que por el pueblo de Santa Ana entra el monte.¹⁰

Las autoridades de la Audiencia notificaron a los habitantes de Santa Ana que, en caso de seguir prohibiéndoles el paso a los vecinos de esos tres pueblos, serían aprehendidos y llevados a la Real Cárcel. Se le ordenó al Teniente de Alguacil Mayor que arrestara a los indios inculpados, Gabriel de Santiago, Santiago Ignacio y Mateo “El Topile”, en cuanto entraran a Guadalajara para vender sus maderas y frutos.¹¹

Finalmente, este pleito se resolvió 36 años después, en 1782, cuando se realizaron las medidas del monte y se determinó que se les daba posesión “copulativa y común” de los sitios Capulín y Milpillas (ver croquis 2), y sus respectivos montes, a los naturales de Santa María, San Sebastianito y Santa Ana Tepetitlán. Pero, según las Leyes de Indias (Ley xiv, Título xii, Libro iv), esas tierras continuaron siendo parte del Real Patrimonio, por tal motivo no aparece el pago correspondiente en las reales cajas, ni se les otorgó título de propiedad individual a los indios (SERRERA, 1991: 329-330).

La explotación de los bosques para los pueblos taladores no sólo representó una medida para realizar el pago del tributo real y de los servicios parroquiales, es decir, bautismos, casamientos, funerales y entierros, sino que consistía en una red formal entre ellos y la ciudad, debido al cumplimiento de “convenios de abasto de madera”

10 AHEJ, *Tierras y Aguas*, vol. 61, leg. 21, exp. 4, fs. 2r y 2v.

11 *Ibídem*, f. 4.

hechos con autoridades de la ciudad. En la jurisdicción de Tlajomulco, los pueblos de San Agustín y Santa Anita tenían vínculos comerciales con la urbe a través de “un plan y se mantienen con el trato de hacer leña y carbón de maderas de roble, encino y pino, de montes que arriendan [...], porque con el largo consumo de este trato no tienen en sus tierras madera alguna. También con escasez siembran maíz, frijol y crían los ganado” (PATIÑO, 1987: 12). Mientras que los habitantes del pueblo de Santa Anita “se mantienen estos naturales de leñadores y carboneros de dichos montes de Tala, que arriendan y sembrando con escasez lo que en los pueblos dichos [maíz y frijol] y crían sus ganados y asnos” (PATIÑO, 1987:13).

Además, con el intercambio comercial de la madera, desde la segunda mitad del siglo xviii se dio un proceso de aculturación en los pueblos taladores. Debido al frecuente contacto con la ciudad, los indios que comercializaban la madera llegaron a dominar el idioma español y entonces ya no necesitaron intérprete en los conflictos por tierra, ni tampoco para vender sus productos, como lo aseguró el justicia de Tlajomulco: “que la lengua que hablan los indios es la castellana, y la tienen en uso, por lo muy inmediato a esta ciudad, y lo muy traficante que son en su comercio” (GALLO LOZANO, 1988: 209).

Posterior a este incidente, en 1784 los indios de San Agustín, de la jurisdicción de Tlajomulco, buscaron anexarse tierras en cerros realengos. Los vecinos de este pueblo carecían de astilleros y montes propios, por lo que rentaban un pedazo de monte a los dueños de la hacienda de San Isidro Mazatepec, en la subdelegación de Tala; pero cuando éste se agotó, iniciaron el proceso de apropiarse parte del monte de San Miguel, muy cercano a los terrenos que rentaban. Este pueblo denunció un monte llamado del Llano Grande y Rincón (o Rinconada) en “las caídas del cerro de San Miguel”, junto a los que compartían Santa María, San Sebastianito y Santa Ana y con las tierras de las haciendas de Cuisillos y Cuxpala (ver croquis 2). Los indios que compartían los puestos de Milpillas y Capulín se opusieron al denunció; pero ante la falta de pruebas que acreditara la propiedad, en 1791 se les adjudicó a los vecinos de San Agustín un sitio de ganado mayor de monte por la cantidad de 150 pesos, que no tenía agua y que no se podía sembrar.

Croquis 2. El cerro de San Miguel en el siglo XVIII



Fuente: AHEJ, *Tierras y Aguas*, vol. 60, leg. 20, exp. 18, f. 10.

Santa María, San Sebastianito y Santa Ana se resistieron a la resolución legal y argumentaron que ellos habían sido los primeros en poseer estos terrenos y que habían sido hostigados y oprimidos por los indios de San Agustín, quienes nunca habían poseído estos puestos, sino que entraban clandestinamente para aprovechar las maderas. Por el contrario, ellos habían sido los primeros en poseer los montes, y de ellos mantenían a sus familias y recaudaban los tributos reales:

[...] nuestra parte ser tan antiguas y largas poseciones de hestos puestos, con sus respectivos montes, pues p[o]r ser primeros y poselliéndolos hen el día, debíamos dar heste mismo tanto, no más que se nos pidiera. Hasí p[o]r no tener no[so]tros adbitrios p[ar]a la manutención de nuestras familias y contribución de reales tributos, como p[o]r la propiedad q[u]e hen ellos hemos tenido.¹²

Pese a su impugnación, no lograron cambiar la resolución hecha por las autoridades. Por su parte, los indios de San Agustín les aclararon al Alcalde, y demás principales del pueblo de Santa Ana, que ellos no deberían disfrutar de ese monte, por lo que a partir del día 17 de marzo de 1791 “bajarán a cuantos hombres se encontraran en él, y darán cuenta a donde ellos les convenga”. La táctica más difundida en la época entre los indios para defender sus montes de los intrusos era quitarles las hachas y encarcelarlos en sus casas principales.

En los registros de cuentas de la Real Hacienda de la Caja Real de Guadalajara, que se conservan del período de 1761 a 1800, se asentaron concesiones de 519 composiciones de tierra, 29 a comunidades y pueblos de indios, mientras que a los particulares fueron 490 adjudicaciones. San Agustín el único pueblo que obtuvo tierras en la jurisdicción de Tala (SERRERA, 1991: 326-330).

12 AHEJ, Tierras y Aguas, vol. 60, leg 20, exp. 18, f. 50v.

Un final inconcluso, 1805

A finales del año de 1805 los indios de Santa Ana Tepetitlán continuaron con su propósito de poseer, de manera legal e individual, los puestos de Milpillas y Capulín, en el cerro de San Miguel. En esa ocasión, los principales del pueblo pidieron que se nombrara como curador a Anacleto Vallejo y a Francisco Ramírez de Casas, como agrimensor, para que los apoyaran en las diligencias.

En ese periodo se dieron importantes cambios en la organización política de los pueblos, especialmente se involucraron en el proceso legal de los conflictos territoriales. En Santa Ana Tepetitlán tenían un escribano que elaboraba las peticiones sobre denuncias de tierras, y los líderes del pueblo elegían al personal burocrático y técnico para que realizara las medidas y planos de la solicitud. Una de las situaciones que provocó que los santanenses aceleraran su interés por obtener los títulos de los montes, fue el rumor de que a los indios de San Agustín les quitarían los sitios de Llano Grande y Rincón obtenidos en 1791, muy próximos a los que ellos denunciaron para ser adjudicados a la hacienda de Cuisillos.

La tierra denunciada por los santanenses lindaba con las haciendas de Mazatepec, Cuisillos, San Francisco de Paula de la Calera o La Calerilla (perteneciente al Real Hospital de Belén o de San Miguel) y con tierras de San Agustín, (Llano Grande y Rincón). Pero el proceso de adjudicación de tierras no fue rápido, ya que estuvo marcado por varias interrupciones: los indios no pagaron el tributo correspondiente, el administrador de la hacienda de Cuisillos no se presentó al juzgado para firmar las medidas realizadas en esos sitios, debido a su inconformidad por los testimonios presentados, ya que consideraba que eran falsos. Por último, el agrimensor se opuso a entregar los planos porque no se le había dado el pago completo.

Después de realizar las medidas de las tierras realengas se concluyó que, aunque se creía que el terreno realengo de Milpillas y Capulín tenía cuatro sitios de ganado mayor, uno de menor y cinco caballerías según medidas realizadas en el año de 1696, se advirtió que en realidad eran siete sitios de ganado mayor, dos de menor y dos caballerías que los colindantes estaban poseyendo sin justo título, como lo eran las haciendas de Mazatepec, Calerilla, Cuisillos y el pueblo de Santa Anita, jurisdicción de

Tlajomulco. Por lo que, los indios de Santa Ana solicitaron al Señor Fiscal, protector de indios, se les concediera la merced de esos sitios de ganado mayor, menor y caballerías, que pertenecían al real patrimonio y se les otorgara el título correspondiente.

Este litigio nos permite acercarnos a las transformaciones económicas que provocaron el comercio entre el pueblo de Santa Ana y la ciudad de Guadalajara. Para que los pueblos pudieran recibir las mercedes de tierra debían de pagar todos los trámites y, posteriormente, el costo de las mismas. Los santanenses habían realizado todo lo necesario para que su petición fuera aceptada. Primero, fueron ellos quienes realizaron el denuncia y, en segundo término, habían costado todos los gastos correspondientes, “pagando efectivamente ocho cientos y tantos pesos al subdelegado de Tala y a el agrimensor don Juan Francisco Ramírez de Casas [...] con nuestro trabajo personal”.¹³ De esta cantidad, 327 pesos correspondieron al pago de la medición de los terrenos y la elaboración de los planos.

El proceso de este denuncia quedó inconcluso por el estallido de la guerra de Independencia, y fue hasta 1825 que los habitantes de Santa Ana reanudaron el litigio por la posesión legítima de los puestos de Milpilla y Capulín, pero ante los cambios políticos y jurídicos en la tenencia de la tierra durante el siglo xix, se les fue negada la propiedad de los montes.¹⁴ Pese a ello siguieron explotando y comercializando los productos del bosque hasta las primeras décadas del siglo xx, cuando se convirtieron en ejidatarios.

A manera de conclusión

En la segunda mitad del siglo de las Luces, la capital de la intendencia de Guadalajara incrementó la demanda de madera, lo que provocó la consolidación del circuito comercial de los productos forestales, que tuvo su origen en el siglo xvi cuando los colonizadores obligaron a los recién fundados pueblos a talar los árboles para abastecimiento de la ciudad.

Debido a la cercanía del pueblo de Santa Ana Tepetitlán con Guadalajara se

13 AHEJ, *Tierras y Aguas*, vol. 102, leg. 28, exp. 26.

14 AHEJ, *Tierras y Aguas*, vol. 247, leg. 61, exp. 15.

estableció un intercambio mercantil, el que transformaría su economía de subsistencia. Al ser uno de los principales abastecedores de recursos madereros de la urbe, los habitantes de esta localidad tuvieron la posibilidad de insertarse en el desarrollo económico de la región, lo que les permitió iniciar procesos legales para obtener los medios de explotación, gracias a que se insertaron a un sistema monetario y a la hispanización, ambos resultado de su participación en el circuito comercial de la madera.

El conflicto territorial de los montes se intensificó por el impulso de la ganadería y la agricultura extensiva de las haciendas aledañas a Guadalajara, asimismo por el crecimiento de la urbe y la deforestación de los lugares cercanos, por lo que surgió una competencia entre pueblos y hacendados para explotar y poseer los bosques. En este contexto, Santa Ana enfrentó disputas por el uso y posesión de los montes con dueños de haciendas y otros pueblos taladores de la jurisdicción de Tonalá y Tlajomulco, cercanos a la ciudad, que en ese entonces habían deforestado las plantaciones cercanas a sus comunidades y las tierras de monte que habían arrendado a los hacendados.

Las estrategias que implementaron estos pueblos fueron tanto legales como informales; al mismo tiempo que entablaron una serie de denuncios de tierras realengas ante las autoridades coloniales, controlaron el acceso a los cerros, invadieron los bosques, y encarcelaron y arrebataron las hachas a los intrusos.

Las comunidades de taladores tuvieron una dinámica económica y social abierta. Los recursos materiales y humanos de los pueblos cercanos a las grandes ciudades coloniales estuvieron vinculados a su crecimiento y desarrollo, elementos que influyeron directamente en su economía y cultura. Estos pueblos dominaron el idioma español, se integraron al intercambio monetario y se vincularon directamente con el sistema jurídico novohispano. El principal medio que les permitió entablar los procesos agrarios por la posesión de los bosques era su economía monetaria.

En general, durante toda la época colonial los pueblos de indios solamente poseyeron los títulos virreinales de sus fundos legales, mientras que el uso de los bosques fue compartido con otros pueblos. Pese a que los santanenses nunca consiguieron de manera legal la posesión de los montes del cerro de San Miguel, siguieron explotando

y comercializando sus recursos forestales hasta 1924, fecha en que se les otorgó de manera definitiva su ejido. Esto muestra que los indios pudieron superar las presiones que la sociedad dominante les imponía a través de diversas formas de resistencia y adaptación, y lograron resolver sus problemas por sus propios medios.

Abreviaturas

AHEJ

Archivo Histórico del Estado de Jalisco.

Bibliografía

- AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo, 1954, *El señorío de Cuauhtochco, Luchas agrarias en México durante el virreinato*. México, Ediciones Frente Cultural.
- ARREGUI, Domingo Lázaro de, 1980, *Descripción de Nueva Galicia*. Estudio preliminar de François Chevalier, Guadalajara, UNED.
- AYALA, María de la Luz, 1998, “La élite comercial de Guadalajara, 1795-1820”. En: CASTAÑEDA, Carmen, compiladora, *Círculos de poder en la Nueva España*. CIESAS, Miguel Ángel Porrúa, pp. 183-203.
- AYALA, María de la Luz, 1999, “La pugna por el uso y la propiedad de los montes y bosques novohispanos”. En: GARCÍA MARTÍNEZ, Bernardo y GONZÁLEZ JÁCOME, Alba, compiladores, *Estudios sobre historia y ambiente en América*. México, El Colegio de México, vol. I.
- AYALA, María de la Luz, 2007, “Desmonte y agricultura en la Nueva España”. En: FÁBREGAS PUIG, Andrés, coordinador, *Diversidad cultural y sobrevivencia. La frontera chichimeca, una visión desde el siglo XXI*. México, Universidad de Guadalajara- Universidad Autónoma de Zacatecas-Universidad Autónoma de Aguascalientes-Universidad Intercultural de Chiapas-El Colegio de San Luis-El Colegio de Michoacán-El Colegio de Jalisco, pp. 245-260.
- BELEÑA, Eusebio Ventura, 1981, *Recopilación sumaria de todos los autos acordados de la Real Audiencia y Sala del Crimen de esta Nueva España... (1787)*. Prólogo de María del Refugio González, México, UNAM, tomo I.

- BOTELLO ACEVES, Magdalena, *et. al.*, 1987, *Memoria del Municipio en Jalisco*. Guadalajara, UNED.
- CASTAÑEDA, Carmen y G. GÓMEZ, Laura, 2000, "La población de Guadalajara de acuerdo con el padrón militar de 1791 y el censo de la intendencia de 1793". *Historias*. México, INAH, núm. 45, pp. 45-65.
- DEHOUE, Danièle, 1991, "La separación de pueblos en la región de Tlapa, (Siglo XVIII)". En: CARRASCO PIZANA, Pedro, *Los pueblos de indios y las comunidades, Lecturas de Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. 2, pp. 99-124.
- EDICIONES CULTURA HISPÁNICA, 1973, *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*. Prólogo de Ramón Menéndez y estudio preliminar de Juan Manzano, reproducción facsimilar de la edición Julián de Paredes, 1681, Tomo II, Madrid.
- GALVÁN, Mariano, 1844, *Ordenanzas de Tierras y Aguas*. México, Imprenta de Ignacio Cumplido.
- GÁLVEZ RUIZ, María Ángeles, 1996, *La conciencia regional en Guadalajara y el gobierno de los intendentes 1786-1800*. Guadalajara, UNED.
- GARCÍA MARTÍNEZ, Bernardo, 1987, *Los pueblos de la Sierra. El poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*. México, El Colegio de México.
- GARCÍA MARTÍNEZ, Bernardo, 1992, "Jurisdicción y propiedad: una distinción fundamental en la historia de los pueblos indios del México colonial", *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, CEDLA, Keizersgracht, Amsterdam, núm. 53, pp. 47-60.
- GALLO LOZANO, Saúl, 1988, *Documentos de Sevilla, educación y propiedad en los pueblos de la Nueva Galicia*. México, Edición del autor.
- GERHARD, Peter, 1996, *La frontera norte de la Nueva España*, México, UNAM.
- GIBSON, Charles, 2000, *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*. México, Editorial Siglo XXI.
- GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés, 1953, *Repartimiento de indios en la Nueva Galicia*. México, Museo Nacional de Historia, INAH, vol. 1.
- IBARRA, Antonio, 2000, *La organización regional del mercado interno novohispano. La economía colonial de Guadalajara, 1770-1800*. México, Universidad Nacional Autónoma

de México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

- IBARRA, Antonio, 2003, "Mercado, élite e institución: El Consulado de comercio de Guadalajara y el control corporativo de las importaciones en el mercado interno novohispano". En: HAUSBERGER, Bernd y IBARRA, Antonio, editores, *Comercio y poder en América colonial, los consulados de comerciantes en el siglo XVIII-XIX*. Madrid, Iberoamericana Frankfurt, Veruvert Verlag, Instituto Mora, pp. 145-170.
- MURIÁ, José María, 1994, *Breve historia de Jalisco*. México, Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México.
- MOTA Y ESCOBAR, Alonso de la, 1966, *Descripciones Geográficas de los Reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León*. Guadalajara, IJAH.
- OROZCO, Wistano Luis, 1975, *Los ejidos de los pueblos*. México, Ediciones El Caballito.
- PATÍÑO, José Alejandro, 1987, "Mapa topográfico del curato del pueblo de Tlajomulco y sucinta historial relación hecha con reglamento a la instrucción real de Su Magestad (que Dios guarde), 1778", *Descripciones Jaliscienses*, INAH, El Colegio de Jalisco, número 7.
- SERRERA, Ramón María, 1991, *Guadalajara ganadera, estudio regional novohispano, 1760-1805*. Guadalajara, Ayuntamiento de Guadalajara.
- TAYLOR, William, 2003, *Entre el proceso global y el conocimiento local. Ensayos sobre El Estado, la sociedad y la cultura de México en el siglo XVIII*. México, UAM-Iztapalapa, CONACYT, Miguel Ángel Porrúa.
- VAN YOUNG, Eric, 1989, *La ciudad y el campo en el México del siglo XVIII. La economía rural de la región de Guadalajara, 1675-1820*. México, Fondo de Cultura Económica.
- _____, 1992, *La crisis del orden colonial. Estructura agraria y rebeliones populares en la Nueva España, 1750-1821*. Madrid, Alianza.

*Pulque, resina y carbón. Percepciones de los indios
con relación a varios productos para el mercado en
documentos judiciales.
Tlaxcala, finales del siglo xviii*

*Víctor Gayol
Centro de Estudios Históricos
El Colegio de Michoacán, A.C*

Introducción

Varios pueblos de indios asentados en la falda del volcán Matlacuéytl (La Malinche), localizado en la zona meridional de la privilegiada provincia de Tlaxcala, se vieron envueltos en una serie de litigios por tierras a lo largo del siglo xviii. Algunas de éstas estaban plantadas con magüeyes y se ubicaban en parajes colindantes con propiedades de españoles, mientras que otras eran tierras comunales y caminos que daban acceso al volcán y que habían sido cerradas u ocupadas y desmontadas por los propietarios españoles para ampliar sus cultivos. Otro tipo de pleitos en los que se enfrascaron los indios fue por el acceso de las comunidades a los recursos forestales del monte, como la resina, la leña, la madera para la construcción y para producir carbón. Las disputas se agudizaron sobre todo en la segunda mitad del siglo xviii, momento posterior a un acelerado crecimiento demográfico y en el que al parecer hubo una rápida ampliación en la roturación de tierras para la siembra de cereales, proceso de expansión de la frontera agrícola que podría ser común a lo largo de la Nueva España en esas épocas.

Dejando esta transformación de lado, pero que resulta importante indicar como contexto, el interés para desarrollar las próximas líneas tiene que ver más con una historia de la comprensión y la percepción del mundo del intercambio comercial por parte de los indios del periodo colonial tardío. Esto es posible gracias al análisis de varios de los documentos que forman parte de los expedientes de los litigios mencionados, que nos ofrecen algunos indicios que permiten reconstruir fragmentariamente la percepción, las ideas, que tenían los indios sobre el mercado y su participación en él, así como

la importancia que adquiriría para ellos la explotación de los recursos forestales o la elaboración de ciertos productos, como el pulque, destinados con seguridad, dadas sus características, a un mercado local y regional. Las ideas y las percepciones de los propios indios que aparecen en los documentos son, por descontado, fragmentadas e indiciales. Además, hay que tener en cuenta que se trata de las ideas de los indios principales y caciques que estaban implicados directamente en el comercio de las comunidades y eran los primeros beneficiarios económicos –quizá los únicos-, del mismo. Por otra parte, el análisis de la documentación nos permite atisbar algunas estrategias de administración y utilización de las ganancias derivadas de este comercio, que vale la pena describir porque resultan distintas a las de pago de tributos u obvenciones parroquiales, apuros estos de las repúblicas de indios que solemos percibir nosotros como los únicos grandes problemas, o los principales, que los mantenían ocupados en sus relaciones con el gobierno temporal y espiritual de la monarquía católica.

Las primeras preguntas que animaron la escritura de este ensayo surgieron al momento de encontrar en el archivo una serie de cuentas de ganancias derivadas de la raspa de magueyes, la elaboración y venta del pulque, y que estaban vinculadas a otra serie de cuentas de gastos hechos por un indio principal a nombre de su república y común. Estas cuentas, de cuyo contexto de producción hablaré más adelante, me permitieron conocer en qué, por qué y cómo gastaban, al menos en un pueblo de indios tlaxcaltecas, las ganancias de sus actividades comerciales, así como de qué manera las administraban. A la vez, junto con otros papeles litigiosos que incluyen querellas o partes de sumarios interpuestos tanto frente a la autoridad del gobierno provincial menor que representaba la gobernación de la provincia de Tlaxcala como ante el gobierno provincial mayor de la Real Audiencia de México, se recoge un conjunto de datos que me parece que nos permiten esbozar algunas respuestas a la pregunta de qué ideas tendrían aquellos indios tlaxcaltecas del siglo XVIII sobre las materias primas y los productos con los que comerciaban, así como sobre el hecho mismo de comerciar. Estas son las interrogantes que guían la presente indagación.

Antes de ahondar en los datos me interesa subrayar brevemente la naturaleza de la documentación utilizada, pues se trata de papeles que forman parte de procesos

judiciales, es decir, que fue producida por escribanos o gestores de los indios ante autoridades provinciales que representaban al Rey, ya se tratase del gobernador de la provincia de Tlaxcala o de los oidores de la Real Audiencia de México. Son documentos producidos al calor de la brega por encontrar estrategias viables para la solución de conflictos que derivaron en diversos litigios que sostuvieron varios pueblos de indios entre sí o contra labradores españoles, en una zona que estaba entonces densamente poblada y que presentaba graves problemas de acceso a la tierra y a los recursos forestales como lo fue la provincia de Tlaxcala a finales del siglo XVIII. Incluso, las cuentas a las que hice referencia son documentos que fueron presentados como testimonio por un indio principal durante el proceso que su propia comunidad inició en contra de él. Con todo ello quiero decir que se trata de documentos cuyo contenido toma un sesgo hacia la retórica propia del pleito, del conflicto, y que lo que se dice en ellos debe ser tratado en este sentido. De tal manera, no se trata de documentos como los que se suelen usar en los trabajos historiográficos sobre la economía y el comercio novohispano, como los registros de pago de alcabalas u otros generados por las autoridades que fiscalizaban toda actividad de intercambio. No se trata tampoco de documentos contractuales (salvo alguno que se cita por ahí tangencialmente), o de documentos contables generados por una actividad productiva, pues si bien parte de la exposición se fundamenta en las cuentas a las que me he referido, el hecho de haber sido presentadas como testimonio para exonerar a un individuo de las acusaciones de malversación de los dineros de la comunidad nos previene acerca de su apego a una realidad material que es necesario organizar sobre el papel a partir de un principio de una racionalidad instrumental. Con esto quiero decir que, seguramente, las cuentas están, como diríamos en un lenguaje coloquial actual, “maquilladas”, ya que perseguían demostrar que el indiciado no era culpable de lo que se le imputaba. De la misma forma, la retórica de las querellas entre los pueblos, o de los pueblos en contra de los labradores españoles, nos ofrecen más bien una percepción de los indios sobre la realidad que la realidad misma, percepciones sobre la realidad que, por un lado, están mediadas por los escribanos o los gestores y que, por el otro, se encuentran contenidas o limitadas en su expresión más libre por un discurso deontológico sobre lo indio dentro de un ordenamiento social y jurídico

que, perdóneseme el oxímoron, hizo de los indios novohispanos los sujetos de una discriminación positiva por su estado de excepción jurídica.

Éste es pues un trabajo que, si bien no sigue el perfil ni las normas o el estilo del resto de los trabajos que se suelen presentar en el ámbito de lo que se denomina historia económica, debo decir que mi temeridad para proponerlo a discusión en este medio obedece a dos motivaciones. En primer lugar, por el atractivo historiográfico que guarda esa relación que Eric van Young ha denominado como la relación de “la pareja dispareja” (VAN YOUNG, 2003: 831-870), esto es, la que existe (o debería existir) en la historiografía actual entre los trabajos que recurren al análisis cuantitativo de datos duros y aquellos de corte sociocultural, fundados en un análisis mucho más cualitativo e, incluso, especulativo. En segundo lugar y producto de esa atracción, las lecturas de la interesantísima y reciente historiografía sobre la economía y la participación en el mercado novohispano de los pueblos de indios, que son lecturas que han sido hechas desde mi desconocimiento práctico de los métodos y formas de la historiografía económica y están dirigidas por mi interés en la historia sociocultural, genera una serie de interrogantes. Y es que toda esa historiografía económica abre preguntas muy interesantes que se encuentran relacionadas con la dinámica cultural, con las vivencias y las percepciones, con las mentalidades y la disposición de los sujetos para la acción, el *habitus*, e invita a dialogar a la pareja dispareja.

Como resultará ya un consenso entre los autores de los trabajos de este volumen, la historiografía sobre la cuestión indígena colonial tardó mucho tiempo en percibir la existencia de lo que ha llamado formas voluntarias de participación de los indígenas en el mercado colonial. Durante mucho tiempo privó la idea de que la participación en la dinámica económica colonial de los pueblos de indios era fundamentalmente producto de la coerción a la que eran orillados por el sistema de repartimiento, en sus dos vertientes: como proveedores forzados de mano de obra para empresas particulares o de la Corona, o como consumidores, forzados también, de bienes que les eran impuestos por los oficiales públicos de la Corona. Y cuando los estudiosos encontraron fenómenos de producción e intercambio de materias primas o artículos de consumo no dudaron ver en ello una estrategia para allegarse recursos para el pago de tributos.

Sin embargo, la historiografía reciente ha señalado que los pueblos de indios novohispanos entraron también en otras dinámicas de producción de materias primas y artículos de consumo que obedecían a lógicas distintas a la de la coerción directa, como en el caso del repartimiento, o indirecta como en el caso de la necesidad de pagar tributo pero optar por hacerlo de una manera distinta al servicio personal o a la entrega de los productos mismos. De tal forma, una buena cantidad de estudios vienen insistiendo que la dinámica de producción de estas comunidades en diversas regiones de Nueva España rebasa por mucho la lógica de subsistencia y que existió una integración de los pueblos de indios a los circuitos mercantiles (GARAVAGLIA Y GROSSO, 1989: 553-580 y MENEGUS, 1995: 136-157). Sin embargo, para entender cuál es la lógica comercial en la que se insertaron posiblemente las comunidades, pero sobre todo los caciques y principales de las repúblicas de indios, creo que queda por ahondar más en sus percepciones, es decir, en los contextos culturales de sentido en los que los indios percibían su participación.

La particularidad tlaxcalteca

Tlaxcala fue una provincia india con una historia particular a lo largo de los tres siglos de gobierno de la monarquía católica, en buena parte debido a que su alianza con Hernán Cortés para la conquista de Tenochtitlán (1519-1521) se tradujo en una situación meritoria que la haría acreedora de un estatus muy distinto al del resto de las provincias que integraron la Nueva España. Los *tlahtoque* de los cuatro *altepeme*¹ que formaban parte del *altépetl* compuesto de Tlaxcala, y la nobleza indígena descendiente de ellos, obtuvieron una serie de privilegios por parte de la Corona que les permitió conservar el dominio político del territorio y un estado de excepción con una autonomía relativa en contraste al resto de las viejas formaciones político-territoriales étnicas. No obstante, y a pesar de diversos momentos en los cuales el cabildo indio de Tlaxcala

1 Varios autores se refieren como *tlayácatl* a cada una de las partes constituyentes del huey *altépetl* a partir de los estudios de Schroeder sobre Cholula (1994); sin embargo, dada su aparente complejidad organizativa y jerarquía, autores como Lockhart consideran a Tizatlán, Ocotelulco, Quizauiztlán y Tepeticpan, partes constituyentes de Tlaxcala, como *altepeme* (Vid. LOCKHART, 1992: *passim*).

obtuvo prerrogativas en el sentido de conservar en su integridad el territorio tlaxcalteca bajo la administración de un gobierno indio y habitado con una población también india (1535, 1680, 1701, 1787, 1793), desde épocas muy tempranas hubo un intenso proceso de asentamiento de propietarios españoles en la provincia como consecuencia del otorgamiento de mercedes de tierra, composiciones e incluso ventas promovidas por los propios miembros de la nobleza indígena, enajenaciones que posiblemente fueron causadas, entre otras cosas, por el despoblamiento de pueblos –quizá sobre todo sujetos, debido a la depresión demográfica de finales del *xvi* y principios del *xvii* así como a las reubicaciones, fenómenos que hicieron disminuir drásticamente el número de macehuales y terrazgueros sujetos a los señoríos étnicos (GIBSON, 1952: *passim*; TRAUTMANN, 1973: 101-103),² lo que produjo entonces que la nobleza india tuviera dificultades para sostener la producción de las tierras de sus cacicazgos. A este fenómeno se le sumó el que muchos de los caciques entraron en interminables conflictos con sus terrazgueros por la presión que estos tenían para completar las cargas tributarias. Por otro lado, la presencia de propietarios españoles modificó substancialmente no sólo la tenencia de la tierra de los pueblos de indios tlaxcaltecas sino también la orientación de las actividades productivas de sus habitantes, quienes experimentaron una fuerte necesidad de acceso a la tierra y medios de subsistencia en el momento posterior a la recuperación demográfica de la segunda mitad del *siglo xvii* (GIBSON, 1952: *passim*; TRAUTMANN, 1978: 93-97; RENDÓN, 1996: *passim*).

Para entender la orientación de las actividades económicas de los pueblos de indios tlaxcaltecas en el *siglo xviii* y, sobre todo, de los radicados en las faldas del volcán, vale la pena mencionar someramente la corografía de la región. Casi la totalidad del territorio de la provincia de Tlaxcala se asienta en el límite más septentrional de la región del Valle de Puebla, en las tierras altas al norte del volcán Matlacuéytl (4461 msnm), el cual forma parte del eje volcánico que articula de oriente a poniente la región de altiplano conocida actualmente como México Central. Con una altitud promedio de 2 230 metros y suelos de naturaleza volcánica, las tierras de planicie de la provincia

2 Estos autores han calculado una disminución del número de tributarios de 15 mil en 1596 a cinco mil en 1648.

tienen pocos cauces perennes, escasos manantiales y pequeños lagos que en su mayoría se encuentran en la zona septentrional, lo cual provoca una insuficiencia de agua en el resto del territorio que se remediaba con el acopio de aguas de lluvia en jagüeyes y retenciones de cauces de temporal con pequeñas presas. Esto se reflejaba en un corto número de áreas aptas para la agricultura de cereales (TRAUTMANN, 1973: 101-103; GARCÍA MARTÍNEZ, 2000 y GARCÍA MARTÍNEZ, 2008: *passim*).

En el caso del borde sur de la meseta de Xaltocan, donde se asienta la ciudad de Tlaxcala, y en las faldas de la zona occidental del volcán la presencia, que no abundancia, de recursos hidrológicos permitieron asentamientos muy cercanos entre sí con una densidad demográfica relativamente alta. Por un lado, la pequeña cuenca irrigada por el río Zahuapan crea un valle que corre de noreste a suroeste cruzando la ciudad de Tlaxcala antes de doblar hacia el sur para ingresar al valle poblano y, por otro lado, las faldas del volcán Matlacuéytl están surcadas por varios cauces de temporal que con el paso de los milenios han creado verdaderas barrancas dándole al medio un aspecto singular. En época de lluvias, algunos de estos se convierten en afluentes y alimentan el río Zahuapan.

Los terrenos arcillosos en la meseta y en las faldas de los grandes cerros y el volcán permitió el cultivo de nopaleras que proporcionó, durante un breve periodo entre los siglos xvi y xvii, que los pueblos de indios tlaxcaltecas produjeran grana cochinilla para el comercio, y también ese tipo de suelos favoreció el cultivo de magueyes destinados a la producción del pulque. Finalmente, la altitud de la zona y el tipo de suelos hace posible también la presencia de pinos de diversas clases, encinos y madroños, sobre todo en la zona de Cerros Blancos, y faldas del volcán; recursos forestales que fueron aprovechados continuamente para la obtención de resina, madera para construcción, leña y carbón, y cuya explotación ya había producido, hacia el siglo xvi, un proceso de erosión bastante acusado en la zona (TRAUTMANN, 1978: 93-97; TRAUTMANN, 1981: *passim*). Por ejemplo, la erosión era tan importante en las tierras adyacentes a Cerros Blancos que ya en 1735 se consideraban desgastadas y sin posibilidad de rendimiento.³

3 Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Tierras*, vol. 552, exp.2 *apud* Trautmann, *Las transformaciones en el paisaje cultural de Tlaxcala durante la época colonial*.

Con la entrada y asentamiento de propietarios españoles en la provincia la mayoría de las tierras aptas para la agricultura de cereales fueron acaparadas por ellos, sobre todo en el valle de Huamantla y hacia el norte y noreste, a la vez que parte de éstas y de las demás ocupadas por españoles hacia el sur de la provincia fueron utilizadas para la cría de ganado. El crecimiento de la propiedad española fue un factor importante en la desarticulación de la propiedad de los pueblos de indios en las zonas agrícolas, lo que facilitó que los otrora vecinos de estas poblaciones se convirtieran en tlaquehuales y gañanes de las haciendas (TRAUTMANN, 1981; NICKEL, 1987; GONZÁLEZ SÁNCHEZ, 1997). Otro factor de desestabilización de los pueblos de indios fue el impacto destructivo del ganado de los españoles en sus cultivos de milpa, con lo que se vieron presionados para reorientar sus actividades hacia los cultivos de nopal y maguey ya mencionados, así como intensificar las actividades de explotación de los recursos forestales. Pero el efecto devastador del pastoreo en las zonas de montes y el volcán fue otro fenómeno que provocó que los pueblos de indios iniciaran una cerrada competencia entre sí y con los propietarios españoles de terrenos en las faldas del volcán por el control del monte y los recursos forestales, hecho del cual es testigo la documentación generada por los litigios a lo largo del siglo XVIII. De esta documentación se desprende que la mayor preocupación de los pueblos asentados en las faldas del Matlacuéytl era la de conservar el acceso a la explotación de los recursos forestales con miras, como se verá más adelante, de abastecer con madera para construcción, leña, carbón y, sobre todo, resina, a los mercados de las ciudades de Tlaxcala y de Puebla.

Finalmente, algunos datos que nos permiten tener una idea de la manera en la que cada población enfrentó la competencia por los recursos forestales en las faldas del Matlacuéytl en el siglo XVIII, son las cifras de población obtenidas de un conteo de 1773,⁴ de las cuales se reproducen, en la tabla 1, las relativas a los pueblos mencionados en los litigios y que se aluden en este trabajo. Asimismo, el Mapa 1 presenta la localización aproximada de estos pueblos con respecto al volcán Matlacuéytl y a las ciudades en las que vendían los productos.

4 Archivo General del Estado de Tlaxcala (en adelante AGET), *Año de 1773*, exp. 72.

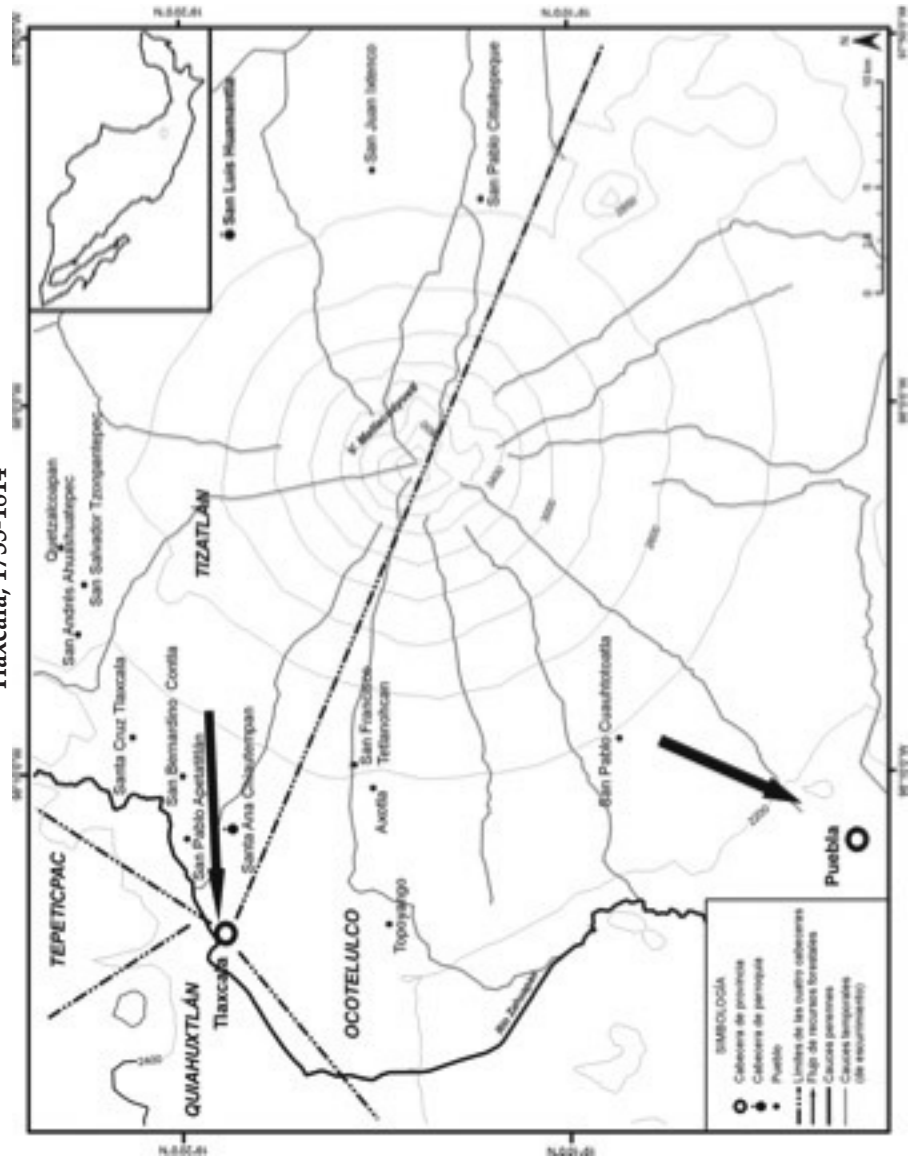
Tabla 1. Habitantes por asentamiento, pueblos de indios y ciudades principales. Tlaxcala, segunda mitad del siglo xviii

Pueblo	Habitantes	Familias
Ahuashuatepec	477	
Apetatitlán	806	179
Axotla del Monte	144	
Chiautempan	1125	250
Contla	1593	354
Huamantla	2588	
Ixtenco	1373	
Quetzalcoapan	248	
Tetlanohcan	180	140
Tlaxcala (Santa Cruz)	734	162
Tzonpantepec	410	
Zitlaltepec	720	
Ciudades	Habitantes (año)	
Puebla	81,046 (1790)	
Tlaxcala	7024 (1779)*	

Fuente: Tanck de Estrada, 2005.

* AGN, Padrones, volumen 22; *apud.* Trautmann, 1981.

Mapa 1. Pueblos de indios mencionados en litigios por tierras y acceso a monte.
Tlaxcala, 1735-1814



Fuente: elaboración del autor a partir de diversa documentación. Asesoría técnica: Marco Antonio Hernández Andrade.

Los pleitos sobre el monte: leña, carbón, madera y resina

En septiembre de 1763 varios vecinos del barrio de Matlacohuacan, en el pueblo de San Francisco Tetlanohcan situado en la falda del Matlacuéytl (La Malinche) y que era doctrina dependiente de la parroquia de Santa Ana Chiautempan, se presentaron ante el gobernador español de la provincia de Tlaxcala para querellarse en contra de los habitantes del pueblo de Axotla.⁵ Cabe destacar la importancia de la acción pues presentarse ante el gobernador provincial era estar ante un representante del Rey y no frente a la justicia local del cabildo tlaxcalteca. Conviene aquí recordar que el gobernador de la provincia de Tlaxcala era una especie de alcalde mayor o corregidor que en este caso particular, y dados los privilegios que gozaron los indios tlaxcaltecas, estaba investido con las mismas competencias jurisdiccionales que un justicia mayor de cualquier alcaldía o corregimiento, pero con más *quantum*⁶ en cuanto al peso de su jurisdicción. Sin embargo había una merma práctica de las posibilidades de acrecentar sus recursos materiales (que no políticos), al contrario que el resto de los alcaldes mayores o corregidores. Este tipo de gran corregidor o gran alcalde mayor denominado gobernador en Tlaxcala tenía, según el “Índice comprehensibo”, todo el comercio “con grana fina, toda suerte de granos, paños, bayetas” y otras cosas, mas no por ello era un empleo apetecible ni recomendable “por las inquietudes y disgustos que causan los Yndios con motibo de sus pribilegios”, por lo cual, “los repartimientos no los permiten los indios sino por favor, y es renglón que rebaja, no siendo admitido, mucha utilidad al Governador”.⁷ Todo esto para decir que, en el caso de los principales y caciques indios tlaxcaltecas, la mediación del gobernador de provincia habría ido acompañada por un interés mucho mayor y más complejo a la hora de impartir justicia que en otros casos, si pensamos en el modelo de relaciones de equilibrio político económico establecido a través del repartimiento (OUWENEEL, 2000); más que ser solamente un mecanismo para

5 Actualmente, con toda posibilidad, Axotla del Monte.

6 Esta era la forma en la que los juristas de la época nombraban la “cantidad” de poder específico que una autoridad o corporación investida con jurisdicción (*iurisdicctio*) podía ejercer. Para mejor comprensión, véase Vallejo (1992: *passim* y 1998: 19-46).

7 New York Public Library (en adelante NYPL), Col. *Phllips*, Ms. 15796. Agradezco a Ricardo A. Fagoaga el que me haya facilitado este documento.

asegurar ganancias, se trata de reforzar y asegurar un capital político.

Volviendo al caso de Axotla, los de este pueblo, en la jurisdicción de Topoyango⁸ y vecino a San Francisco Tetlanohcan, pretendían dedicarse a la misma industria que ellos y participar así de los beneficios forestales de la Sierra de Tlaxcala mediante la extracción de resina de encino y ocote para la confección de pez o brea.⁹ Los de Tetlanohcan alegaban que desde tiempos inmemoriales su oficio principal era la obtención de resina y su beneficio y aseguraban contar con el privilegio para dedicarse a ello. Sostenían esta aseveración porque varios años antes habían obtenido un decreto virreinal, del 23 de abril de 1750, para que no se les impidiera el acceso al monte para realizar la extracción de resina. Por otro lado, y gracias a las certificaciones que expedía el cura de Santa Ana Chiautempan, sabemos que los de Tetlanohcan salían de la jurisdicción a vender la brea y que los beneficios de ese comercio los consideraban en el dicho como pertenecientes al común,¹⁰ aunque es dable pensar que en el hecho los beneficiarios eran en realidad los principales de los pueblos de indios, las cofradías y otros interesados, como los propios curas, quienes podrían haber ejercido una especie de velado repartimiento de mercancías al igual que los alcaldes mayores o los corregidores. De ahí que, apelando a la disposición de 1750 y sin más alegato jurídico, trataron que el gobernador diese la orden para que la extracción de resina quedase como privilegio exclusivo de ellos. No alegaban que los del pueblo vecino se hubiesen introducido en la porción de monte que les correspondía, ni que estuviesen robándoles la materia prima para la producción de brea. Pero lo que sí argumentaban era que, si el pueblo de Axotla pretendía beneficiar la resina al igual que lo hacían ellos, seguirían grandes males para los de San Francisco. En resumidas cuentas, no querían competencia.

El gobernador de la provincia era entonces Antonio López Matoso, español natural de La Habana y padre de un abogado y relator de la Audiencia de México, del mismo

8 Actualmente Tepeyanco

9 AGET, caja 92, 1750-1751, exp. 24, fs. 1r.-14v. Cabe hacer notar que se usa la vieja nomenclatura del AGET en vez de la del AHET toda vez que los documentos de este archivo se consultaron *apud*. ASSADOURIAN Y MARTÍNEZ, 1991.

10 AGN, *Indiferente virreinal*, caja 1355, exp. 4, 1f.

nombre, que se haría medianamente célebre años después por sus relaciones con los Guadalupe (ver GUEDEA, 1999). López Matoso se negó a conceder una orden que impidiese a los otros pueblos de las faldas del volcán el beneficio de la elaboración de pez de resina, ya que había “mucha extensión de monte” y los pueblos correspondían a distintas doctrinas que se encontraban “con distancia de unas a otras”. No obstante, López Matoso refrendó el auto de su antecesor, Francisco Antonio de las Rivas, en el sentido de que los de Tetlanohcan prosiguieran en el dominio y usufructo del espacio de monte que les correspondía y que los habitantes de los pueblos vecinos no se introdujeran en él. En su dictamen, o sentencia a sumario, no concedió la idea de privilegio que buscaban los del barrio de Matlacohuacan.

Este pleito sobre el acceso a los recursos forestales no fue el único en la época y en la zona; durante varias décadas del siglo XVIII muchas de las poblaciones asentadas alrededor del Matlalcuéytl presentaron querellas frente a los gobernadores de provincia e, incluso, ante el Juzgado General de Indios en la Real Audiencia de México. Por ejemplo, en 1733, Santa Ana Chiautempan y sus pueblos sujetos protestaron contra los labradores asentados al pie del volcán pretextando que les impedían el paso por los caminos hacia el monte para sacar leña y madera (*apud* ASSADOURIAN Y MARTÍNEZ, 1991: 73ss).¹¹ En julio de 1788, los de San Francisco Tetlanohcan se querellaron de nueva cuenta, entonces contra el pueblo de San Bernardino Contla, por la invasión de la porción de monte que les pertenecía, hecho que les impedía el libre beneficio de la resina. Un mes más tarde los de San Bernardino contestaron en son de protesta ya que, según ellos, eran en realidad los de Tetlanohcan quienes estaban invadiendo la extensión de monte que le correspondía a Contla, y no sólo eso, pues por su afán de beneficiar la mayor cantidad de resina, estaban echando a perder los árboles que los de Contla utilizaban para la obtención de madera. Los de San Bernardino Contla dijeron también que los de Tetlanohcan agraviaban con ese proceder a los demás pueblos de indios asentados alrededor de la sierra, mencionando al de San Pablo, Santa Ana Chiautempan, San Pedro Quezalquapan, San Pablo Apetatitlán, Santa Cruz Axcala,¹² San Andrés, San

11 AGET, caja 73:36, fs.1r.-12v.

12 Seguramente la actual Santa Cruz Tlaxcala

Salvador,¹³ San Luis Huamantla, San Juan Ixtengo, San Pablo Citlaltepeque¹⁴ “y los demás pertenecientes a la cabecera de Tizatlán” (*apud* ASSADOURIAN YyMARTÍNEZ, 1991: 133ss),¹⁵ es decir, a casi la totalidad.

En estos pleitos sobre acceso y usufructo del monte para la obtención y beneficio de recursos forestales hay varios aspectos que llaman la atención. En primer lugar, aunque algunos pleitos fueron de pueblos de indios contra los labradores españoles que poseían haciendas alrededor del Matlacuéytl, sobre todo por problemas de acceso a los recursos, la mayoría de las querellas se dieron entre los propios pueblos de indios sobre cuestiones de beneficio de los recursos. Este es ya un primer indicador para preguntarnos acerca de la importancia que tenía, para estos pueblos de indios, el manejo de los recursos forestales y su uso posterior, ya fuese doméstico o comercial, pues lo primero que queda en claro con la cantidad de litigios y las continuas querellas es que hubo una gran competencia entre ellos por los recursos. Ahora bien, en los documentos existen algunos elementos, breves o incluso que se pasan fácilmente por alto, pero que resultan indicios muy interesantes para reflexionar sobre el uso que le daban los indios a los recursos forestales y cómo los concebían dentro de su economía, dentro de su vida cotidiana.

Un primer indicio que refuerza la idea de competencia es el trasfondo de la querella de Tetlanohcan contra Axotla que mencioné al principio. En ella los indios pedían al gobernador una especie de privilegio monopolístico en el beneficio de la resina. ¿Cuáles eran los usos de la resina? En pequeñas cantidades y convertida en pez de judea, o brea, tenía por supuesto un uso doméstico, ya sea medicinal mediante su aplicación en el pecho para mejorar la respiración o en la confección de jabón de brea que funcionaba como antiséptico. Mezclada con otros productos como sebo o aceites, funcionaba como una suerte de impermeabilizante al aplicarse sobre diversas superficies, lo que se llama con propiedad calafatear a aplicar la carena. Conviene recordar que, en el siglo XVIII, el calafateo era un procedimiento utilizado en gran escala para la construcción

13 Posiblemente San Salvador Tzonpantepec

14 Actualmente Zitlaltepec de Trinidad Sánchez Santos

15 AGET, caja 92:24, 1r.-14v.

y conservación de diversas cosas que iban desde buques hasta toneles de madera, de ahí que no es difícil inferir que la resina utilizada para la destilación de la brea tuviese un valor comercial de importancia. El carenado de una embarcación mediana podría exigir más de cincuenta cajas de brea, como indican las diversas solicitudes de material que hacían los responsables de la Armada de Barlovento o los recibos firmados por los capitanes de navío.¹⁶ Incluso sabemos que algunos pueblos de indios en el distrito de la audiencia de Nueva Galicia, como el de Tequepexpan, en la jurisdicción de Santa María del Oro, establecían contratos para el abastecimiento de brea y alquitrán al puerto de San Blas, por espacio de cinco años.¹⁷ Finalmente, la resina sin beneficiar también era utilizada por algunos cereros (entro otros, los instalados en la ciudad de Puebla) para adulterar la cera durante la confección de las velas, como lo denunciaban diversas reales cédulas.¹⁸ La adulteración de la cera con resina hacía más barata la producción de velas, pero esto causaría que las velas de cera adulterada durasen menos tiempo pues la resina haría que la cera se derritiese más rápidamente.

Por supuesto que esta inferencia no permite aseverar que el beneficio de la resina a la que se dedicaban los indios de Tletanohca estuviese vinculado directamente con un amplio mercado de brea. Pero la actitud de competencia mostrado por los indios, su interés en “monopolizar” dicha actividad frente a otros pueblos de indios nos hace poner atención en un producto y preguntarnos por el impacto del mismo en los circuitos comerciales locales, regionales e, incluso más amplios. En otro ámbito, nos hace preguntarnos qué pensaban los indios sobre este recurso. Veamos sus argumentos.

En el pleito de Tetlanohcan contra San Bernardino sobre el beneficio de resina, los primeros declararon que “de inmemorial tiempo hasta el presente hemos tenido el trato y comercio de beneficiar y sacar la pez y resina de la madera de ocotes [...] [y de] este único trabajo y trajinio pagamos las reales contribuciones, obvenciones parroquiales, comemos y vestimos...” Una lectura simple de esta declaración nos

16 AGN, *Indiferente Virreinal*, caja: 2416, exp. 36 y caja: 3068 exp. 15

17 AGN, *Californias*: vol. 56 exp. 28, fs. 370-288 y *Provincias Internas*, vol. 10 exp. 11, 57 fs.

18 Sobre el problema de la adulteración de la cera en Indias véase la Real cédula del 19 de mayo de 1741, y AGN, *Ordenanzas*, vol. 5, exp. 5, 85fs.

lleva al punto consensuado por la historiografía: que la producción y el comercio de ciertos bienes servía a las comunidades para el pago de tributos, servicio de la iglesia y complementar la subsistencia. Sin embargo, unos meses después, cuando los de Tetlanohcan contestaron a lo dicho por los de Contla, declararon que: “El beneficio general que redunda de la saca de brea de aquel monte común es tan recomendable, tanto por ser ramo de comercio como por facilitársenos por él nuestra manutención, y certificación de las precisas contribuciones del real haber, y demás en las que nos hayamos constituidos...”

Esta ligera modificación del argumento de los propios indios introduce la idea de que concebían como un buen negocio la producción de brea. Ciertamente se podría aducir que el discurso que está representado en el documento podría haber sido elaborado por un escribano ajeno a la comunidad, con lo cual éste habría introducido con seguridad su propia concepción del hecho que significaba la extracción de resina. Sin embargo, debemos comprender la generación de estos documentos como la negociación y el arribo a un cierto consenso entre dos o más discursos, entre dos o más intereses o perspectivas, más aún si vemos que este documento en particular fue firmado por el escribano de cabildo de Tetlanohcan, Miguel Aparicio, entre otros principales de la república.

En ese mismo documento, los de Tetlanohcan se refirieron a las actividades comerciales que realizaban los habitantes del pueblo de San Pablo del Monte,¹⁹ a partir de la explotación de los recursos forestales: “De ningún otro pueblo pudieran quejarse los beneficiados mejor que del de San Pablo del Monte, que abastece plenamente de maderas, leña y carbón al vecindario de la referida ciudad de Puebla...”

A la idea de competencia que constriñe a los de Tetlanohca a buscar el monopolio de una actividad que reditúa ganancias, se suma la idea de “abastecer plenamente” un núcleo urbano, posiblemente mediante el comercio a pequeña escala, ese que debía realizarse de puerta en puerta, o mediante el comercio en el tianguis o en el mercado semanal, con productos de primera necesidad como lo eran la leña, el carbón, y la madera para la construcción. Las preguntas que surgen inmediatamente son: ¿Cuánto

19 San Pablo del Monte o San Pablo Cuauhtotoatla

ganaban por este comercio? ¿Eran las ganancias suficientes como para gastar en algo más que la tributación, los derechos parroquiales, apenas vestirse y alimentarse? ¿Eran actividades económicas individuales o colectivas? Respecto a esto último, podríamos aventurar que se trata de intereses colectivos, o al menos de los notables de los pueblos y su grupo, quienes tenían en turno el manejo de la política de la comunidad toda vez que resulta muy difícil concebir que, en una organización social de carácter principalmente corporativo, los pleitos de los individuos como tales pudiesen arribar y dirimirse en las instancias del Rey. Por lo tanto es casi seguro que estos pleitos tenían que ver con productos cuyos beneficios se asentaban en los libros de gobierno de las comunidades. De tener los libros de gobierno de cabildo, o de parroquia (donde habitualmente se guardaba el arca de los bienes de comunidad de algunos pueblos en Tlaxcala, como veremos después), podríamos discernir mejor el monto de ese comercio así como el uso de los recursos derivados del mismo. Pero aún no los hemos encontrado para el caso de los recursos forestales. Una inferencia sobre la utilización de los recursos derivados de la explotación forestal nos lo da un elemento indicial que se encuentra en algunos litigios contra los labradores españoles. La otra inferencia es posible deducirla del uso de los recursos obtenidos por la raspa de magueyes, que trataré con detalle en la segunda parte de este trabajo. Por lo pronto, veamos la primera inferencia.

Cuando el común y república de Contla contestó, en 25 de agosto de 1788, al pedimento previo de los de Tetlanohcan sobre el uso del monte, argumentaron que, además de todo lo que tenían que cubrir con el producto del beneficio de los recursos forestales –tributos y obvenciones parroquiales-, los de San Bernardino Contla estaban obligados a entregar todo ello –por ser de la “misma naturaleza” que los de Tetlanohcan, es decir, pueblos de indios-, y además surtir al cabildo de la ciudad de Tlaxcala, cada vez que lo requiriese, de “vigas, bimbaletes y planchas”, es decir, de los productos maderables para la construcción o para el mantenimiento rutinario de las edificaciones. En este caso, además de la tributación y los derechos de Iglesia, nos encontramos que la utilización de esos recursos iba a satisfacer las obligaciones derivadas de las relaciones políticas entre las cabeceras y sus pueblos sujetos. Estas eran obligaciones que posiblemente no tendrían una retribución monetaria sino que más bien adoptarían

las formas de servicio comunal y que servirían para afianzar la cohesión de las redes de relaciones y dependencia necesarias para la consecución de otros fines. A fin de cuentas –y haciendo una reducción atroz del tema del capital simbólico–, una especie de inversión para sostener el capital político de las comunidades.

La segunda inferencia nos lleva a pensar que es seguro que la explotación de los recursos forestales generaba ganancias monetarias de alguna importancia para las comunidades, y esto era algo que los vecinos españoles sabían muy bien, pues se aprovechaban de ello de varias maneras. Por ejemplo, cuando los caminos que utilizaban los indios para ir desde los pueblos hasta el monte cruzaban tierras de haciendas y ranchos, en ocasiones los dueños o los encargados cobraban un derecho de paso. Fue en ese sentido que los naturales de Santa Ana Chiautempan y sus pueblos sujetos se quejaron, en 1733, contra el mayordomo de una de estas haciendas pues les cobraba un peso por el paso de cada bestia de carga con leña o madera.²⁰

La raspa del pulque: la utilización de sus beneficios

Manuel Salvador Muñoz, quien se definía a sí mismo como “cacique principal, natural y vecino de San Bernardino Contla”,²¹ fue apoderado del común y la república de dicho pueblo para llevar adelante varios litigios por tierras y acceso al monte entre 1789 y 1802. A lo largo de ese tiempo estuvo encargado de la raspa y provechos de un magueyal que tenía el pueblo en el paraje de Tepol que, según las cuentas presentadas por Muñoz, tendría setecientos cincuenta magueyes, de los cuales solamente se pudieron beneficiar cuatrocientos ya que el resto se secó.²² Su encargo consistía en organizar la cala de los magueyes, las tandas de tlachiqueros, el traslado de aguamiel en dos mulas, el proceso de fermentación y la entrega del pulque a un vendedor. De lo recibido descontaba la paga del vendedor y el alquiler de las mulas, a la vez que calculaba la merma de pulque

20 AGET, caja 73 exp. 36, fs. 1r.-12v.

21 “Cuaderno 7: Cuentas presentadas por Don Manuel Salvador Muñoz, del tiempo que fue Apoderado de su Pueblo y liquidación practicada entre el común, y él a virtud de Superiores Decretos del Excelentísimo Señor Virrey”, AGN, *Tierras*, vol. 1347 exp. 1(7), f.1r.

22 AGN, *Tierras*, vol. 1347 exp. 1(7), f. 35r.

resultante del pago a los tlachiqueros y a los hacheros que surtían al tlachique con leña. El dinero restante lo entregaba después de la dominica al presbítero Carlos Mayor, vicario de San Pablo Apetatitlán a cuya doctrina pertenecía Contla, “quien lo contaba en un libro y lo guardaba en el arca a estos efectos dispuesta”.²³ Como en la mayoría de los pueblos secundarios tlaxcaltecas de la época, en esta arca también se guardaba dinero obtenido de otras derramas dominicales, limosna de la misa, fábrica de iglesia, para pago de obvenciones así como para “gastos de pleitos y demás que se ofrece”.²⁴

Muñoz declaró que en el periodo en el que se hizo cargo de la raspa, ingresó al arca de la iglesia (de la cual también fue fiscal en algún momento), 647 pesos 4 reales, descontados ya 50 pesos de los pagos por flete y al vendedor. Hay otras cuentas de Muñoz en el mismo expediente que contradicen ésta pues consideran –a todas luces erróneamente– que el ingreso al arca de la iglesia de Contla fue de 920 pesos para el periodo de 1800 a 1802. Sea como haya sido, el dato nos habla de un ingreso de dinero líquido y constante para la comunidad a partir de un trabajo productivo organizado y la comercialización del producto, y cuyo beneficio quedaba para uso del “bien común”. Pero además, la existencia en esos años de varios litigios de San Bernardino contra sus vecinos españoles por parajes en los que se encontraban otros magueyes –litigios que se extendieron hasta por lo menos 1814–, subraya la importancia que tenía para estas comunidades el beneficio de la producción y comercio del pulque.

En el mismo expediente que se generó a raíz de una querrela que parte del común de Contla elevó contra Muñoz como apoderado del pueblo por supuestos malos manejos de los dineros de la comunidad, se encuentra otra serie de cuentas que nos permite conocer como se usó del dinero obtenido por la producción y la venta del pulque, más los otros dineros que se concentraban en el arca de la iglesia captados mediante la solicitud de derramas dominicales. Entre 1792 y 1802, Manuel Salvador

23 AGN, *Tierras*, vol. 1347 exp. 1(7), f. 2r.

24 Para este tema *vid.* Martínez Baracs (2008), *máxime* el capítulo 9. Martínez Baracs ha analizado ya la relevancia de las arcas de iglesia y la figura del fiscal de iglesia relacionada con los párrocos de los pueblos para la administración y manejo de los bienes de comunidad, como un elemento de poder local al cual trataron de neutralizar tanto el cabildo tlaxcalteca como la estructura del gobierno provincial desde la primera mitad del XVIII.

Muñoz fue pidiendo al vicario Carlos Mayor diversas cantidades de dinero para sufragar los gastos de los litigios que sostenía el pueblo de San Bernardino contra dos vecinos españoles. Según las cuentas del presbítero, se le entregó a Muñoz el total de 1847 pesos 5 reales, más otros 50 pesos que aportaron en su momento los barrios de Cuatzincola y Tlecatelpa para el pago de algunos derechos, haciendo una cantidad de 1 897 pesos 5 reales. Sin embargo, Muñoz presentó otras cuentas compuestas a partir de recibos y otros papeles, con las cuales demostró que a lo largo de los diez años que fue apoderado de Contla había gastado un total de 3818 pesos 7 ½ reales en cuestiones relacionadas con los litigios de la comunidad, por lo cual exigía que los vecinos en su conjunto le pagaran los restantes 1 284 pesos con 2 ½ reales que no habían podido ser sufragados con el dinero perteneciente al arca de la iglesia.

Los conceptos de los gastos que integraban las cuentas de Muñoz comprendían el pago por el envío de cartas y la manutención de los porteadores, el pago de los viáticos del propio Muñoz durante diferentes viajes a la ciudad de Tlaxcala y a la ciudad de México, el pago de los viajes de los regidores del cabildo de Tlaxcala y los del gobernador español de la provincia y su escribano para la realización de vistas de ojos. También se incluye el pago de derechos de diversas diligencias realizadas por uno de los solicitadores del juzgado general de indios, así como los derechos de uno de los procuradores de número de la Real Audiencia que representó a la comunidad frente a la sala de lo civil. Se contabilizan asimismo los honorarios del relator del proceso, y los honorarios de varios abogados –entre los cuales destaca el licenciado Antonio López Matoso, hijo del gobernador de la provincia al que se hizo mención anteriormente-, así como otros gestores que tenía Muñoz en la ciudad de México. En las cuentas incluyó gastos de comidas mandadas a hacer en ocasión de la toma de posesión de algunos terrenos en litigio que terminaron por asignarse a la comunidad, comidas para las cuales se mandaba comprar “recaudo de Puebla”.²⁵ Una inserción notoria en las cuentas es el costo total de los regalos que fueron repartidos entre los diversos oficiales públicos, que incluyeron al gobernador de la provincia de Tlaxcala, su escribano, su asesor letrado, el agente fiscal de la Real Audiencia, el relator de la

25 AGN, *Tierras*, vol. 1347, exp. 1(7), f. 28v.

misma y otros “escribientes y demás señores a quienes en su poder iban las diligencias porque se despacharan bien dándoles albricias por las buenas noticias que me daban ya en gallinas, guajolotes carneros fruta mantequilla requesones”.²⁶ Por cierto, no hemos podido documentar en qué terminó el pleito, pero tal parece que Muñoz perdió su ascendente político dentro del pueblo y entre las autoridades provinciales y de la Real Audiencia, pues unos años más adelante, por otro tipo de indicios, encontramos que quienes habían sido los antagonistas de nuestro personaje, miembros de la familia de León, ostentaban cargos de república y otras posiciones importantes.

Consideraciones: intercambio, comercio y contexto cultural

Los elementos discursivos entresacados de las fuentes judiciales nos ofrecen algunas percepciones que tenían los indios sobre sus actividades de producción e intercambio de ciertos bienes y de la inserción de estas actividades en la vida cotidiana de la comunidad. Estos fragmentos de discursos, pero también los silencios con los que van acompañados, nos permiten acercarnos a la comprensión del sentido y de la importancia que tenían para las comunidades el beneficio y comercio de los productos forestales o del pulque. Pero sobre todo, más que para el conjunto de la comunidad, para los indios principales pues eran quienes llevaban adelante los litigios y las relaciones hacia el exterior de las comunidades. También resulta importante en estos aspectos de la vida económica de los pueblos de indios la figura de los curas, claramente interesados e interviniendo en el manejo del dinero y la comercialización de productos. Ahora bien, me he referido al silencio, a lo que no dicen los discursos pero que quizá los indios percibían. Ya desde hace tiempo se ha estudiado la manera en la que la construcción de un discurso colectivo sobre la naturaleza del indio novohispano tenía una función en una sociedad por naturaleza excluyente, de derechos diferenciados, a través de la elaboración de una retórica de control (TAYLOR, 1989: 5-67). Este discurso sería el argumento de sustento que haría casi una realidad dada por hecho la noción de que los indios se mantenían en la minoría de edad y que poseían la condición de *miserabile*, condición que era el fundamento de su estado de excepción jurídica (BORAH, 1985), a

26 AGN, *Tierras*, vol. 1347, exp. 1(7), f. 29r.

la vez que cumplía un papel como articulador de la discriminación positiva a la que me refería al principio. En este sentido, me parece poco probable que un indio, sujeto ubicado dentro de un contexto sociocultural que comparte un campo simbólico en el cual se estructura, para él y sus iguales, una disposición para la acción o *habitus* que implica permanecer de por vida en la minoría de edad, ser desvalido y protegido, difícilmente elaborará un discurso que pudiese dejar entrever que su acción guarda parámetros parecidos a los de otros sujetos distintos, en este caso españoles, capaces de abordar grandes empresas, comercio, acumulación de riqueza. Los indios novohispanos, por el contrario, seguirán elaborando un discurso sobre sí mismos como los pobres, los que por necesidad hay que proteger. De ahí que creo que los muy probables éxitos de caciques y principales indios en los ámbitos empresariales o comerciales habrán quedado en el silencio, guardándose ellos mismos muy bien de decir que consideraban provechosas las actividades económicas para ellos mismos, aunque así lo fuera en la realidad.

En estos discursos está la impronta de prácticas y pautas culturales de comportamiento cuyo intento de comprensión nos obliga a desprendernos un tanto de nuestras categorías analíticas sobre el acto de intercambio con vinculación mercantil, estructuradas alrededor de una idea de racionalidad instrumental propia de la modernidad y mediante las cuales tendemos a evaluar el éxito de dicha acción entre dos extremos: el de la subsistencia y el de la acumulación de riqueza. Si bien el análisis de estos discursos refuerza la idea de que el indio novohispano participó en el mercado colonial a la manera del campesino de Chayanov, como ya se ha subrayado (MENEGUS, 2000: 17-50), también nos ofrecen un atisbo a las formas en la que estaban estructuradas estas necesidades. Aparte de las necesidades relativas a las obligaciones tributarias y de obvenciones parroquiales, para muchas comunidades indígenas los litigios era parte de ellas. Esto resulta muy importante toda vez que, como lo marcara Richard Kagan (1981) para el caso castellano, la novohispana era una sociedad del litigio. Eran sociedades donde las relaciones, diferencias y conflictos entre corporaciones y jurisdicciones pasaban por el gobierno de la justicia, un mundo en el que los pueblos de indios aprendieron muy tempranamente a moverse y a utilizar en su provecho. Pero la

integración a estas estructuras culturales requería de gastos, los cuales eran sufragados, entre otras cosas, por las actividades de producción de bienes de las comunidades para el comercio.

Abreviaturas

AGET	Archivo General del Estado de Tlaxcala.
AGN	Archivo General de la Nación (México).
NYPL	New York Public Library.

Bibliografía

- ASSADOURIAN, Carlos Sempat y MARTÍNEZ BARACS, Andrea, compiladores, 1991, *Tlaxcala, textos de su historia*, VII. Siglos XVII-XVIII. Tlaxcala, Gobierno del Estado de Tlaxcala-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- _____, 1991, *Tlaxcala, una historia compartida*, IX. Siglo XVI. Tlaxcala, Gobierno del estado de Tlaxcala-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- BORAH, Woodrow Wilson, 1985, *El Juzgado General de indios en la Nueva España*. México, Fondo de Cultura Económica.
- GARAVAGLIA, Juan Carlos y GROSSO, Juan Carlos, 1989, "Marchands, hacendados et paysans à Tepeaca. Un marché local mexicain à la fin du XVIII^e e siècle", *Annales* 44, pp. 553-580.
- GARCÍA MARTÍNEZ, Bernardo, 2000, "Regiones y paisajes de la geografía mexicana", en VV. AA., *Historia general de México. Versión 2000*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, pp. 25-91.
- _____, 2008, *Las regiones de México. Breviario geográfico e histórico*. México, El Colegio de México.
- GIBSON, Charles, 1952, *Tlaxcala en el siglo XVI*. México, Fondo de Cultura Económica.
- GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Isabel, 1997, *Hacienda, tumultos y trabajadores: Puebla Tlaxcala 1778-1798*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- GUEDEA, Virginia, 1999, *En busca de un gobierno alterno. Los Guadalupe de México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.

- KAGAN, Richard, 1981, *Lawsuits and Litigants in Castile, 1500-1700*. Chape Hill, The University of North Carolina.
- LOCKHART, James, 1992, *Los nahuas después de la conquista. Historia social y cultural de la población indígena del México central, siglos XVI-XVIII*. México, Fondo de Cultura Económica.
- MARTÍNEZ BARACS, Andrea, 2008, *Un gobierno de indios. Tlaxcala, 1519-1756*. México, Fondo de Cultura Económica-CIESAS.
- MENEGUS, Margarita, 2000, "Mercados y tierras: el impacto de las reformas borbónicas en las comunidades indígenas". En: SILVA RÍQUER, Jorge y ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, coordinadores, *Mercados indígenas en México, Chile y Argentina, siglos XVIII – XIX*. México, CIESAS-Instituto Mora, pp. 17-50.
- _____, 1995, "La participación indígena en los mercados del valle de Toluca a fines del periodo colonial". En: SILVA RÍQUER, Jorge; GROSSO, Juan Carlos y YUSTE, Carmen, compiladores, *Circuitos mercantiles y mercados en Latinoamérica, siglos XVIII-XIX*. México, Instituto Mora-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 136-157.
- NICKEL, Herbert J., 1987, *Relaciones de trabajo en las haciendas de Puebla y Tlaxcala (1740-1914). Cuatro análisis sobre reclutamiento, peonaje y remuneración*. México, Universidad Iberoamericana.
- OUWENEEL, Arij, 2000, "El gobernador de indios, el repartimiento de comercios y la caja de comunidad en los pueblos de indios del México central (siglo XVIII)". En: MENEGUS, Margarita, compiladora, *El repartimiento forzoso de mercancías en México, Perú y Filipinas*. México, Instituto Mora, CESU, pp. 65-97.
- RENDÓN GARCINI, Ricardo, 1996, *Breve historia de Tlaxcala*. México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica.
- SCHROEDER, Susan, 1994, *Chimalpahin y los reinos de Chalco*. Zinacantepec, El Colegio Mexiquense.
- TAYLOR, William, 1989, "'...de corazón pequeño y ánimo apocado' Conceptos de los curas párrocos sobre los indios en la Nueva España del siglo XVIII", *Relaciones, estudios de historia y sociedad*, vol. x, núm. 39, pp. 5-67.

- TRAUTMANN, Wolfgang, 1973, "Examen del proceso de despoblamiento en Tlaxcala durante la época colonial". En: *Comunicaciones. Proyecto Puebla Tlaxcala. Primer Simposio*, vol. 7, Puebla, Fundación Alemana para la Investigación Científica, pp. 101-103.
- _____, 1978, "El cambio económico y social de los pueblos de Tlaxcala en la época colonial". En: *Comunicaciones. Proyecto Puebla Tlaxcala. Segundo Simposio*, Vol. 15/1978, Puebla, Fundación Alemana para la Investigación Científica, pp. 93-97.
- _____, 1981, *Las transformaciones en el paisaje cultural de Tlaxcala durante la época colonial*. Wiesbaden, Franz Steiner Verlag.
- VALLEJO, Jesús, 1992, *Ruda equidad, ley consumada. Concepción de la potestad normativa, 1250-1350*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- _____, 1998, "Acerca del fruto del árbol de los jueces. Escenarios de justicia en la cultura del *ius commune*", *Anuario de la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid*, vol. 2, pp. 19-46.
- VAN YOUNG, Eric, 2003, "La pareja dispareja: breves comentarios acerca de la relación entre historia económica y cultural", *Historia Mexicana*, vol. LII, núm. 3 (207), pp. 831-870.

Indígenas y comercio en la Nueva España del siglo XVIII
(Ixmiquilpan, Guadalajara, Huasteca potosina, Tehuantepec, Tulancingo, Tlaxcala),
se diseñó en formato electrónico en la Dirección de Ediciones
y Publicaciones con el apoyo de la Imprenta Universitaria y la Dirección
de Tecnologías Web y Webometría de la Universidad Autónoma
del Estado de Hidalgo, en el mes de noviembre de 2022.

